

TEORIA Y REALIDAD EN MARX, DURKHEIM Y WEBER

**Víctor Bravo
Héctor Díaz-Polanco
Marco A. Michel**



DECIMA
EDICION



Teoría y realidad en Marx, Durkheim y Weber

Teoría y realidad en Marx, Durkheim y Weber

Víctor Bravo
Héctor Díaz-Polanco
Marco A. Michel



Juan Pablos Editor
México, 1997

TEORÍA Y REALIDAD EN MARX, DURKHEIM Y WEBER
de Víctor Bravo, Héctor Díaz-Polanco y Marco A. Michel

© Juan Pablos Editor, S.A.
Mexicali 39, 06100, México, D.F.

Décima edición, 1997

ISBN: 968-6454-59-4

Reservados los derechos
Impreso en México

Prólogo	7
LA CONSTRUCCION DEL OBJETO DE ESTUDIO EN MARX, DURKHEIM Y WEBER, por Víctor Bravo	11
Introducción	13
I. Durkheim: La construcción empirista	14
II. Weber: La construcción relativista	22
III. Marx: Construcción y praxis	33
IV. Conclusiones	43
TEORIA Y CATEGORIAS EN MARX, DURKHEIM Y WEBER, por Héctor Díaz-Polanco	49
Introducción	49
I. Naturaleza y papel de las categorías en la teoría marxista	50
II. La teoría weberiana y las categorías	63
III. La teoría durkheimiana y las categorías	74
TIEMPO Y REALIDAD SOCIAL EN EL PENSAMIENTO CLASICO (Marx, Durkheim y Weber), por Marco A. Michel	83
I. Enunciado del tema	85
II. Durkheim y el tiempo empírico de la realidad	85
III. Weber y el subjetivismo del tiempo	92
IV. El tiempo construido en Marx	98

CONTRIBUCION A LA CRITICA DEL FUNCIONA- LISMO, por Héctor Díaz-Polanco	107
Introducción	109
I. La noción del sistema total. Holismo funcionalista y holismo dialéctico	112
II. La noción del sistema. Análisis funcional y análisis sistémico	191
III. El modelo organicista en el análisis funcional	127
IV. Cambio y análisis histórico en el funcionalismo ...	132
 Bibliografía general	 155

Prólogo

Los ensayos que se ofrecen al lector, proponen una revisión crítica y comparativa de algunos aspectos teórico-metodológicos de los tres clásicos del pensamiento sociológico que mayor influencia ejercieron, y continúan ejerciendo, en las ciencias sociales contemporáneas: Marx, Durkheim y Weber.

Se podría argumentar, como lo hace Alfred North Whitehead, que "una ciencia que duda en olvidar a sus fundadores está perdida". Es cierto que este punto de vista coincide con los requerimientos de ruptura epistemológica sugeridos por filósofos como G. Bachelard y T. S. Kuhn, quienes identifican este proceso como condición imprescindible del avance de la ciencia. Sin embargo, hay que considerar también la aguda y pertinente acotación de A. Gouldner, en el sentido de que "para olvidar algo, primero hay que conocerlo. Una ciencia ignorante de sus fundadores no sabe cuánto camino lleva recorrido ni en qué dirección; por lo que también estaría perdida".

En el primer ensayo, Víctor Bravo analiza el problema de la construcción del objeto de estudio en los tres autores señalados, enfatizando los mecanismos que estos pensadores proponen para romper con el sentido común, y así acceder al conocimiento científico. En el segundo ensayo, Héctor Díaz-Polanco examina la cuestión relativa a la naturaleza de las categorías analíticas en los mismos autores, tratando de establecer su relación con las respectivas estructuras teóricas de las que derivan y forman parte esencial. En el tercer ensayo, Marco A. Michel aborda el tratamiento de las

nociones de tiempo y realidad social en los susodichos clásicos.

Dada la riqueza y la complejidad de las estructuras teórico-metodológicas desarrolladas por Marx, Durkheim y Weber, es comprensible que las interpretaciones posibles sean muy diversas y, en ocasiones, antagónicas entre sí. Los debates que, en tales circunstancias, se puedan suscitar, no deben ser considerados negativamente ni como el resultado de la inconsistencia en los análisis, sino como el fruto de las diversas perspectivas con que se puede estudiar el pensamiento de los tres clásicos. Ello es, al mismo tiempo, reflejo indiscutible de la actualidad de los esquemas teóricos de los autores mencionados.

Ahora bien, resulta claro que el pensamiento sociológico no se detiene en los umbrales de los autores clásicos. Mucha agua ha corrido debajo del puente de la sociología académica, a partir de las grandes elaboraciones teóricas de los pensadores mencionados. Nuevas condiciones históricas han requerido nuevas proposiciones y construcciones, sin que ellas impliquen un rompimiento total con los fundamentos paradigmáticos de que han partido. Esto es sobre todo evidente en la línea de pensamiento social burgués, cuyo enfoque más conspicuo es el denominado *estructural-funcional*. A partir de Parsons, que en gran medida supone un entronque de los esquemas de Durkheim y Weber, otros autores (Merton, Gouldner, etc.) entrarán a escena para proponer modificaciones cada vez más audaces a la línea maestra del pensamiento burgués clásico. El cuarto ensayo intenta aportar un panorama de este proceso de reelaboración y reconstrucción, que nos conduce por el terreno de los esfuerzos más recientes de los sociólogos, encaminados a buscar la compatibilidad entre la teoría y las necesidades de reproducción del sistema.

Los trabajos aquí presentados, en parte no se hubieran escrito sin la motivación y la orientación crítica de Orlan-

dina de Oliveira, a quien se expresa un sincero reconocimiento. Sin embargo, los enfoques utilizados son de la exclusiva responsabilidad de los que suscriben estos ensayos.

**La construcción del objeto de estudio
en Marx, Durkheim y Weber**

Victor Bravo

INTRODUCCION

Es costumbre abordar el análisis teórico metodológico de un discurso científico sobre lo social, en torno de una serie de apartados donde se procura determinar, entre otros, la filosofía de su autor y la concepción que ofrece de la realidad; los supuestos o proposiciones teóricas en los que descansa el planteamiento racional; el proceso de la construcción del objeto de estudio; el mecanismo que permite la elaboración de categorías; la lógica que sustenta la explicación; el papel que desempeña la verificación o la prueba de hipótesis, etc. La ventaja de un trabajo similar es obvia: al tocar esos diversos temas, presenta una visión auténticamente totalizadora del pensamiento del autor. Sin embargo, fijar la atención en uno de los puntos anteriores suscita el interés académico de subrayar su importancia, y da pie para un estudio detallado del tema.

Es así como con estas páginas se pretende examinar, exclusivamente, el proceso de la construcción del objeto de estudio de tres clásicos del pensamiento sociológico: Emile Durkheim, Max Weber y Karl Marx. Ahora bien, con el fin de simplificar la presentación, es conveniente recurrir a una lógica reconstruida que haga fácil una exposición donde, respectivamente, se formule la problemática para cada autor y que a la par, posibilite una lectura comparativa. Para lograrlo, una solución comúnmente utilizada consiste en dividir el tema en un número determinado de subtemas que, en este caso, sean expuestos a la luz de los tres dife-

rentes pensadores. De esa manera, se optó por cuatro subapartados, cuya selección se debió a un criterio esencialmente personal: a través de su análisis, según nuestro entender, se cubre gran parte del tema que nos incumbe. Ellos son:

- La construcción del objeto de estudio como técnica de ruptura con respecto al conocimiento de sentido común.
- El papel de la realidad y de la teoría en la construcción del objeto de estudio.
- El papel de la construcción del objeto de estudio en el proceso de adquisición de conocimiento científico.
- La construcción del objeto de estudio en relación con lo que el autor entiende por sociología.

Por último, señalemos que, para apoyar las diferentes conclusiones, haremos particular hincapié en tres monografías: *El suicidio* de Durkheim; *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de Weber; y *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, de Marx.

I. DURKHEIM: LA CONSTRUCCION EMPIRISTA

- *La construcción del objeto de estudio como técnica de ruptura con respecto al conocimiento de sentido común.*

Más que cualquier otro autor, Durkheim es ampliamente conocido por su insistencia en distinguir, por un lado, las prenociones de sentido común y la ideología, y por el otro, el conocimiento rigurosamente científico. En su opinión, el investigador debe luchar constantemente contra el conocimiento vulgar y los valores ideológicos que no tienen lugar en un discurso científico. Así, Durkheim decla-

ra que el procedimiento de la construcción del objeto de estudio, debe constituir una herramienta de toque en esa lucha.

“El [sociólogo] debe alejarse de esas falsas evidencias que dominan el pensamiento vulgar, debe definitivamente desprenderse del yugo de esas categorías empíricas que la costumbre termina volviendo tiránicas. Si de vez en cuando la necesidad le obliga a recurrir a ellas, que lo haga teniendo conciencia de su poco valor, de manera que nunca se les considere dignas de tener un rol en la doctrina[científica].” (Durkheim, 1967, pág. 32).*

La forma de resolver este problema consiste, dice Durkheim, en tratar de los hechos sociales, y, por ende, de los objetos de estudio de la sociología, como cosas definidas por características externas.

“La primera regla y la más fundamental es la de considerar a los hechos sociales como cosa [...]. En efecto, es cosa todo lo que se encuentra dado, todo lo que se ofrece o, mejor dicho, se impone a la observación. Tratar de los fenómenos como cosas, es considerarlos en calidad de datos que constituyan el punto de salida de la ciencia [...].

Necesitamos entonces considerar a los fenómenos sociales en sí mismos, desprendidos de los sujetos conscientes que los representan; hay que estudiarlos desde afuera, como cosas exteriores.” (Durkheim, 1967, pp. 15-28).

El autor no pretende asignar un status ontológico al objeto de estudio de la sociología, “a fin de reducir las formas

* En este trabajo, las referencias a las obras de Durkheim corresponden a las ediciones francesas indicadas en la bibliografía general.

superiores del ser a las inferiores”, sino que insiste, simplemente, en una definición previa y objetiva del objeto de investigación. Así, en el consejo de “tratar al objeto de estudio como cosa externa”, es más conveniente subrayar “tratar”, que “cosa”.

Aplicando sus premisas, podemos ver cómo el propio Durkheim utiliza las primeras páginas de *El Suicidio*, para descartar una primera serie de definiciones poco objetivas de lo que entenderá por suicidio, para construir una que sí considere al fenómeno como cosa objetiva.

“Se llama suicidio, todo caso de muerte que resulta directa o indirectamente de un acto positivo o negativo, llevado a cabo por la víctima misma, la cual sabía que ese resultado se produciría.” (Durkheim, 1973, pág. 5).

Durkheim cree que con esa definición objetiva del tema de su estudio se rompe, efectivamente, con las prenociones. Su concepto engloba, no sólo lo que la gente vulgar entiende por suicidio, sino también la conducta del capitán que prefiere hundirse con su barco antes que manifestar cobardía, o la del samurai que se abre las entrañas por haber sido deshonrado, o, finalmente, la de las mujeres hindúes que se arrojan al fuego al morir su marido. Lo mismo se suicidan los que mueren heroicamente, que los decepcionados por asuntos amorosos o financieros.

Ahora bien, con la única premisa de contar con una definición objetiva del tema de estudio, ¿logra Durkheim romper con el conocimiento de sentido común? Para responder, conviene aclarar lo que entenderemos por conocimiento de sentido común. Al respecto, Bachelard señala dos características de este tipo de saber. La primera y la más obvia, se refiere a su imprecisión. Sin rigor, el conocimiento de sentido común no puede fijar los límites de su sapiencia ni establecer tampoco la prueba empírica de sus diferentes con-

clusiones. Durkheim, conocedor de las ciencias exactas, sabía que gran parte del despegue y del éxito de esas últimas, había sido fruto de un trabajo sistematizador, mediante el cual se descartara todo pseudosaber vulgar o metafísico, sin apoyo en la realidad concreta. Trasladando esa experiencia al campo de la sociología, el mismo autor confiaba en que, con definiciones objetivas, se lograría un resultado similar. El sociólogo salvaría el obstáculo epistemológico de su familiaridad con el universo social, generador de prenociones falsas y de las condiciones para guardarles fe. En ese sentido, la premisa de tratar de los hechos sociales como cosas definidas por características externas, es altamente valiosa, ya que precisa y sistematiza el conocimiento de lo social. Más que una definición objetiva del objeto de estudio, Durkheim pugna por definiciones operacionales.

Sin embargo, Bachelard menciona, como segunda característica del conocimiento del sentido común, que no puede evolucionar por servirse del empirismo como única filosofía de base. "Para ser absolutamente claro, dice el autor, creemos poder romper con ese postulado, más o menos explícito, que pretende reducir todo conocimiento a la sensación." (Bachelard, 1949, pág. 103). Más aún, puesto que la realidad concreta para proporcionar información, tiene que haber sido cuestionada, no es factible pretender definir los hechos sociales como cosas externas, sin la ayuda de una teoría o de valores que indiquen sus cualidades exteriores dignas de consideración. El empirista que, siguiendo a Durkheim, proyecta limitarse a los hechos, oculta intuiciones teóricas, por lo que su discurso se torna ideológico, o no deja de ser conocimiento de sentido común. El menosprecio del papel del sujeto del conocimiento en la construcción del objeto de estudio, ha valido a Durkheim numerosas críticas. Así, Rex no vacila en afirmar: "La principal desventaja de la explicación que ofrece Durkheim está en su sesgo antiteórico que se manifiesta en su insistencia de que los hechos sociales

sean considerados como cosas, en su tesis empirista de que los conceptos de tipo son promedio, y en su renuncia a admitir la necesidad de alguna hipótesis teórica previa a la labor de clasificación..." (Rex, 1971, pág. 28).

- *La construcción del objeto de estudio en relación con lo que el autor entiende por sociología.*

Mas refiriéndose a los hechos sociales, Durkheim no sólo insiste en contar con su definición operacional que resulta obvia cuando se les considera como cosas, sino que también añade los calificativos: "externas" y "exteriores". De esa manera, y desde el momento mismo de la construcción del objeto de estudio, el autor confiere tarea legal a la sociología, en tanto que desingulariza a su objeto de conocimiento. En *El Suicidio*, podemos ver cómo Durkheim no se conforma con la definición objetiva que más arriba presentamos, sino que a partir de ella busca otra que represente menos al fenómeno individual, y más al colectivo. En seguida, propone la tasa de suicidios. Este nuevo objeto de conocimiento colectivo, no es una simple suma de fenómenos individuales e independientes; por el contrario, representa un hecho diferente y *sui generis* que tiene su unidad y su individualidad, su naturaleza propia que, además, es del todo social. El nuevo fenómeno no podrá ser explicado a través del comportamiento individual, sino únicamente del social. (Durkheim, 1973, pág. 8).

Así pues, y ya como una consecuencia del procedimiento de la construcción del objeto de estudio, la sociología de Durkheim aparece desicologizada e interesada, exclusivamente, en los fenómenos sociales generales, en contraste con los individuales o singulares. Esa disciplina, al igual que las ciencias exactas, pretenderá establecer leyes generales que expliquen lo tangible, lo exterior.

- *El papel de la realidad y de la teoría en la construcción del objeto de estudio.*

La mayoría de los autores que califican a Durkheim de empirista, basan su juicio en la sola lectura de *Las reglas*... De esa manera, la opinión es fácilmente justificable, puesto que en esa obra el autor menciona la utilidad de la teoría sólo al final del proceso de investigación, cuando es cuestión de interpretar causalmente las relaciones establecidas por simple correlación. Pero resta preguntarse cómo opera concretamente Durkheim en *El suicidio*. ¿Cómo construye sus objetos de estudio? Antes de responder, conviene señalar que si la construcción de todo objeto de estudio es siempre el resultado de un diálogo entre el sujeto y la realidad, vale decir, como veremos, que el autor inclina el proceso al lado de la realidad; así se confirma la postura empirista de Durkheim. Sin embargo, es necesario ahondar en el tema, pues no entenderíamos de dónde surgen los suicidios egoístas, altruistas y anómicos, sin los elementos teóricos propuestos en *La división*...

Comenzaremos recordando que el propio autor rechaza en el primer capítulo del libro II de *El suicidio*, todo intento por constituir los tipos de suicidio a través de sus consecuencias. El proceso, dice, debe ser invertido. Hay que partir de las causas para obtener así una clasificación etiológica que, posteriormente, se complementa con una morfológica. Pero entonces cabe preguntar: ¿quién determina las causas y cómo se interpretan? La respuesta se encuentra en *La división*..., donde Durkheim establece los tipos de cohesión "orgánica" y "mecánica". Así, al sentar relaciones estadísticas de las personas que carecen de marcos sociales integradores (extremo de la cohesión orgánica) y de aquéllas que se encuentran exageradamente integradas (extremo de la cohesión mecánica), llega a los suicidios normales, egoísta y altruista. Finalmente, las crisis econó-

micas que, en el primer capítulo del libro *La división...*, son la causa ocasional de que hable de una división anómica del trabajo, le inducen a construir el tercer tipo de suicidio que también denomina anómico.

Creemos que el párrafo anterior basta para ilustrar la importancia de los elementos teóricos durkheimianos en la construcción de sus objetos de estudio. Resta decir que, para el autor, esos mismos elementos sólo representan un interés orientador. Guían al sociólogo a través de la realidad concreta, donde un trabajo sistemático hace brotar la verdad mecánicamente de la superficie. Dicho en otras palabras, la teoría no tiene por fin el conformar los datos, los objetos de estudio, sino tan sólo la de agruparlos, para luego correlacionarlos e interpretarlos. Así, el diálogo durkheimiano sujeto-realidad concreta, a partir del cual se construyen los objetos de estudio, da primacía a la realidad. Por ello y, como señalamos anteriormente, Durkheim es calificado de empirista.

- *El papel de la construcción del objeto de estudio en el proceso de la adquisición de conocimiento científico.*

En este apartado, pretendemos exponer algunas ideas sobre la importancia cognoscitiva del objeto de estudio y de su construcción, en los respectivos discursos científicos de los tres autores que hemos seleccionado. ¿Cuál es su función? ¿Responden a una tarea explicativa, o más bien verificativa? ¿Investiga Durkheim el fenómeno social del suicidio, para obtener mayor conocimiento, o para comprobar una teoría previa?

En realidad, sería difícil de dar una respuesta tajante al párrafo anterior. Gracias a su investigación empírica, Durkheim llegó a resultados efectivamente novedosos. Determinó que el fenómeno social del suicidio no puede ser explicado a través de las predisposiciones psicológicas de

sus actores, sino sólo por la existencia de fenómenos sociológicos determinantes a los que denominó corrientes "suicidogéneas". En ellas, se debería buscar el origen de las tasas de suicidio independientemente del parecer individual. Asimismo, estableció dos tipos de suicidio (el egoísta y el altruista) cuyas tasas relativamente constantes no debían prestarse a inquietud. Por el contrario, descubrió que el suicidio anómico cuya tasa mostraba una tendencia a incrementarse, era un síntoma patológico de las sociedades modernas. Los individuos manifestaban una dificultad cada vez mayor, para integrarse en la sociedad.

Sin embargo, todos esos resultados, aunque novedosos, habían sido ya planteados teóricamente en *La división...* Como es sabido, el autor sentó en su tesis doctoral, los elementos teóricos que habrían de enmarcar al conjunto de su obra posterior. A partir del análisis sobre la relación entre el hombre y la sociedad, llegó a la conclusión de que era necesario considerar al individuo como producto de la sociedad, y no a esta última, del individuo. De ahí dedujo que la sociología debería ocuparse del estudio del todo y no de sus partes; de los fenómenos sociales determinantes, y no de las acciones individuales determinadas. En esa misma obra, estableció los dos tipos de cohesión social que atan al hombre a la sociedad: la cohesión orgánica y la mecánica. Finalmente, destacó la existencia de una división anómica del trabajo, particularmente relacionada con la sociedad moderna, donde los órganos que producen cohesión tienden a perder contacto entre ellos, dificultando así la integración individual en el todo social.

De esa forma, no es arriesgado afirmar que el objeto de estudio durkhemiano cumple, esencialmente el objetivo de verificar la teoría. Ejecuta una tarea limitada de agrupación de datos, de manera que la realidad pueda ser expuesta o interpretada, de acuerdo con el pensamiento del investigador. El autor de *El suicidio*, señala acertadamente

Aron, se hallaba interesado en exhibir hasta qué punto los individuos se veían determinados por la sociedad; si seleccionó el tema del suicidio, fue porque en apariencia, no hay nada más personal que el hecho de quitarse la vida. Si se pusiera de manifiesto que el fenómeno estaba determinado por la sociedad, quedaría establecida definitivamente la primacía de la sociedad sobre el individuo (Aron, 1967, pág. 331).

Ahora bien, es obvio que en ese quehacer, la realidad termina por desempeñar un papel pasivo que no induce a verdaderas reformulaciones teóricas; dicho en términos marxistas: lo concreto pierde su riqueza de contradictoriedad y multiplicidad de significado. En definitiva, lo empírico atrae a Durkheim, sólo en tanto que pueda ser interpretado por sus elementos teóricos previamente formulados y definitivamente estáticos.

Nos propusimos examinar en estas páginas, primero el proceso de la construcción del objeto de estudio en Durkheim y, posteriormente, extraer del análisis las diversas conclusiones que situaron epistemológicamente al autor como empirista. Sin embargo, para abordar el estudio del mismo mecanismo, en la obra de Weber, conviene invertir el procedimiento. En verdad, no es posible concebir lo que significa para Weber un objeto de estudio, sin antes tener en mente las premisas metodológicas del autor y lo que entiende por sociología.

II. WEBER: LA CONSTRUCCION RELATIVISTA

- *La construcción del objeto de estudio en relación con lo que el autor entiende por sociología.*

La noción que tiene Weber de sociología sólo se puede entender considerando el debate intelectual que sacudió la Alemania de finales del siglo XIX. La polémica, en la que

principalmente participaron Dilthey, Windelband, Rickert y Weber, surgió como la reacción que produjo el enfoque enteramente positivista de los primeros sociólogos, encabezados por Comte y Durkheim.

Dilthey sostenía que el hombre no era simple naturaleza, por lo que los métodos usados por las ciencias nomotéticas, no podían aplicarse para dar cuenta de la acción y del pensamiento humano. Sin embargo, reconocía necesario encontrar generalidades o conceptualizaciones en la vida histórica que fueran similares a las leyes de las ciencias naturales. Haciendo hincapié en el carácter singular de los procesos históricos, Dilthey enfatizó unilateralmente combinaciones de fenómenos aislados, más o menos definidos, para formular configuraciones culturales que denominó "tipos". Estos serían los objetos de estudio de las ciencias del espíritu o de la historia, que se lograrían sólo por medio de la comprensión interna y sintética.

Windelband y Rickert combatieron esa postura epistemológica que dividía la realidad en dos sectores autónomos; para ellos, el sabio intentaba conocer tanto las relaciones generales o "leyes", como el fenómeno en su singularidad.

Finalmente, Weber sostuvo que no podía establecerse clasificación alguna de las ciencias, conforme a los criterios de distintos objetos "realidades" o sujetos "métodos". El autor afirmó que sólo podía argüirse de una diferencia de intereses: la meta de las ciencias de la cultura consiste en la explicación del fenómeno singular, ya sea con el auxilio de leyes generales, ya sea gracias a la comprensión; en tanto que el fin de las ciencias de la naturaleza se identifica con el establecimiento de leyes.

"Establecer leyes y factores sólo constituiría para nosotros la primera de varias tareas que nos conduciría al conocimiento al que aspiramos. La segunda tarea, completamente nueva e independiente, a pesar de basarse

en esa tarea preliminar, sería el análisis y la exposición ordenada de la agrupación individual e históricamente dada de tales factores y de su importante y concreta colaboración, dependiente de aquélla; pero, ante todo, consistiría en hacer inteligible la causa y la naturaleza de dicha importancia. La tercera tarea sería remontar lo más lejos en lo pasado las distintas particularidades individuales de tales agrupaciones, de importancia para lo presente, y ofrecer una explicación histórica a partir de costelaciones anteriores, igualmente individuales. Por último, una posible cuarta tarea consistiría en la evaluación de las posibles constelaciones en lo futuro." (Weber, 1971, pág. 41).

De esto último se desprende que el problema sustancial de Weber fuera el de desarrollar categorías que, a manera de objetos de estudio, permitieran tanto su investigación correlacional mediante la aplicación de las leyes del método generalizante, como que a su vez aseguraran la unicidad de los objetos singulares. Para Weber el tipo ideal cumple esa función.

"[El tipo ideal se] obtiene mediante la acentuación unilateral de uno o varios puntos de vista y mediante la reunión de gran cantidad de fenómenos individuales, difusos y discretos, que pueden darse en mayor o menor número o bien faltar por completo, y que se suman a los puntos de vista unilateralmente acentuados a fin de formar un cuadro homogéneo de ideas." (Weber, 1971, pág. 61).

Ahora bien, si es cierto que el objeto de estudio en Weber toma la forma de una construcción típico-ideal, no toda construcción similar es objeto de estudio. Como Parsons afirma, fue el doctor Von Schelting quien, por primera vez,

señalara dos categorías muy heterogéneas de conceptos incluidos por Weber con el término del tipo ideal: los conceptos individualizadores y los generalizadores. (Parsons, 1968, pág. 742).

Por lo que respecta a los conceptos individualizadores se tienen dos subcategorías. Por un lado, los individuos históricos concretos que constituyen los objetos de estudio del análisis causal, como el capitalismo burgués racional moderno de *La ética...* La construcción mental de tales individuos históricos pretende preparar y organizar el material concreto para el análisis causal. Por otro lado la subcategoría de conceptos individualizadores es semejante a la primera en su función lógica; empero, ya no se dan elementos de hechos sociales, sino ideas tales como la teología calvinista, que si bien puede existir realmente en un documento, es ideal en cuanto al grado de concientización que de ella tienen los calvinistas. Como dice Parsons: el problema de sus relaciones es precisamente el problema de la obra sociológica concreta de Weber.

Estos tipos ideales individualizadores son, pues, los objetos de estudio de la sociología weberiana. Existen, sin embargo, otros tipos que el doctor Von Sheling califica de generalizadores y que Weber incluye con la categoría de posibilidad objetiva. Estos últimos se relacionan con la prueba empírica, por lo que permiten asegurar el carácter generalizador de hipótesis de los primeros.

Así, por ejemplo, en *La ética...*, Weber muestra, por medio de un desarrollo ideal-típico generalizador, que debido a la paradoja de las "consecuencias inesperadas" es "posiblemente objetivo" que la teología calvinista haya ejercido influencia causal sobre el desarrollo del capitalismo: teoría calvinista → profesionalismo ascético → secularización (consecuencia inesperada) → profesionalismo laico → espíritu del capitalismo (Weber, 1969). De esto se desprende la validez de los dos tipos ideales u objetos de conocimiento intelec-

tualmente contruidos: la ética protestante y el espíritu del capitalismo (Cf. pág. 27).

- *El papel de la realidad y de la teoría en la construcción del objeto de estudio.*

La definición de tipo ideal propuesta por Weber alude a "la reunión de gran cantidad de fenómenos individuales", etc. Cabe entonces preguntar si el autor proporciona una teoría en la que se reúnan sistematizados los criterios que permitan decidir sobre los puntos de vista por acentuar, o los fenómenos individuales por reunir. Al respecto, Weber es formal cuando niega la existencia de "una" teoría determinada. Sin embargo, su parecer no coincide con el sesgo antiteórico de Durkheim, sino que responde a la concepción weberiana de la realidad.

Como es sabido, Weber manifestó constantemente modestia intelectual ante la realidad a la cual suponía infinita e inconmensurable para el entendimiento humano. En su opinión, representaba un absurdo pretender que una sola teoría, como el materialismo histórico, pudiera dar cuenta del conjunto de todos los hechos. Más aún, cualquier teoría por más completa que fuera, no nada más sería un punto de vista adicional, sino que además debería concentrar su tarea tan sólo en un aspecto de la infinita realidad. Esta postura no puede ser confundida con la del empirista, que descarta la importancia de los elementos racionales en función de los fenómenos concretos. Weber advirtió siempre la utilidad del concepto representativo; pero señaló que con relación a lo real representado, la distancia entre ambos era infinita.

¿Qué relación guarda entonces el objeto de estudio o tipo ideal individualizador con la realidad? Para responder conviene, junto con Weber, aclarar que "(esos tipos ideales) si bien no constituyen una representación de lo real, desean

conferir a la representación unos medios expresivos unívocos [...]. De antemano queremos subrayar la necesidad de que los cuadros de pensamiento que aquí conceptuamos de «ideales», en sentido puramente lógico, sean rigurosamente separados de la noción del «debe ser» o «modélico» [...]. Son cuadros mentales, no son la realidad histórica, y mucho menos la realidad auténtica, como tampoco son, en modo alguno, formas de esquemas en los cuales se pudiera incluir la realidad como ejemplar". (Weber 1971, págs. 60-65) De esa manera, los objetos de estudio weberianos difieren definitivamente de los durkhemianos. Si los últimos contenían la verdad absoluta "extraída objetivamente de la superficie de la realidad", los primeros nos alejan de ella para dominarla mejor, intelectual y científicamente; pero sólo de modo fragmentario.

La importancia del sujeto del conocimiento en la construcción del objeto de estudio, aparece cuando, precisamente, es cuestión de seleccionar la parcela de la realidad por investigar. Esto, puesto que la sociología weberiana se ocupa de fenómenos singulares cuyo interés no puede determinar una única macroteoría. Contrariamente a Marx, Weber piensa que el devenir es en sí diferente de una sola significación; en él no se encuentra el criterio que centre el interés y la curiosidad del investigador ni tampoco da razones para considerar ciertos fenómenos como fundamentales, y algunos otros como secundarios. En definitiva, el sociólogo opta por un tema de investigación, y construye su objeto de estudio, siempre en función de un sistema personal de elementos referenciales, que si bien puede constituirse en una teoría, no dejan de representar un punto de vista inicial valorativo. Weber denomina "relación con los valores", al vínculo entre el investigador y su sistema referencial. Este nexo no guarda parentesco alguno con juicios de valor sobre lo bueno o lo malo, lo bello o lo feo; su función consiste en determinar el proceso de la construc-

ción del objeto de estudio ante la infinita e inagotable realidad. "Si se quiere precisar el papel de la relación con los valores, es necesario considerar estos puntos diferentes: a) determina la selección del tema por tratar, es decir, permite separar un objeto de la realidad difusa; b) una vez elegido el tema, orienta la selección entre lo esencial y lo accesorio; en otros términos, define la individualidad histórica o la unidad del problema, al superar la infinidad de los detalles, elementos o documentos; c) al actuar así, es la razón de la puesta en relación entre los diversos elementos y la significación que se les confiere; d) indica, igualmente, cuáles son las relaciones de causalidad que se han de establecer y hasta dónde ha de proseguir en la regresión causal; e) por último, puesto que no es una evaluación y exige un pensamiento articulado a fin de que haya el control y la comprobación de la precisión de las proposiciones, aparta lo que es simplemente vivido o vagamente sentido." (Freund, 1967, págs. 52-53).

Del análisis precedente, resulta que la construcción del objeto de estudio weberiano es producto efectivo de un diálogo entre el sujeto y lo real concreto. Sin embargo, al postular la realidad como infinita e inagotable, y al sujeto como provisto de un sinnúmero de marcos referenciales, Weber no puede ser calificado de "racionalista aplicado". Las múltiples posibilidades que abre el autor, conducen irremediablemente al relativismo o conocimiento mosaical.

- *Construcción del objeto de estudio como técnica de ruptura con respecto al conocimiento de sentido común.*

Al igual que Durkheim, Weber admite la existencia de dos tipos de conocimiento claramente diferenciables: el de sentido común y el científico. Sin embargo, difiere en cuanto a sus respectivos orígenes y fronteras de validez. El conocimiento de sentido vulgar, según Weber, se apoya esen-

cialmente en la experiencia vivida y en la intuición: ambos hechos, por ser personales y vagamente específicos, delimitan un conocimiento particular, individual, incomunicable e incontrolable. Al ser la realidad infinita e inagotable, el conocimiento de sentido común corresponde, de seguro, a una de sus parcelas; sin embargo, es diferente del otro, sólo porque no pretende apegarse a los cánones universales del saber científico. Para Weber: "es y seguirá siendo cierto que en el campo de las ciencias sociales toda demostración metodológicamente válida, si pretende haber logrado su finalidad, tiene que ser admitida como correcta, incluso por un chino". (Weber 1971, pág. 17). De esa manera, el conocimiento de sentido común puede convertirse en científico únicamente a condición de someterse a los imperativos de la transformación conceptual, de la comprobación y de los otros mecanismos de prueba.

La gran diferencia entre Weber y Durkheim, se hace notable en lo relacionado con la ideología. Durkheim no solamente niega toda validez al conocimiento de sentido común, sino que, además, encuentra sus orígenes, tanto en las prenociones como en la ideología. Si Weber concuerda en lo relacionado con las prenociones que son producto de la simple experiencia vivida, discrepa en lo tocante a la ideología. Como señalamos en el apartado anterior, el autor opina que la ideología constituye una característica esencial de la naturaleza humana, por lo que no sólo enmarca el conocimiento vulgar, sino incluso el científico: "la ausencia de ideología y la objetividad científica no tienen ningún parentesco interno". (Weber, 1971, pág. 20).

De esa forma, la construcción del objeto de estudio debe tener dos funciones. Por un lado, especificar el sistema de valores o ideología que caracterizan al sujeto de conocimiento, y, por el otro, ejecutar una tarea conceptual de manera de romper con el saber rutinario, personal e intuitivo. Como se ha venido insistiendo, el tipo ideal individualizador

cumple las dos funciones, debido a la insistencia weberiana de que conforme un cuadro homogéneo de ideas. Una vez especificada su relación con los valores, el investigador cuenta con la *comprensión* y ciertos elementos teóricos que le permiten establecer las relaciones lógicas en el interior del tipo. Estas deben constituir un todo interconectado, sin elementos aislados o contradicciones.

Al comparar la postura weberiana con la durkhemiana, se advierte el mayor realismo de la primera. Pretender ignorar la ideología del investigador es absurdo. Sin embargo, al aceptar que el sociólogo maneje cuantos sistemas de valor le convengan, Weber sólo logra romper con un sentido común, más no con el personal. Aunque científicamente comunicable, la "sociología" weberiana termina por darnos tantas interpretaciones de un fenómeno, como sociólogos existen.

- *El papel de la construcción del objeto de estudio en el proceso de adquisición de conocimiento científico.*

Para abordar el análisis de la función del objeto de estudio weberiano o tipo ideal individualizador, de antemano conviene descartar dos posibilidades: la explicativa y la verificativa. En efecto, el tipo no puede explicar ya que contrariamente a un modelo, no pretende captar la realidad infinita e inagotable. Se concentra tan sólo en ciertos aspectos, exagerándolos a fin de dar forma a un esquema coherentemente relacionado. Este relativo alejamiento de la realidad empírica impide, asimismo, que el tipo se construya para verificar una de las múltiples teorías que permite el pensamiento weberiano. Siendo así, la única función del tipo es la que el propio autor indicara: "Si bien no es una hipótesis, desea señalar el camino para la formación de hipótesis." (Weber 1971, pág. 61). El procedimiento para alcanzar esa meta consiste en considerar la imagen ideal

como simple instrumento metodológico, para compararlo así con la realidad empírica.

“Para la investigación histórica se plantea la tarea de determinar en cada caso particular, la proximidad o lejanía entre la realidad y el tipo ideal [...] tiene más bien el significado de un concepto límite, puramente ideal, con el cual se mide la realidad a fin de aclarar determinados elementos importantes de su contenido empírico con el cual se les compara.” (Weber, 1971 págs. 61-65).

Ahora bien, surge una duda que, llevada al contexto de *La ética...*, se podría formular de la siguiente manera: ¿Es posible que los objetos de estudio de la investigación se reduzcan a los escritos de Franklin y a los predicamentos de Lutero que conforman los tipos ideales del espíritu del empresario capitalista y de la ética protestante? La respuesta es obviamente afirmativa; pero conviene distinguir objeto de estudio y tema de investigación. Los objetos son los dos tipos ideales señalados, en tanto que el tema es el problema de sus vínculos causales. Como lo señalamos en un apartado anterior, Weber compara esas imágenes ideales con el desarrollo histórico concreto para obtener como posible hipótesis de interpretación histórica, la de la influencia causal del protestantismo sobre el desarrollo del capitalismo.

Así pues los objetos de estudio weberiano son simples instrumentos metodológicos del método comparativo que no guardan relación alguna con el proceso de acumulación de conocimiento científico. En sí mismos, ni constituyen un intento explicativo, ni uno verificativo. Como señala Weber: “La construcción de tipos ideales no interesa como fin sino exclusivamente como medio.” (Weber 1971, pág. 63).

Por último restan por cuestionar los criterios que vali-

dan la utilidad de los tipos ideales individualizadores. La pregunta es relevante, puesto que se tiene la tendencia a considerarlos eternamente fructíferos. Se dice que no existe posibilidad concreta de rechazarlos debido a que la realidad empírica no tiene por qué corresponder con ellos. Pensamos que tal aseveración es falsa por no tener en cuenta el criterio fundamental weberiano de la posibilidad objetiva. Refiriéndose precisamente a este problema el autor apunta: "¿Qué significado tienen tales conceptos de tipo ideal para una ciencia empírica tal como la queremos practicar nosotros? [...]. Se trata de la construcción de relaciones que a nuestra fantasía le parecen suficientemente motivadas y, en consecuencia, objetivamente posibles, y que a nuestro saber nomológico le parecen adecuadas." (Weber 1971, pág. 63). Mouzelis, en su crítica del tipo ideal de burocracia, se apoya en este apartado que da a conocer dos criterios de validez para cualquier tipo ideal individualizador. El primero o criterio de la posibilidad objetiva, exige que el tipo ideal construido pueda ser empíricamente posible. Esto no implica que la realidad lo ofrezca en su total pureza, sino que no entre en contradicción con ninguna de las leyes enunciadas por el conjunto de las ciencias empíricas. El segundo o criterio de la motivación, señala que el tipo ideal debe resultar de un adecuado nivel de significación, es decir, que debe tener sentido para cualquier lector, producirle la impresión de su consistencia y admisibilidad (Mouzelis, 1973, pág. 53). Así, la moderna teoría de las organizaciones ha determinado la inconsistencia del tipo ideal weberiano de la burocracia. Investigaciones recientes han conducido a establecer leyes, a través de las cuales es posible asegurar que no existe una posibilidad objetiva de encontrar la racionalidad del tipo weberiano en la realidad.

III. MARX: CONSTRUCCION Y PRAXIS

- *La construcción del objeto de estudio como técnica de ruptura con respecto al sentido común.*

Lo mismo que Weber y Durkheim, ya anteriormente, Marx sugería la posibilidad de lograr un conocimiento objetivo de la realidad a través de una adecuada construcción del objeto de estudio. Sin embargo, pensaba que la meta no se alcanzaría aplicando sistemas teóricos que, no obstante explicitados, contemplaran unívocamente la realidad; como tampoco merced a la simple, aunque sistemática, observación empírica directa. Los dos métodos difieren de la ciencia como el error del conocimiento: el marxista ortodoxo los denomina ideológicos. (Moore, 1972, pág. 21). El primero que conduce al misticismo, consiste en el dominio de las ideas, representaciones y conceptos, sobre el mundo real. Conlleva a una construcción del objeto de estudio cuya relación con la realidad carece de objetividad. Ubica, como punto de partida de la construcción, un conjunto de abstracciones que de hecho debieran resultar de la realidad y no del pensamiento subjetivo. Por lo que toca a este método, Engels escribe:

“Los esquemas lógicos no pueden referirse sino a formas de pensamiento, pero aquí no se trata sino de las formas del ser, del mundo externo; y el pensamiento no puede jamás obtener e inferir esas formas de sí mismo, sino sólo del mundo externo. Con lo que se invierte enteramente la situación: Los principios no son el punto de partida de la investigación, sino su resultado final, y no se aplican a la naturaleza y a la historia humana, sino que se abstraen de ellas; no son la naturaleza, ni el reino del hombre los que se rigen según los principios, sino que éstos son correctos en la medida en que

concuerdan con la naturaleza y con la historia." (Engels, 1969, págs. 67-68).

El segundo procedimiento, que se apoya en una pretendida observación objetiva y directa de la realidad, conduce al fetichismo. Implica conceder validez eterna a los vínculos causales establecidos en lo presente. La relación entre el objeto de estudio y la realidad, cuando mucho solamente presenta una objetividad pasajera, histórica. En cuanto a las mercancías, tal como las entiende la economía burguesa, Marx escribe.

"[Como objeto útil, una mesa se hace de madera]; pero en cuanto comienza a comportarse como mercancía, la mesa se convierte en un objeto físicamente metafísico [vale decir fetiche, VBA]. No sólo se incorpora sobre sus patas encima del suelo, sino que se pone de cabeza frente a todas las demás mercancías, y de su cabeza de madera empiezan a salir antojos mucho más peregrinos que si de pronto la mesa rompiese a bailar por su propio impulso... Lo que aquí reviste a los ojos de los hombres la forma fantasmagórica de una relación entre objetos materiales, no es más que una relación social concreta, establecida entre los mismos hombres." (Marx, 1961, Cap. I, sec. 4).*

De esa manera, el marxismo confiere validez a un objeto de estudio únicamente cuando su construcción a partir de la realidad, logra hacer a un lado toda prenoción ideológica. Por esta razón conviene tener una idea clara de lo que este pensamiento entiende por ideología. Como es sabido, Marx contempla el desarrollo de la historia a través del conflicto, por superar, entre clases dominantes y dominadas. La dominación que históricamente se justi-

* Edición francesa.

fica basada en determinadas condiciones materiales, también hace uso de filosofías encaminadas a presentar, como eternamente válidas las relaciones de subordinación. Para ello, las clases dominantes se sirven de aparatos que como el Estado, la Iglesia y la Escuela, difunden ideas, doctrinas y creencias: conjunto superestructural, que Marx denomina ideología. Tres conclusiones son, entonces, importantes para el proceso marxista de la construcción del objeto de estudio:

a) Tener presente que el conocimiento que proporciona, si se desea objetivo, no puede ser eterno, ahistórico.

“Afirmando que las relaciones actuales [de la producción burguesa] son naturales, los economistas dejan entender que esas son las relaciones en las que se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas de conformidad con las leyes de la naturaleza. Entonces independientemente de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que siempre deben determinar la sociedad. De esa manera, hubo historia, pero ya no la hay.” (Marx, 1961, págs. 129-130).

b) La construcción del objeto de estudio debe, pues, resultar de un método histórico que además considere el conflicto determinado por condiciones materiales, entre las clases dominantes y dominadas.

“Nuestro presente objeto es, antes que nada, la producción. Individuos que producen en sociedad, entonces una producción de individuos socialmente determinada. Tal es naturalmente el punto de salida [...] Cuando entonces hablamos de producción, se trata siempre de la producción de una fase determinada de la evolución social, de la producción de individuos que viven en sociedad.” (Marx, 1961, págs. 254-256).

c) Por último, el método mediante el cual se construye el objeto de estudio, debe tener en cuenta el punto de vista que realmente conlleva a la superación del conflicto entre las clases. Momento supremo, en el que la ideología desaparecerá por innecesaria y permitirá acceder al conocimiento realmente objetivo. En otros términos, el objeto de estudio auténticamente válido debe inducir a una praxis revolucionaria.

“El mero conocimiento, aunque sea más amplio y profundo que el de la economía burguesa, no basta para someter fuerzas sociales al dominio de la sociedad. Para ello hace falta ante todo una ‘acción’ social. Y cuando esa acción esté realizada, cuando la sociedad por medio de la toma de posesión y el manejo planificado de todos los medios de producción, se haya liberado a sí misma y a todos sus miembros de la servidumbre en que hoy están respecto de esos medios de producción [...] cuando el hombre, pues, no se limite a proponer, sino que también disponga, entonces desaparecerá el último poder ajeno que aún hoy se refleja en la religión, y con él desaparecerá también el reflejo religioso mismo, por la sencilla razón de que ya no habrá nada que reflejar.” (Engels, 1969, pág. 353).

En este apartado creemos haber delineado los criterios de objetividad, a los que se encuentra sujeta la construcción del objeto de estudio marxista. Sin intentar emitir un juicio sobre la coherencia de los diferentes argumentos, resta que el autor someta el proceso a requisitos de difícil comprobación. En efecto, el objeto de estudio no sólo debe ser una crítica de la ideología dominante, sino además contribuir a una praxis revolucionaria. Pero ¿cómo determinar, a corto o a mediano plazo, si la praxis en cuestión contribuye realmente al advenimiento de la sociedad sin

clases? Cuestión fundamental que es causa de continuos desacuerdos en el seno de la comunidad marxista. Las diferentes consecuencias prácticas, que subyacen de tal o cual explicación de un fenómeno concreto, han ocasionado que los marxistas se identifiquen, más por el método que emplean, que por las conclusiones concretas a las que llegan. Es a través de ese método, vale decir del materialismo histórico, que el objeto de estudio brota de un diálogo efectivo entre el sujeto de conocimiento y la realidad concreta. En el próximo apartado daremos a conocer algunas indicaciones al respecto. Mayor detalle rebasaría los límites del trabajo.

- *El papel de la realidad y de la teoría en la construcción del objeto de estudio.*

El materialismo dialéctico parte, para la construcción del objeto de estudio, de la cuestión fundamental: ¿qué es la realidad? Empero, puesto que las cosas no se presentan directamente y que no se posee la facultad de penetrar inmediatamente en la esencia de ellas, es menester dar un rodeo para poder conocerlas. En este rodeo, las situaciones históricas concretas u objetos concretos, son el punto de partida del análisis; pero también, su punto de llegada como totalidad explicada u objeto de conocimiento.

“Lo concreto es concreto porque es la síntesis de numerosas determinaciones, entonces la unidad de la diversidad. Es por ello que lo concreto aparece en el pensamiento como el proceso de la síntesis como el resultado y no como el punto de salida, aunque él sea el verdadero punto de salida y por consiguiente, el punto de salida de la intuición y de la representación.” (Marx, 1961, págs. 254-256).

En la construcción del objeto de estudio o totalidad pensada, el análisis marxista distingue diferentes planos en una realidad concreta: a) el de las acciones y actitudes de los actores individuales; b) el de las acciones y movimientos colectivos; y finalmente c) el de los procesos globales, históricos, estructurales. La construcción del objeto de estudio sólo se logra a través de la determinación de los vínculos dialécticos que establecen entre sí esos niveles.

Refiriéndonos, por ejemplo, al estudio específico de *El 18 brumario...* resulta claro apreciar cómo el propio Marx distingue esos niveles de la realidad y sus respectivos vínculos dialécticos en su afán por captar la esencia de una situación histórica concreta.

“Sobre las diversas formas de propiedad y sobre las condiciones sociales de la existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversas y plasmadas de un modo peculiar. La clase entera las crea y las forma derivándolas de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo suelto, a quien se le imbuye de la tradición y la educación podrá creer que son los verdaderos móviles y el punto de partida de su conducta.” (Marx, 1971, pág. 254).

Es importante subrayar que en el proceso de la construcción del objeto de estudio, el marxismo establece un verdadero diálogo entre el sujeto y la realidad a fin de relacionar a esas dos distancias y conformar al objeto de conocimiento. Este proceso dista mucho del idealismo, en el cual la cuestión de fondo no es: ¿qué es la realidad?, sino: ¿cómo puede ser conocida la realidad? De ahí que en la construcción del objeto de estudio idealizado, intervenga apriorísticamente la teoría, atribuyendo mística e idealmente determinadas cualidades a la realidad concreta.

“[En el materialismo] el método de elevarse de lo abstracto a lo concreto no es para el pensamiento sino la manera de apropiarse lo concreto, de reproducirlo bajo la forma de un concreto mental. Pero esto no es de ningún modo el proceso de la génesis de lo concreto mismo [...] el sujeto real mantiene, antes como después, su autonomía fuera de la mente, por lo menos durante el tiempo en que el cerebro se comporte únicamente de manera especulativa, teórica.” (Marx, 1961 págs. 254-256).

Volviendo al caso de *El 18 brumario...*, resulta ilustrativo el párrafo precedente, porque nos hace darnos cuenta de que Marx no sólo contempla cómo los procesos estructurales y globales condicionan las acciones y los movimientos colectivos, sino que éstos a su vez, condicionan las actitudes individuales. En realidad, el autor también da cuenta de vínculos inorgánicos en los que se presenta un divorcio entre la actitud de ciertos individuos y sus respectivas fracciones de clase, o entre los proyectos históricos de esas últimas y las condiciones estructurales globales que impiden su desarrollo. Si solamente se tomara en consideración el primer aspecto, se llegaría, como subraya Kosik, a una falsa totalidad que “deja a un lado la riqueza de la realidad, es decir, su contradictoriedad y multiplicidad de significados, para abarcar exclusivamente los hechos concordantes con el principio abstracto.” (Kosik, 1967, pág. 71).

Por último, importa referirnos a la propiedad genético-dinámica del objeto de estudio marxista. Este, que hemos identificado con la totalidad pensada, no puede ser considerado como un todo estático, definitivo, que a partir de una primera construcción efectiva, baste con llenar de contenido en lo futuro. La indagación de cómo nace la totalidad, debe ser complementada con una investigación de las fuentes internas de su desarrollo y movimiento. De

esta manera, el objeto de estudio marxista toma constantemente nuevas formas. Los supuestos que fueron su origen se manifiestan inmediatamente como resultados de su propia realización y reproducción; dejan de ser las condiciones de su surgimiento histórico para transformarse en los resultados y en las condiciones de su futura existencia histórica.

El objeto de estudio marxista coincide con los postulados epistemológicos bachelardianos. Su construcción no se apoya "en el realismo que es definitivo ni en el idealismo que es prematuro (...), sino en un racionalismo concreto, aplicado, solidario, con nuevas experiencias particulares y precisas". (Bachelard, 1949, pág. 8). Su función no consiste en captar o capturar la realidad, sino en traducirla mentalmente respetando su desarrollo, su propia transformación.

- *El papel de la construcción del objeto de estudio en el proceso de adquisición de conocimiento científico.*

Más que en cualquier otro discurso científico, es en el marxismo donde la construcción del objeto de estudio se identifica plenamente con una labor cognoscitiva. A través del materialismo dialéctico, el investigador construye la totalidad pensada, que no es sino el reflejo de la totalidad concreta, de sus fenómenos complejos y contradictorios, vale decir, de su propia dialéctica.

Sin embargo, el concepto de conocimiento, en el marxismo, implica algo más que una simple tarea estática de raciocinio. No se limita a deducir la teoría de la práctica, sino que además utiliza la teoría para la transformación revolucionaria del mundo. Frente al carácter limitado del objeto de estudio weberiano, el cual no pretende servir de guía en la actividad práctica, contrasta la totalidad pensada. Esta debe, pues, cumplir dos funciones: explicar la diversidad y contradicción de los acontecimientos que se

producen en sociedad y determinar las acciones revolucionarias más adecuadas. El conocimiento que ofrece este objeto de estudio, no puede limitarse a interpretar el mundo, sino que debe transformarlo.

La importancia que reviste la acción práctica derivada de la construcción del objeto de estudio marxista, ya fue señalada en un apartado anterior. Es su carácter auténticamente revolucionario el que, en última instancia, determina el criterio de su validez. En este sentido, la aplicación del método adecuado aparece como simple premisa intelectual, subjetiva, es decir, del sujeto cognoscente, cuyo objeto de estudio debe reflejar la dialéctica objetiva del mundo que lo rodea, a fin de contribuir acertadamente a su desarrollo. La construcción de la totalidad pensada no representa sino el vínculo que estrecha las leyes dialécticas y subjetivas de la actividad del pensamiento, con el movimiento dialéctico y objetivo de la naturaleza, para señalar así la influencia práctica de la sociedad sobre el mundo material.

- *La construcción del objeto de estudio en relación con lo que el autor entiende por sociología.*

Resta por ver si a través del análisis que hemos efectuado de la construcción del objeto de estudio en el marxismo, podemos inducir lo que esta disciplina entiende por sociología. Al respecto, un primer punto que conviene señalar, se refiere a la imposibilidad de hablar de sociología marxista en el sentido durkhemiano o comtiano. En efecto, el postulado durkhemiano que considera los hechos sociales como cosas externas determinadas por fenómenos sociales, no sólo tiene por consecuencia la de descartar las explicaciones reduccionistas, sicologizantes, del discurso sociológico. En realidad, lo que pretenden los positivistas del siglo XIX, es un conocimiento científico parcelario que, li-

mitándose a los hechos del orden social existente, permita la corrección y el mejoramiento de la sociedad, sin cuestionar por ello la esencia misma de ese orden (Marcuse, 1971, pág. 344). Por el contrario, el objeto de estudio marxista muestra una visión totalizadora, cuya construcción no se limita a los fenómenos sociales externos. Como se vio, brota de una triple consideración de las esferas económicas, sociales e individuales. Por esta razón, señala acertadamente Marini: "Considerando (como) ciencia especial a aquella que tiene un objeto de estudio, un marco teórico propio y un método propio, no existe en rigor, una sociología marxista: existen tan sólo problemas sociológicos que el marxismo, en tanto que ciencia, estudia ... [Para ello se sirve] de un enfoque totalizador de la realidad social que pone en primer lugar el estudio de las condiciones objetivas en las cuales los hombres hacen su historia, y que se da como objetivo servir a la transformación radical de esas condiciones." (Marini, 1974, pág. 20).

De la misma manera, el marxismo tampoco puede equipararse con la empresa weberiana. En el materialismo dialéctico, la construcción del objeto de estudio no tiene, por único objetivo, un mayor conocimiento de la realidad singular. Por el contrario, se interesa, sobre todo, en la transformación de la realidad total mediante las leyes que brotan del estudio concreto. La estabilidad y constancia de las relaciones que caracterizan la ley marxista, se manifiestan en su verificabilidad si se vuelven a presentar las mismas condiciones concretas objetivas, que enmarcan la situación singular. La dinámica revolucionaria de la misma ley, resulta de su carácter negativo que hace saltar a la vista las contradicciones sobre las que descansan las diferentes regularidades del objeto de estudio singular. Así pues, la construcción del objeto de estudio en el marxismo confiere carácter *legal* a esa disciplina. La orienta a descubrir las

leyes contradictorias del orden social actualmente existente.

IV. CONCLUSIONES

En las páginas anteriores resalta, como conclusión fundamental, la dificultad de llevar a cabo un estudio comparativo sobre lo que Durkheim, Weber y Marx, entienden por construcción del objeto estudio. De hecho, los tres autores no solo se diferencian en sus respectivos discursos científicos en cuanto a los procedimientos de la construcción del objeto, sino también en lo tocante a su definición misma y al papel que desempeña. El resultado no debe asombrar, por el contrario, debe señalar la urgencia de discusiones y estimularlas para que, situándolos en un nivel epistemológico, coadyuven a sentar definitivamente las bases metodológicas de lo que los sociólogos entenderemos por sociología. Por lo que atañe a nosotros, terminaremos nuestro trabajo recapitulando sintéticamente las orientaciones de los tres pensadores con relación a los cuatro subtemas de que se ha tratado en estas páginas.

Refiriéndose a la construcción del objeto de estudio como herramienta de toque encaminada a romper con las prenociones vulgares e ideológicas, Durkheim planteó el problema de la objetividad absoluta de la sociología. Pensó que con definiciones operacionales, empíricas, se lograría tal objetividad. En realidad, el autor sólo consigue sistematizar la investigación, al descartar la influencia de prenociones vagas o imprecisas. Sin embargo, no es concluyente respecto a la ideología. Considerar al hecho social como cosa externa, requiere de un marco referencial que indique las características exteriores por enfatizar. Por su parte Weber, consciente de tal problema, advirtió que la construcción del objeto de estudio no pretendía sino excluir del discurso científico las prenociones vulgares que

son producto de la experiencia vivida. En cambio, aclaró que la tarea era esencialmente subjetiva. Dependía de un sistema valorativo, seleccionado de entre una posible infinidad. Una vez que fuera explicitado el sistema en cuestión, empezaría la objetividad del trabajo científico, la cual era indispensable pero posible sólo en el periodo posterior a la construcción del objeto de estudio. La posición de Weber es, sin duda, más realista; sin embargo, se advierte que es del todo subjetiva. Aludir a una multitud de marcos referenciales que permitan llevar a cabo la tarea, no supera el subjetivismo: en este caso, nos conduce al relativismo. Anteriormente, Marx había señalado que la objetividad en la construcción del objeto de estudio, solamente se lograría empleando el método dialéctico materialista. El procedimiento superaría toda influencia ideológica, al evitar los excesos superficiales, empíricos, del fetichismo y los mentales, teóricos, del misticismo. La postura, de acuerdo con los cánones epistemológicos bachelardianos es correcta; empero, el autor somete la validez de su objeto de estudio a un criterio de difícil comprobación, cuando lo vincula con el carácter necesariamente revolucionario de sus implicaciones prácticas.

Comparando el procedimiento de la construcción del objeto de estudio a un diálogo entre la teoría y la realidad concreta, vimos cómo Durkheim inclinaba el mecanismo al lado de la realidad. Su construcción empirista del objeto, limita la función de la teoría a una labor orientadora. Guía al investigador en la realidad concreta, de suerte que le permita agrupar datos superficiales que sin ser reelaborados, son directamente correlacionados e interpretados. Por el contrario, el objeto de estudio weberiano sí corresponde a un diálogo efectivo. Los datos empíricos que conforman el tipo ideal individualizador, no representan la realidad misma. Son exageraciones mentales, unilaterales, coherentemente interrelacionadas. Sin embargo, la tarea

weberiana adolece de un relativismo sin límite, puesto que el autor se refiere, tanto a una realidad infinita sin coherencia propia, como a una multiplicidad de elementos teóricos que hacen posible reconocerle coherencia subjetiva. Es finalmente en el marxismo, donde la construcción del objeto de estudio aparece como un diálogo específico entre el sujeto y la realidad concreta. Como fue señalado, la totalidad pensada no es sino el resultado o el vínculo, entre la dialéctica subjetiva del investigador y la dialéctica objetiva de la realidad.

El análisis del papel del objeto de estudio en el proceso de adquisición de conocimiento científico, permitió fijar la función esencialmente verificativa de los objetos de estudio durkhemianos. Aunque empirista, el autor tan sólo se interesa, paradójicamente, en los datos que pueden ser interpretados por su teoría, la cual es así verificada. De esa manera, el conocimiento durkhemiano se refiere al orden social existente y a su mantenimiento. Sus objetos de estudio se relacionan con regularidades sociales o a ciertas patologías, que pueden ser corregidas sin alterar el orden en cuestión. Por lo demás, el examen de los tipos ideales weberianos, los catalogó con el carácter de instrumentales. En opinión del autor, el conocimiento científico de la realidad ni es total ni absoluto. Así, los tipos ideales nos sirven para establecer, tanto la parcela de la naturaleza que se pretende investigar, como las posibles hipótesis que se obtienen cuando se compara el esquema mental con la realidad concreta. Por último, se sentó que el conocimiento perseguido por las totalidades pensadas del marxismo, no sólo debía reflejar la esencia misma de la realidad, sino además, contribuir a su transformación. En el marxismo, el objeto de estudio no es meramente un producto racional que trate de explicar o verificar determinada teoría. Por el contrario, responde a una necesidad práctica de transformar la realidad.

En lo referente al concepto de ciencia sociológica de los diferentes autores se estableció que la construcción del objeto de estudio durkhemiano, concebía la disciplina por todos lados legal. Las características exteriores que como hecho social, deben agrupar un conjunto de fenómenos singulares, terminan por desindividualizar al objeto mismo. Este interesa por su contenido generalizador y debe ser sometido al estudio de las leyes que lo determinan. Por el contrario, al enfatizar la singularidad de sus tipos ideales individualizadores, Weber combate la concepción positivista de sociología. El fenómeno que estudia el investigador interesa por sí mismo y las leyes no representan sino un instrumento mediato para su mejor entendimiento que también puede lograrse inmediatamente por la "comprensión". Finalmente, la disciplina marxista que difiere totalmente de la weberiana, se asemeja a la positiva en que el objeto de estudio interesa por las leyes generales que se extraen de su examen. Sin embargo, las leyes no sólo establecen las regularidades del orden social existente, sino sobre todo, la contradictoriedad en la que dicho orden reposa, con el fin posterior de alterarlo. En esa tarea, la disciplina marxista no se limita a la esfera de lo social, sino que amplía su horizonte a las condiciones objetivas que enmarcan, tanto al mundo social, como al individual.

**Teoría y categorías en Marx,
Durkheim y Weber**

Héctor Díaz-Polanco

INTRODUCCION

Entre el enfoque marxista y la sociología académica que deriva de pensadores como Durkheim y Weber, se observa sin duda el más acentuado contraste teórico. Sin embargo, pese al rechazo que se produce entre estos dos polos opuestos, o precisamente debido a él, no es posible entender a los pilares de la sociología clásica sin vincularlos críticamente con el pensamiento marxista.

En efecto, la sociología misma nace en polémica con el marxismo, oponiéndole a este una visión de la realidad que se corresponde con una sociedad capitalista interesada en buscar mecanismos que permitan reproducir la estabilidad del sistema. Por el contrario, el marxismo había construido un esquema teórico según el cual todo sistema social (modo de producción) es considerado como transitorio y perecedero, es decir, como sustancialmente histórico. El factor que produce el continuo movimiento histórico y hace prever la transformación de la sociedad capitalista en un nuevo estadio de desarrollo y relaciones sociales, trae su origen de las contradicciones internas que guarda en su seno todo sistema, las cuales ocasionan a la larga un conjunto de fenómenos que hacen inevitable el cambio.

Así, pues, el contrastante vínculo es persistente: el marxismo destaca el enfoque histórico de las sociedades, mientras que la sociología clásica enfatiza la visión sistémica y sincrónica que relega la perspectiva histórica; uno está interesado en poner de relieve el carácter contradictorio

del sistema social, y la otra, su tendencia al equilibrio y la armonía; el interés último de los marxistas es proporcionar los instrumentos necesarios para producir el cambio por medio de la lucha revolucionaria, en tanto que los sociólogos clásicos que sentarán las bases de la sociología académica estarán casi obsesionados por encontrar los mecanismos que hacen posible mantener estable al sistema, etc.

En verdad, el desarrollo de la sociología en gran medida se realiza a partir de un silencioso debate con el marxismo, que en muy pocos casos se hace explícito o abierto. Y, dicho sea de paso, lo que es cierto para la sociología lo es también para otras ramas de las ciencias sociales: no es difícil de establecer el mismo proceso de polémica contra el marxismo, por ejemplo, en el campo de la antropología moderna, desde el funcionalismo y el culturalismo norteamericano, hasta el neovolucionismo y el estructuralismo.

Es por todo lo dicho por lo que nos ocuparemos de la cuestión de las categorías en este ensayo tanto desde el punto de vista marxista, como desde el punto de vista weberiano y durkhemiano. El contraste entre marcos que han sostenido sistemáticamente un feroz combate teórico, permitirá destacar la mencionada vinculación polémica y la manifiesta especificidad de cada una de esas tendencias analíticas.

I. NATURALEZA Y PAPEL DE LAS CATEGORIAS EN LA TEORIA MARXISTA

En estas notas sobre las categorías comenzaremos a estudiar los puntos que nos parecen más relevantes en la concepción marxista sobre el particular. Nos detendremos —en este orden— en los temas siguientes: a) el carácter de las categorías marxistas; b) el rango o la validez de las

categorías construidas; c) su vínculo con el objeto de estudio o su papel en relación con el concepto marxista de la realidad; d) su lugar en el orden del análisis.

A raíz de la publicación de *Filosofía de la miseria* de Proudhon, Marx expresa, desde la primera crítica, su punto de vista sobre las categorías (Carta P.V. Annenkov). En efecto, después de criticar a Proudhon por su incapacidad para ver que los hombres desarrollan, junto a sus facultades productivas, determinadas relaciones entre ellos, y que éstas cambian con la modificación y el crecimiento de aquéllas, Marx va directamente al enjuiciamiento de las categorías que expresan precisamente las relaciones:

“No ha visto [Proudhon] que las *categorías económicas* no son más que abstracciones de estas relaciones reales y que únicamente son verdaderas mientras esas relaciones subsisten. Por consiguiente, incurre en el error de los economistas burgueses, que ven en esas categorías económicas leyes eternas y no leyes históricas, que lo son únicamente para cierto desarrollo histórico, para un desarrollo determinado de las fuerzas productivas. Así, pues, en vez de considerar las categorías político-económicas como abstracciones de relaciones sociales reales, transitorias, históricas, el señor Proudhon, debido a una inversión mística, sólo ve en las relaciones reales encarnaciones de esas abstracciones...”¹

En varias ocasiones, Marx reitera la crítica especialmente en su libro-respuesta a Proudhon.² Así pues, la posición del científico alemán respecto a la naturaleza de las categorías que expresan relaciones sociales es bastante clara. Hemos visto que considera estas categorías como transito-

¹ C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, tomo II, Ed. Progreso, Moscú, págs. 442. Hemos tratado la cuestión de las categorías marxistas con más detalle en *Teoría marxista de la economía campesina*, Juan Pablos editores, México, 1977, Primera parte (“La teoría y el método marxista”).

² C. Marx, *Miseria de la filosofía*, Ediciones Signos, B. Aires, 1970.

rias e históricas. En el momento en que se desarrollan y cambian las fuerzas productivas de la sociedad, ésta se da nuevas relaciones sociales, relaciones de producción consecuentes con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas; y como, además, las categorías están expresando de qué manera se relacionan los hombres, poseen un carácter también relativo o transitorio.

En este proceso de movimiento y cambio permanente, de invalidación periódica, incluso de las ideas, de las teorías que tratan de dar cuenta de la realidad, ya nada permanece inmutable ni eterno: ni siquiera los contenidos teóricos del pensamiento. ¿Qué queda entonces en pie? A lo sumo, el “reino del pensamiento puro, en lo que queda en pie de él: la teoría de las leyes del mismo proceso de pensar, la lógica y la dialéctica.”³

En estas circunstancias, el científico estará comprometido en la tarea de construir sus instrumentos categoriales, los que le permitirán conocer su objeto. No se puede hablar a nombre del marxismo de las categorías analíticas como algo *dado*. Por esto Louis Althusser, refiriéndose a la esfera económica, al considerar en qué forma define Marx lo económico —“por su concepto”⁴—, sostiene que no puede ser tomado como un dato, como algo inmediatamente visible, observable, etc.: la identificación de lo económico presupone el concepto de su estructura, y éste, a su vez requiere el concepto de la estructura del modo de producción. Por consiguiente, el “concepto de lo económico debe ser construido *para cada modo de producción*, tal como el concepto de cada uno de los demás [niveles] pertenecientes al modo de producción: lo político, lo ideológico, etc.”⁵

Pero ¿qué significa esto?, ¿significa que el científico

³ F. Engels, “Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana”, en *Obras escogidas*, op. cit., tomo II, pág. 395.

⁴ L. Althusser, *Para leer El Capital*, Siglo XXI, México, 1970, pág. 197.

⁵ *Ibidem*, pág. 198.

se encuentra condenado a manejar categorías totalmente relativas; que debe construir totalmente sus instrumentos teóricos para cada realidad histórica; o, dicho en otras palabras, que debe construirlos, por decirlo así, partiendo de cero, en vista de que las categorías que maneja ya no sirven para estudiar relaciones distintas? Responder a esas preguntas abrirá el camino para entrar en la cuestión de la validez de las categorías.

Al plantear secamente a Marx la pregunta: ¿Es científicamente válido aplicar categorías extraídas del estudio del modo de producción capitalista, a sociedades con modos de producción menos desarrollados?, su respuesta no deja lugar a equívocos:

“La sociedad burguesa es la organización histórica de la producción más desarrollada, más diferenciada —dice Marx—. Las categorías que expresan sus relaciones, la comprensión de su organización propia la hacen apta para abarcar la organización y las relaciones de producción de todas las formas de sociedad desaparecidas, sobre cuyas ruinas y elementos se halla edificada, y cuyos vestigios, que aún no han dejado atrás, lleva arrastrando, mientras se ha desarrollado todo lo que antes había sido simplemente indicado, etc.”⁶

Así como la anatomía de una especie más compleja y desarrollada (el hombre) es la clave para la comprensión de una anatomía menos compleja (el mono), las categorías propias de una organización productiva más desarrollada, como la burguesa, permiten la comprensión de una sociedad cuyo grado de desarrollo productivo ha alcanzado una

⁶ C. Marx, *Introducción a la crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Popular, México, 1970, pág. 264. Subrayado nuestro.

menor complejidad.⁷ En otras palabras, es el conocimiento de la forma "superior", lo que nos hace posible conocer, en realidad, la forma "inferior", menos desarrollada. Es así como Marx da por sentado que la economía burguesa "facilita la clave" para el conocimiento de la economía antigua.

Pero, ¿esta respuesta de Marx a la pregunta cardinal sobre la validez de las categorías, no entra en contradicción abierta con la actitud rigurosamente crítica asumida frente a Proudhon? Procuraremos mostrar que esta "contradicción" es sólo aparente, pues Marx no postula una extrapolación pura y simple de las categorías, sin tener en cuenta las diferencias históricas. En efecto, Marx sostiene que la economía burguesa, por ejemplo, nos da la clave para la comprensión de la economía antigua; mas agrega inmediatamente:

"Pero no según el método de los economistas, que borran todas las diferencias históricas y ven la forma burguesa en todas las formas de la sociedad. Puede comprenderse el tributo, el diezmo, etc., cuando se conoce la renta del suelo. Pero no hay que identificarlos". Siendo la sociedad burguesa una forma antagónica, relaciones que corresponden a formas anteriores pueden encontrarse en ella; pero "ahiladas" o "disfrazadas".⁸ En consecuencia, Marx es bastante explícito en cuanto a advertir que, aunque las categorías burguesas pueden funcionar como "claves", no pueden dar cuenta de manera *directa* de las relaciones correspondientes a otra forma social, puesto que se está frente a realidades o, mejor, frente a *objetos de conocimiento* de naturaleza distinta.

Marx ilustra esta posición con varios ejemplos.

Haremos atento estudio de algunos de ellos. El dinero, en primer lugar, como categoría simple, se puede encon-

⁷ C. Marx, *El capital*, F.C.E., México, 1970, pág. XIII.

⁸ C. Marx, *Introducción...*, op. cit., pág. 265.

trar en sociedades muy primitivas; sin embargo, esta categoría simple alcanza "su punto culminante sólo en las condiciones más desarrolladas de la sociedad."⁹ En segundo lugar, el «trabajo» es otra categoría simple. Y también la concepción del trabajo en este sentido general —como trabajo en general— es muy antigua. Sin embargo, concebido económicamente bajo esta simplicidad, «trabajo» es una categoría tan moderna como lo son las condiciones que engendran esta abstracción simple."¹⁰ Para que esta categoría simple adquiriera su pleno desarrollo, es necesario que la sociedad alcance su desarrollo concreto más rico.¹¹

Quizás es conveniente agregar un ejemplo más para ilustrar este punto. Podemos detenernos un poco en la observación de otra categoría: la división del trabajo. Marx nos propone en *El Capital* una clasificación para la división de la producción social: a) división de la producción en sus grandes sectores (agricultura, industria, etc.) o *división del trabajo en general*; b) división de esos sectores en categorías y subcategorías, o *división del trabajo en particular*; y c) división del trabajo dentro del taller o *división del trabajo en el caso concreto*.¹²

De estos tipos de división del trabajo, el tercero (división del trabajo dentro de la manufactura o el taller) es característico del régimen capitalista de producción. Los dos restantes, en cambio, se pueden encontrar en sociedades precapitalistas. La división del trabajo en general y

⁹ *Ibid.*, pág. 261.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 262.

¹¹ "Así, pues, en este caso, la abstracción de la categoría «trabajo» «trabajo en general», trabajo a secas, punto de partida de la economía moderna, resulta, por primera vez prácticamente cierta. De modo —prosigue Marx— que la abstracción más simple, que coloca en primer lugar la economía moderna y que expresa una relación antigua y válida para todas las formas de sociedad, no aparece, sin embargo, como prácticamente cierta en esta abstracción, sino como categoría de la más moderna sociedad", *Ibid.*, pág. 263. Subrayado nuestro.

¹² *El capital*, tomo I, op. cit., pág. 285.

en particular, además, puede englobarlos en lo que Marx llama "la división del trabajo dentro de la sociedad." Aun en el seno del sistema capitalista, entre la división del trabajo dentro de la sociedad (que engloba los puntos a y b) y la división del trabajo en el taller, media "una diferencia no sólo de grado, sino de esencia; no obstante, ambos términos contradictorios se compensan y condicionan recíprocamente."¹³

Ahora bien, podemos subrayar este hecho: mientras en el régimen capitalista de producción, "la anarquía de la división social del trabajo [división del trabajo dentro de la sociedad] y el despotismo de la división del trabajo en la manufacturera se condicionan recíprocamente; por lo contrario, otras formas más antiguas de sociedad [...] presentan, por un lado, la imagen de una organización del trabajo social sujeta a un plan y a una autoridad, mientras que por otro lado, excluyen radicalmente, o sólo estimulan en una escala muy insignificante, o de un modo esporádico y fortuito a la división del trabajo dentro del taller."¹⁴

Por lo tanto, tenemos en la división del trabajo una categoría que evoluciona desde un grado de simplicidad y generalidad hasta un grado determinado de especificidad en el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas más rico. Esta categoría es común a todas las formas sociales anteriores al capitalismo; pero en éste adquiere ya un desarrollo de naturaleza distinta, particular, aunque al mismo tiempo perviva aún en el sistema más desarrollado la categoría más simple.¹⁵ Así, pues, estos ejemplos "muestra(n) con claridad cómo hasta las categorías más abstractas, a pesar

¹³ *Ibíd.*, pág. 288-290 .

¹⁴ *Ibíd.*, pág. 290.

¹⁵ "Mientras que la división del trabajo dentro de la estructura total de una sociedad, se hallase o no condicionado al cambio de mercancías, es inherente a los tipos económicos más diversos de sociedad, la división manufacturera del trabajo constituye una creación peculiar y específica del régimen capitalista de producción", Marx, *El capital*, op. cit., pág. 292.

de su validez —precisamente a causa de su naturaleza abstracta—, para todas las épocas, son, no obstante, en lo que hay de determinado en esta abstracción, asimismo el producto de condiciones históricas, y *no poseen plena validez sino para estas condiciones y dentro del marco de estas mismas.*¹⁶

Así, se aclara la posición de Marx. El uso de las categorías plenamente desarrolladas (concretas) para el análisis de la sociedad burguesa, aplicadas a sociedades precapitalistas, es válido, siempre que se tome en consideración que las categorías que en su grado más abstracto son válidas para todas las épocas, en su nivel de desarrollo más concreto sólo son válidas plenamente para su época específica: el modo de producción capitalista. En otras palabras, se trata de tener siempre presente el *“distinto oficio que las mismas categorías desempeñan en diferentes grados de la sociedad...”*¹⁷

Ahora bien, ¿qué relación guardan las categorías marxistas con la concepción de la realidad según esta teoría? Trataremos de responder a esta cuestión vital, que nos hará avanzar un paso hacia el objetivo de mostrar que las categorías marxistas no sólo expresan relaciones sociales históricas, sino, además, fundamentalmente, aquellas relaciones que se ocultan detrás de lo fenoménico.

Marx critica el uso en la economía política clásica, de categorías como “valor del trabajo”, “precio natural del trabajo”, tomadas, según dice, “de la vida diaria”, es decir, de nociones puramente empíricas o de sentido común y aceptadas sin crítica. Para Marx, esas son expresiones “puramente imaginarias”. “Sin embargo —agrega—, estas ex-

¹⁶ Marx, *Introducción...*, op. cit. pág. 264, (subrayado nuestro).

¹⁷ *Ibid.*, pág. 268, (subrayado nuestro).

presiones imaginarias brotan del mismo régimen de producción. Son categorías en que cristalizan *las formas exteriores en que se manifiesta* la sustancia real de las cosas. En casi todas las ciencias es sabido que muchas veces las cosas se manifiestan con una forma inversa de lo que en realidad son...¹⁸

De este texto, particularmente sugerente, podemos extraer importantes consecuencias. Por una parte, "las cosas" tienen una doble expresión: lo *aparente* y lo *esencial*. Por otra parte, esa apariencia fenoménica es frecuentemente la forma *inversa* de la sustancia real. Esta inversión tiene una función precisa entonces: ocultar, enmascarar la realidad de las cosas.

Las categorías que se construyen a partir de la apariencia del fenómeno, por tanto, caen en su trampa mistificadora. Así, aparece el obstáculo que impide a la economía política clásica discriminar entre el trabajo y la *fuerza de trabajo*; distinción fundamental en el análisis de Marx.¹⁹

Las categorías que construye Marx están orientadas a desentrañar esas relaciones ocultas. *El capital* es un ejemplo de ello. Con la categoría de plusvalía, Marx trata precisamente de sacar a la luz la relación *real* que existe entre capital y trabajo (relación desequilibrada, que implica explotación: apropiación de trabajo no remunerado) no obstante la relación *aparente* que refleja una equivalencia perfecta entre trabajo suministrado y salario pagado. Mientras no se dispuso de un cuerpo de categorías referidas a esas relaciones ocultas (trabajo que realizó Marx), no se

¹⁸ *El capital*, op. cit., tomo I, pág. 450.

¹⁹ "Por tanto, lo que ella [la economía política] llama *valor del trabajo* (value of labour) es, en realidad, *el valor de la fuerza de trabajo*, que reside en la personalidad del obrero, y que es algo tan distinto de su función, del trabajo, como la máquina de las operaciones que ejecuta", *Ibid*, pág. 451. Una idea de la importancia que tiene esta distinción en la obra de Marx se puede encontrar en la Introducción de Engels al trabajo de Marx titulado "Trabajo asalariado y capital", *Obras escogidas*, I, op. cit., pág. 56 y s.

pudo explicar satisfactoriamente de dónde salía la ganancia del capital.

En suma, lo que postula el marxismo es que la finalidad de todo trabajo científico consiste en reducir el movimiento *aparente* al movimiento *real* "del mismo modo que para interpretar al movimiento aparente de los astros es indispensable conocer su movimiento real, aunque imperceptible para los sentidos."²⁰ Este postulado pone en tela de juicio la eficacia del empirismo como instrumento útil para el conocimiento de las leyes ocultas de los fenómenos. Y tal posición, que aparece excesivamente obvia y cuya manifestación podría considerarse como una simple perogrullada, pero que se pierde de vista demasiado a menudo, se fundamenta en la razón esencial de que "en realidad, toda ciencia estaría de más, si la forma de manifestarse las cosas y la esencia de éstos coincidieran directamente..."²¹

No obstante, lo anteriormente señalado no puede conducir a la conclusión de que el enfoque marxista se interesa exclusivamente en la "esencia", puesto que esto sería tanto como desconocer una consideración clave en la que ha insistido con razón Kosik: la unidad básica real del fenómeno y la esencia. No sería posible acceder a la esencia sin comprender al fenómeno. "La comprensión del fenómeno indica el acceso a la esencia. Sin el fenómeno, sin su manifestación y revelación, la esencia sería inaccesible."²²

Esencia y fenómeno se expresan en el mundo de la "seudoconcreción", en un movimiento dialéctico, mostrándose y negándose mutua y simultáneamente:

"El mundo de la pseudoconcreción es un clarooscuro de verdad y engaño. Su elemento propio es el doble sentido.

²⁰ *El capital*, op. cit., I. pág. 254. Subrayado nuestro.

²¹ *Ibíd.*, tomo III, pág. 757.

²² Karel Kosik, *Dialéctica de lo concreto*, Editorial Grijalbo, México, 1956, pág. 28.

El fenómeno muestra la esencia y, al mismo tiempo, la oculta. La esencia se evidencia en el fenómeno, pero solamente de manera inadecuada, parcialmente, en algunas de sus facetas y ciertos aspectos. El fenómeno señala algo que no es él mismo, y existe solamente gracias a su contrario. La esencia no se da inmediatamente; es mediatizada por el fenómeno, y se muestra, por tanto, en algo distinto de lo que es. La esencia al manifestarse en el fenómeno, revela su movimiento y demuestra que no es inerte y pasiva. Pero, igualmente, el fenómeno revela la esencia. La manifestación de la esencia en la actividad del fenómeno.”²³

En consecuencia, reducir el análisis hasta la anulación de lo fenoménico es incurrir en el defecto de *hipostasiar* la esencia. Tal sacralización sería inocua si no provocara simultáneamente la propia anulación del proyecto científico que se propone lograr el análisis.²⁴

Pero, más aún, las categorías son esenciales en el orden del análisis. Ante dos métodos que siguen caminos diver-

²³ *Ibidem*, pág. 27.

²⁴ “La indagación que apunta directamente a la esencia y deja atrás de sí todo lo que es inesencial, como un lastre superfluo, al proceder así, pone en tela de juicio su propia legitimidad. Se hace pasar por algo que no es. Se presenta con la pretensión de ser una investigación científica; pero considera previamente probado el punto más esencial, la diferencia entre lo esencial y lo secundario, y lo sitúa, por ello, fuera de toda indagación. Quiere llegar a la esencia, no a través de un complicado proceso regresivo-progresivo —en el curso del cual, y gracias a cuya actividad la realidad se escinde en esencial e inesencial, al mismo tiempo que tal escisión se justifica—, sino mediante un salto que la eleva por encima de las apariencias fenoménicas y, sin examinar siquiera tales apariencias, sabe ya qué es la esencia y cómo alcanzarla. Mas, por el propio hecho de mirar directamente lo «esencial», se salta la esencia, y su persecución de ella termina por alcanzar la cosa sin la esencia, la vacua abstracción o una banalidad.” Karel Kosik, *op. cit.*, pág. 81.

gentes (uno que plantea partir de lo "concreto", de los complejos sociales, y otro, que sugiere partir de las partículas más simples), Marx sostiene que el correcto es el que toma como punto de partida las categorías (los elementos más simples). Lo que se llama lo concreto (la población, por ejemplo) no es más que la síntesis de múltiples determinaciones más simples, es el *resultado*, en el pensamiento, de numerosos elementos cada vez más abstractos. Por eso, so pena de iniciar el análisis al revés (o sea, por el resultado), hay que iniciarlo desde esos elementos más simples e ir ascendiendo hasta construir lo concreto.²⁵ Por lo tanto, el concreto que quiere conocerse sólo puede ser construido principiando por las categorías más simples, más elementales. Es por lo que Marx comienza el análisis del capital por el elemento más simple, es decir, por la *mercancía*, que él llama "la célula" del sistema capitalista. Solamente a medida que avanza en su obra, se ocupa de estudiar la renta del suelo, etc., y, al final del libro, emprende el examen de las clases (que no pudo concluir).

En este momento, es preciso hacer algunas advertencias, a fin de evitar posibles equívocos:

a) En primer lugar, conviene no dejarse llevar de la ilusión, como ocurrió con Hegel —según el propio Marx apunta— al deducir de lo anterior que lo real-concreto es el resultado de la actividad del pensamiento; o sea, se debe rechazar la idea de que la realidad concreta es una creación del pensamiento, que no es más que el fruto del movimiento y el desarrollo de la "Idea".²⁶ Aquí tendríamos la grave confusión a que nos referimos al principio: desco-

²⁵ "El último método [el que va de lo más simple a lo más concreto] es manifiestamente el método científicamente correcto. Lo concreto es concreto, porque es la síntesis de muchas determinaciones, es decir, unidad de lo diverso. Por eso, lo concreto aparece en el pensamiento como el proceso de la síntesis, como resultado, no como punto de partida...". *Introducción...*, op. cit., pág. 258.

²⁶ *Ibid*, pág. 259.

nocer que las ideas, las categorías, son el fruto o la expresión de las relaciones concretas que sostienen los hombres en sociedad, y no a la inversa.

b) Pero, en segundo lugar, tal error sólo puede ser el producto de otra confusión, de la cual es corolario: la que consiste en confundir dos concretos esencialmente distintos, como ha advertido muy oportunamente Althusser: el *concreto-realidad*, que es el objeto real que se debe conocer, y el *concreto-de-pensamiento*, que es el conocimiento de aquel objeto real.²⁷ De suerte que, cuando hablamos de que el método correcto consiste en elevarse desde las categorías más simples, más abstractas, hasta lo más concreto, y expresábamos que lo concreto únicamente podía ser (re)construido por ese camino, y no por el inverso, no se podía interpretar que se trataba de la construcción del concreto-realidad, sino del concreto-de-pensamiento, o lo que es lo mismo: del *conocimiento de lo real*, de la síntesis dialéctica de lo concreto-realidad *en el pensamiento*.²⁸

Otra cuestión se plantea dentro del mismo tema. El problema tiene que ver con otro nivel de la investigación: el que se presenta cuando el investigador tiene que decidir sobre un orden analítico en el momento en que se encuentra frente a una sociedad concreta en la que conviven diversos sistemas socioeconómicos (v.gr., la forma campesina y la capitalista). Esta es la situación normal de investigación, pues no existen en la realidad los modos de producción "puros", sino las formaciones que articulan diversas formas socioeconómicas en un mismo sistema.

En tal situación, lo natural parecería que se comenzara

²⁷ L. Althusser, *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México 1971, pág. 153.

²⁸ "...el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto no es sino *la manera de proceder del pensamiento* para apropiarse de lo concreto, para reproducirlo *mentalmente* como cosa concreta. Pero esto no es de ningún modo el proceso de génesis de lo concreto mismo," *Introducción*, op. cit., pág. 259. Subrayado nuestro.

por aquellos sistemas más simples, según el orden de su aparición histórica (por ejemplo, en nuestro caso, por el estudio de la renta del suelo, la propiedad de la tierra, etc.). “Y, sin embargo —dice Marx— nada más falso que esto. En todas las formas de sociedad se encuentra una producción determinada, superior a todas las demás, y cuya situación asigna su rango y su influencia a las otras.”²⁹ Así, pues, esta producción “superior” debe ser el punto principal e inicial de análisis, pues sólo ella asignará su rango y significación a las demás, las cuales le están subordinadas.

En otros términos, ello quiere decir que el rango de las formas de producción, no se decide por su lugar en la sucesión histórica; su rango se decide por su carácter, más o menos determinante, en el sistema general o global de la sociedad. Y, por lo que respecta a las categorías, éstas tampoco guardan conformidad, en el orden del análisis, con la sucesión de su aparición histórica. *Se trata no de un orden historiográfico, sino de un orden estructural. Es decir, lo que determinará el orden de estas categorías es, en realidad, su lugar o posición y sus relaciones orgánicas dentro de la sociedad de que se trate.*³⁰

II. LA TEORIA WEBERIANA Y LAS CATEGORIAS

El marco teórico abierto por el enfoque marxista, nos está indicando que es necesario también dibujar la silueta de la sociología weberiana para tener idea clara del papel que corresponde a las categorías en esta última. En efecto, esperamos mostrar que es preciso comprender el tipo de sociología que interesa a Weber, para poder entender la naturaleza de las categorías que utiliza. Por ello, debemos prestar especial atención a la “sociología de la acción”

²⁹ *Ibid.*, pág. 266.

³⁰ *Ibid.*, pág. 267 .

y a varias nociones que están ligadas con ella, como "sentido" y "comprensión".

Weber, efectivamente, ha insistido en que debe comprenderse por sociología "una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social". La "acción" está referida con precisión a aquella conducta humana (ya sea un hacer externo o interno, ya sea un permitir u omitir) que implica, por parte del sujeto o sujetos, la asignación de un *sentido* subjetivo. De esa manera, pues, la *acción social* "es una acción en donde el sentido mentado por su sujeto o sujetos está referido a la conducta de otros, orientándose por esta en su desarrollo."³¹

Se nos presentan de inmediato dos nociones que es necesario destacar en esta teoría de la acción: a) la noción de "sentido subjetivo"; y b) la noción de expectativa. Esta última trae su origen del hecho de que el sentido mentado por la acción no puede estar referido (si es que se trata efectivamente de una acción social), sino a otro sujeto. La *otredad* weberiana puede referirse a individuos previstos y conocidos, o a una pluralidad de ellos completamente desconocida e indeterminada; esa es la razón, v.gr., por la que el sujeto acepta el dinero, pues tiene la expectativa de que otros, indeterminados y desconocidos, lo aceptarán como medio de cambio.³² En consecuencia, no toda acción, por el hecho, de ser exterior, es una acción social; de hecho, la acción orientada por la expectativa de reacciones de objetos materiales, no lo es. "La conducta íntima es acción social sólo cuando está orientada por las acciones de otros."³³

Pero hay una segunda consecuencia que se deduce lógicamente del planteamiento weberiano de una acción "social" entendida a partir del "sentido" subjetivamente mentado: el gran peso específico que se pone en el *individuo*.

³¹ Weber, *Economía y sociedad*, tomo I, F.C.E., México, 1969, pág. 5.

³² *Ibidem*, pág. 182.

³³ *Idem*.

En este punto, como es fácil comprender, Weber establece una distancia, tanto respecto a Marx como a Durkheim. Marx da realce a los fenómenos estructurales que contienen relaciones sociales dinámicas, y las categorías deben expresar tales relaciones en lo que tienen de reales y esenciales. Durkheim, por su parte, esfuma casi absolutamente al individuo, conceptuando el fenómeno social de irreducible a éste último; establece como prueba de la independencia de los hechos sociales respecto a los individuos precisamente el carácter coercitivo y, por lo tanto, externo de tales hechos.

Weber, por el contrario, declara expresamente que la *acción*, “como orientación significativamente comprensible de la propia conducta, sólo existe para nosotros como conducta de una o varias personas *individuales*.” Agrega que el individuo podría ser considerado como si fuera una asociación de células y, en tal circunstancia, tratar de encontrar las *leyes* que le dan sentido. Pero inmediatamente niega la posibilidad de comprender “el comportamiento de esos elementos que se expresa en leyes.” Ello se debe, sencillamente, a que de esa manera no se puede acceder a una “interpretación del *sentido* mentado”, y “la captación de la conexión de sentido de la acción es cabalmente el objeto de la sociología.” Weber incluso concede que se trate a ciertas formaciones sociales como si fueran individuos (estado, nación, etc.); pero advirtiendo que en su sociología comprensiva tales “formaciones no son otra cosa que desarrollos y entrelazamientos de acciones específicas de personas individuales, ya que tan sólo estas pueden ser sujetos de una acción orientada por su sentido.” Esto quiere decir, en otras palabras, que para Weber —contrariamente a lo que piensa Durkheim en forma determinativa— no existen “personalidades colectivas” (o fenómenos sociales colectivos) in-

dependientemente de los individuos que dan sentido subjetivo a su acción.³⁴

A partir de este punto, por lo demás, Weber deja ver su separación de la teoría *funcionalista* clásica, que concede primacía al "todo" sobre las partes individuales³⁵ mientras puede considerarse un antecedente teórico en el desarrollo de la llamada antropología culturalista norteamericana ("relativismo cultural"), que se interesa en interpretar los fenómenos de "personalidad cultural básica" partiendo del juicio de las conductas particulares de los individuos en su interacción con las características generales de la cultura.³⁶

Julián Freud, entusiasta exégeta de Weber, nos confirma este postulado del sociólogo alemán. Dice Freud: "Este [el individuo] constituye una unidad por sí mismo, y falta de esta unidad de base, la sociología corre el peligro de perderse en la incoherencia y confusión, incesantemente a la búsqueda de su validez como ciencia autónoma. La individualidad significativa, a la busca del sentido de la actividad social, carecería de sentido por sí misma... A este respecto, los conceptos colectivos sólo se hacen sociológicamente inteligibles a partir de las relaciones significativas que admiten las conductas individuales."³⁷ No se pue-

³⁴ "En todo caso, no existe para ella [la sociología comprensiva] una personalidad colectiva en acción. Cuando habla del «estado», de la «nación», de la «sociedad anónima», de la «familia», de un «cuerpo militar», o de cualquier otra formación semejante, se refiere *únicamente* al desarrollo, en una forma determinada, de la acción social de unos cuantos individuos, bien sea real o construida como posible...", Weber, *op. cit.*, pág. 12.

³⁵ Weber, *op. cit.*, pág. 13. Véase, para una concepción funcionalista ortodoxa, a Bronislaw Malinowski, *Los argonautas del pacífico occidental*, Península, Barcelona, 1971; Radcliffe-Brown, *Estructura y función en las sociedades primitivas*, Península, Barcelona, 1971.

³⁶ Para esta escuela, puede consultarse a Margaret Mead, *Adolescencia y cultura en Samoa*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1973; Ruth Benedict, *El hombre y la cultura*, Edhasa, Barcelona, 1971; Ralph Linton, *Cultura y personalidad*, F.C.E., México, 1971; y *Estudio del hombre*, F.C.E., México, 1972.

³⁷ J. Freund, *Sociología de Max Weber*, Península, Barcelona, 1968, pág. 11.

de ser más claro sobre este punto.

Ahora bien, ¿qué significa el *sentido*, base de la sociología comprensiva, y su correlato: la *comprensión*? Precisar estas nociones es, en alguna manera, expresar el gusto de Weber por las fórmulas tautológicas. Por sentido, dice Weber, “entendemos el sentido mentado y subjetivo de los sujetos en acción”; y éste se puede manifestar de dos modos: a) existente de hecho, o sea, como un caso históricamente dado, o como promedio aproximado de una masa de casos; b) como construido en un *tipo ideal*.³⁸ A su vez, la comprensión (que está ligada con la noción de interpretación, llegando Weber a veces hasta a confundirlas en muchos textos, como admite Freud), consiste en el acto mismo de aprender el sentido de la acción; así, “el objeto propio de la comprensión es captar el *sentido* de una actividad o de una relación.”³⁹

Relacionando las dos nociones de sentido y comprensión, ésta última debe captar las manifestaciones —ya señaladas— del primero. Por lo tanto, la comprensión (“*verstehen*”) significa la “captación interpretativa del sentido o conexión del sentido: a) mentado realmente en la acción particular (en la consideración histórica); b) mentado en promedio y de modo aproximativo (en la consideración en masa); c) construido científicamente (por el método tipológico) para la elaboración del *tipo ideal* de un fenómeno frecuente.”⁴⁰

Queda desde luego sentada la base para entender el tipo ideal: realmente se trata de *uno* de los modos de captar el sentido de la acción, cuando el científico social procede a la *construcción* de un instrumento que permite observar “idealmente” cómo se manifestaría una conducta humana “si lo hiciera rigurosamente con arreglo al fin, sin pertur-

³⁸ Weber, *Economía y sociedad*, op. cit., pág. 6.

³⁹ Freund, op. cit., pág. 85.

⁴⁰ Weber, op. cit., pág. 9.

bación alguna de errores y afectos." Pero, como señala el mismo Weber, sólo en casos raros la acción real se ajusta a la construcción ideal típica, por lo que es necesario proceder al momento a comparar la construcción con la forma en que realmente transcurre la acción. La especificación de las desviaciones, errores, etc., es lo que hace posible comprender la acción, y lo que presta su utilidad al tipo ideal weberiano, como instrumento para establecer hipótesis causales (ya que no interpretaciones causales válidas), que revelan su carácter puramente heurístico, y no explicativo, en el sentido de otros enfoques teóricos.

Es en este marco teórico, a nuestro juicio, en donde puede comprenderse cabalmente la cuestión de la construcción y la naturaleza de las categorías weberianas.

La primera tesis que queremos proponer, en consecuencia es la de que *las categorías weberianas son construidas a partir de la sociología de la comprensión, que implica como una derivación lógica necesaria la captación del sentido de la acción subjetivamente mentado*. Esto quiere decir, en otras palabras, que todas las categorías o abstracciones que utilizará el sociólogo (weberiano) serán construidas en el curso del esfuerzo por captar el sentido que tiene la acción o el fenómeno que interesa, lo que abre las puertas a su comprensión o interpretación. De esa manera, ninguna categoría merece el nombre de tal para la sociología comprensiva, si no implica la búsqueda y el establecimiento del sentido subjetivo de la acción de que se trata.

En efecto, aún cuando Weber se refiere a "las categorías sociológicas fundamentales" de algo aparentemente tan objetivo, tan independiente de la subjetividad, como la "vida económica", propone como esencial la consideración de lo subjetivo que expresa el sentido de la acción. "La definición de la gestión económica —dice Weber— tiene que ser lo más general posible, y expresar claramente que todos los procesos y objetos [económicos] adquieren ese ca-

rácter en cuanto tales por el *sentido* que en ellos pone la acción humana —como fin, medio, obstáculo, resultado accesorio.” Es cierto que Weber tiene especial cuidado, en este y otros pasajes de sus obras, de aclarar que, para él “subjetivo” no es sinónimo de “psicológico” (y la distinción es ciertamente relevante si se recuerda que la subjetividad va unida a la *otredad* y a la categoría correlativa de *expectativa*). Pero se recalca el punto de que los fenómenos económicos “poseen un peculiar sentido subjetivo, y que nada más éste constituye la unidad de los procesos en cuestión y los hace comprensibles.”⁴¹

Con más precisión, y en el mismo sentido anterior, Weber insiste en establecer su distancia respecto a la psicología. Así, recuerda que una “categoría como [afán de lucro]... en modo alguno pertenece a una [psicología]”, después de precisar que la sociología comprensiva “establece diferenciaciones siguiendo referencias típicas, provistas de *sentido*, de la acción (ante todo, referencias a lo externo), por lo cual..., lo racional con relación a fines le sirve como tipo ideal, precisamente para poder estimar el alcance de lo irracional con relación a fines.” Son, pues, esas referencias típicas (provistas de sentido) las que posibilitan construir y dar sentido a las categorías.⁴²

De lo expuesto antes se puede deducir, por lo tanto, que existe una primera clara diferencia entre Marx y Weber por lo que respecta a lo que expresan las categorías. Para Marx, éstas expresan *relaciones sociales*, objetivas, que son independientes de la subjetividad de las personalidades individuales. Más aún, para Marx, la subjetividad individual es el resultado de las leyes de funcionamiento de las relaciones sociales objetivas; por consiguiente, solamente se puede entender aquélla en función de éstas. Para Weber,

⁴¹ Weber, *Economía y sociedad*, op. cit., pág. 46.

⁴² Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1973, pág. 178.

en cambio, las categorías deben expresar el sentido subjetivamente mentado (aun en el campo de la vida económica).

En la medida en que las categorías weberianas no se refieren a relaciones objetivas, sino a fenómenos en tanto expresan un sentido subjetivo, se puede plantear la segunda tesis: *las categorías weberianas no muestran un carácter esencialmente histórico*, lo que, como se ha visto, es fundamental en la teoría marxista. Al contrario, las categorías weberianas suponen un distanciamiento de los fenómenos reales, determinando así categorías relativamente vacías de contenido histórico. El mismo Weber ha enunciado claramente este punto: "Como en toda ciencia generalizadora —dice—, es condición de la peculiaridad de sus abstracciones el que sus conceptos tengan que ser relativamente vacíos frente a la realidad concreta de lo histórico. Lo que puede ofrecer como contrapartida es la univocidad acrecentada de sus conceptos. Esta acrecentada univocidad se alcanza en virtud de la posibilidad de un óptimo de adecuación de *sentido*, tal como lo pretende la concepción sociológica." E inmediatamente nos advierte del efecto de distanciamiento, pues cuando se construye el concepto (ya sea para captar fenómenos racionales o irracionales) "se distancia de la realidad, sirviendo para el conocimiento de ella en la medida en que, mediante la indicación del grado de *aproximación* de un fenómeno histórico a uno o varios de esos conceptos, quedan tales fenómenos ordenados conceptualmente."⁴³ La vacuidad de las categorías y el distanciamiento de los conceptos respecto de la "realidad" son dos términos estrechamente relacionados, ya que solo cuando son las categorías más o menos vacías, se puede establecer la distancia necesaria (determinada especialmente por el tipo ideal) que llega a ser estratégica

⁴³ Weber, *Economía y sociedad*, op. cit., pág. 16-17.

para el "conocimiento" que implica el "ordenamiento conceptual" de la realidad.

Nótese, en tercer lugar, que en Weber no existe una concepción de la realidad por la cual se pueda distinguir su expresión fenoménica (aparente) de las relaciones ocultas (esenciales). Por eso, no hay una elaboración teórica de lo real-concreto. Se da ocasión, en cambio a que haya una *reducción* de la realidad a sus elementos esenciales, en términos del sentido captado; la realidad queda teóricamente intacta. La "construcción" del objeto, en consecuencia, se circunscribe (especialmente cuando se utiliza el "tipo ideal") a causar esa reducción; los elementos que serán destacados en el tipo ideal, son seleccionados unilateralmente por el investigador. Luego se procede a comparar la construcción ideal-típica con la realidad tal y como se expresa fenoménicamente.

Es comprensible, entonces, que la realidad aparente pueda jugar una mala pasada, engañando al científico con sus reflejos mistificadores. Pero en la concepción weberiana no se vislumbra este peligro, puesto que no se concibe la realidad como un tejido de relaciones sociales objetivas que lo aparente o fenoménico contribuye a ocultar (y que las categorías científicas deben descubrir y expresar), sino como acciones que simplemente dependen del sentido que le atribuyen los sujetos o actores. Por eso, es el *sentido* lo que hay que captar, preferiblemente a través de una construcción típico-ideal que hace posible calibrar las desviaciones de la acción "real" respecto a la "ideal" (o construida.).

Así, pues, aunque Weber introduce en su enfoque metodológico la cuestión del papel del sujeto cognoscente (o epistémico) como protagonista de la conquista teórica de la realidad, sobre todo cuando propone el "tipo ideal" (lo que le permite alejarse momentáneamente del empirismo a ultranza), lo cierto es que deja en pie, en el interior de su

paradigma, la semilla que hará resurgir al empirismo, pues el conocimiento científico no se basa en la construcción teórica misma, sino que depende de la confrontación de ésta con la "realidad" que permanece a la espera de la contrastación.

Resulta claro que, de esa manera, se vuelve a conceder a la "realidad empírica", al dato, un alto estatuto: la capacidad de aportar, esta vez por el arte y la magia de la contrastación, un conocimiento inmediato que supone el poder de lo "real", para manifestarse al margen del lente teórico. Es así como, pese al importante papel asignado a la "construcción", permanece intacta la vieja ilusión del "saber inmediato", contra la cual ha escrito páginas brillantes Gaston Bachelard,⁴⁴ y la misma que Hegel había considerado como falsa y conducente al error.⁴⁵ En tanto Weber asigna todavía a la realidad una función de contrastación frente al objeto construido ("tipo ideal"), se pone de manifiesto que aún no introduce la acción básica de "ruptura" que protege contra la "evidencia" del dato: ninguna realidad puede ser concebida, como actuante en el proceso de conocimiento, sin la presencia crucial de la

⁴⁴ Véase, p. ej., G. Bachelard, *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI, editores, México, 1976. También los trabajos de Pierre Bourdieu et al., *El oficio del sociólogo*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, 1975, desarrollan las ideas fundamentales de Bachelard.

⁴⁵ "Lo que importa por el contrario, es conocer que este saber inmediato del ser de las cosas externas, es ilusión y error; que en lo sensible, como tal, no hay verdad alguna: que el ser de estas cosas exteriores es más bien algo de accidental, de pasajero, una apariencia, que son esencialmente cosas que tienen una existencia separable de su concepto y esencia", G. F. Hegel, *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Primera Parte: Lógica, Juan Pablos editores, México, 1974, pág. 71. No debe causar asombro la semejanza entre la terminología hegeliana de este texto y la utilizada por Marx en sus textos metodológicos de madurez. M. Dal Pra ha llamado la atención hacia el hecho de que Marx, en sus años maduros, entra en una "fase de renovado fervor hegeliano"; Mario Dal Pra, *La dialéctica en Marx*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1971, cap. 7.

teoría. En este sentido, para hacer patente que toda realidad y cualquier conocimiento que deriva de ella, por más inmediato que nos parezca, están mediados por la teoría, Hegel agrega: "que verdades que sabemos perfectamente son resultado de las consideraciones más complicadas y grandemente mediatas, se presentan a quien se ha familiarizado con ellas, como dadas inmediatamente en la conciencia."⁴⁶

Por todo ello puede decirse, teniendo en cuenta tanto la importancia que el autor asigna al carácter unilateral de la decisión que determina cuáles elementos serán enfatizados en el tipo ideal, como la función estratégica que sigue cumpliendo la "realidad", que Weber, en varios sentidos, eleva a la categoría de conocimiento científico, el conocimiento de sentido común.⁴⁷

Vale la pena apuntar, en fin, que, paradójicamente, la ausencia de un agudo sentido de la historia en la teoría weberiana, la puede conducir a un historicismo, en el sentido de caer en la trampa de analizar los sistemas socio-económicos en el orden (cronológico) en que han aparecido historicamente, en vez de proceder a su análisis según su importancia estructural, es decir, según su rango en el sistema.⁴⁸

⁴⁶ Hegel, *op. cit.*, pág. 65.

⁴⁷ Hegel también había señalado la lógica relación entre saber inmediato y sentido común: "por lo demás, perfectamente lo mismo que aquello que se llama fe y saber inmediatamente, es lo que se llama en otros casos inspiración, revelación del corazón, contenido impreso por la naturaleza en los hombres, de una manera más particular, intelecto sano, *common sense*, sentido común. Todas estas formas toman del mismo modo su principio en la inmediatidad por la cual encontramos en la conciencia un contenido, y en ella es un hecho." *Ibidem.* pág. 63.

⁴⁸ Así, por ejemplo, esto podría expresarse claramente cuando Weber, en su *Historia económica general*, F.C.E. México, 1974, realiza su análisis siguiendo el curso "histórico", partiendo de la economía de la aldea y del señorío, hasta llegar a la moderna economía capitalista.

III. LA TEORÍA DURKHEIMIANA Y LAS CATEGORÍAS

Es necesario también estudiar con detenimiento la teoría general durkheimiana para entender el papel que desempeñan las categorías en el análisis sociológico.

Durkheim, como dijimos antes se separa de Weber por lo que se refiere a la naturaleza de los fenómenos que estudia la sociología. No se trata, en su caso, de acciones con sentido, sino de acontecimientos que están fuera de toda subjetividad. El planteamiento de Durkheim a este respecto es ampliamente conocido, a saber, que los fenómenos sociales deben ser considerados como "cosas", es decir, en su especificidad, independientemente de los individuos que integran el complejo social y de las influencias de la constitución biológica y el medio físico.⁴⁹ El fenómeno social es un objeto diferente de la suma de las acciones individuales. La conclusión, pues, es inevitable: "Cuando al combinarse varios elementos producen fenómenos nuevos, es necesario suponer que estos fenómenos están, no en los elementos, sino en el todo formado por su unión."⁵⁰ Ello significa, que Durkheim, al contrario de Weber, subraya la *totalidad* social, y no los individuos.

De la regla general anterior (estudiar los hechos como cosas), se desprenden a su vez dos corolarios: a) "desechar sistemáticamente todas las preconcepciones"; b) definir previamente las "cosas", o sea, precisar la definición del "objeto de las investigaciones". Consecuente con estos planteamientos, en *El suicidio*,⁵¹ Durkheim procede previamente a definir su objeto de estudio (la "tasa" de suicidio) y, después, se esfuerza por descartar las "influencias" cósmicas, ecológicas, etc., sobre el fenómeno que trata de es-

⁴⁹ Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, La Pléyade, Buenos Aires, 1972, pág. 45.

⁵⁰ *Ibidem*, pág. 18.

⁵¹ Schapira editor, Buenos Aires, 1971.

tudiar. De esta manera, está en condiciones de iniciar el trabajo que corresponde a su sociología: mostrar que el fenómeno social de interés debe explicarse en términos del "medio social interno".⁵²

Pero existe una alternativa: teniendo en cuenta el medio social interno, se puede explicar el fenómeno enfatizando las causas o las funciones. Durkheim privilegia el establecimiento de las causas, dándole prioridad sobre el estudio de las funciones (o los efectos).⁵³ Pero estas "causas" no son *subjetivas*, sino independientes de los individuos: "Debe buscarse la causa determinante de un hecho social entre los hechos antecedentes, y no entre los estados de la conciencia individual."⁵⁴

No obstante, aunque Durkheim tiene predilección por la causa, respecto a la función (con lo que al parecer, se separa bastante de los funcionalistas posteriores), creemos que una observación atenta de su discurso teórico y de sus procedimientos metodológicos, nos lleva a la conclusión de que lo que hace es *subsumir* la noción de función en la de causa. Así, cuando aparentemente se fija toda la atención en el establecimiento de la causa, silenciosamente se está explicando el fenómeno por referencia a ciertas funciones sociales que se consideran generales a toda sociedad, o, más precisamente, *necesarias*.

Pensemos, por ejemplo, en la explicación durkheimiana del suicidio egoísta. El aumento de la tasa de este suicidio está directamente relacionada con la disminución de la protección que determina la cohesión de ciertos grupos o instituciones (confesiones religiosas, familia, etc.) Lo que explica, pues, la más alta tasa de suicidio entre los miembros de cierta confesión (protestantes), respecto a otra (católica), es la menor protección que deriva de una baja

⁵² *Las reglas...*, op. cit., pág. 149.

⁵³ *Ibidem*, pág. 131.

⁵⁴ *Ibidem*, págs. 146.

cohesión o integración social. Pero esta explicación, en apariencia puramente causal, está previamente tamizada, en realidad, por una visión de las *necesidades funcionales* del sistema social. Y es que, Durkheim, pese a sus esfuerzos, no logró separarse de una concepción *organicista*.

Esto es lo que determina que las categorías durkheimianas (cohesión o integración social, anomia, etc.) muestren un carácter —por otra vía— también *ahistórico*. Detrás del modelo organicista, en efecto, se encuentra indefectiblemente la noción de *necesidad*. Y lo necesario cae en el campo de lo natural y universal (la necesidad natural de comer está fuera de lo histórico: no cambia esta necesidad al ocurrir el cambio histórico). Así, pues, las categorías durkheimianas se refieren, no a relaciones sociales históricas y transitorias, sino a prerequisites universales o comunes a todas las sociedades; de ahí precisamente su carácter necesario.

La definición que nos ofrece Durkheim de *función*, en efecto, correctamente interpretada por Radcliffe-Brown, muestra claramente la relación mutua entre función-necesidad: “La función de una institución social es la correspondencia entre ésta y las necesidades (*besoin*) del organismo social.”⁵⁵ Ahora bien, el mismo Radcliffe-Brown se ve obligado a admitir que “cualquier intento de aplicar este concepto de función a la ciencia social implica la suposición de que hay condiciones necesarias de existencia para las sociedades humanas, lo mismo que las hay para los organismos animales, y que pueden descubrirse empleando el tipo adecuado de investigación científica.”⁵⁶

Es por esto por lo que Durkheim tiene que recurrir (*Las reglas*) a la noción de lo *patológico*. Las categorías así cons-

⁵⁵ Radcliffe-Brown, *Estructura y función en las sociedades primitivas*, op. cit., pág. 203. En la traducción española de *Las reglas*. . . no se habla de necesidad; pero la palabra francesa *besoin* significa precisamente eso.

⁵⁶ *Idem*.

truidas, por consiguiente, lejos de expresar una relación histórica, señalan simplemente una tautología, en un doble sentido. Por una parte, en el sentido de señalar lo evidente, (o sea, lo que está en las cosas por definición), y, por otra, en el sentido de que se define uno de los términos por su relación con el otro, y viceversa. Esto último se evidencia en la medida en que, no habiendo un criterio objetivo para definir el estado de salud o de enfermedad de un organismo social, se define uno en términos del otro, cayendo así en círculo vicioso. Es lo que ocurre, por ejemplo, cuando se pregunta a ciertos antropólogos por qué consideran un sistema sano: "comparan el nuevo esquema social con el viejo, y afirman que éste es el organismo social sano. Pero, como este patrón de la salud debe ser definido por contraste con los estados enfermos o inestables, de ello resulta que se define la estabilidad en términos de la inestabilidad, y ésta en términos de aquella."⁵⁷

¿Qué factores de orden histórico han influenciado a Durkheim y se internalizan en su teoría, arrastrándolo hacia una concepción estática de la realidad, que determina a su vez la construcción de categorías ahistóricas? Como se sabe, con Durkheim asistimos a la declinación de los enfoques evolucionistas que habían dominado el pensamiento europeo desde principios del siglo XIX; esa declinación de los planteamientos diacrónicos expresaba un cambio histórico concreto. La época de los pensadores que proponen los grandes esquemas evolutivos (especialmente de Saint-Simon y de Comte) había pasado: el sistema capitalista había alcanzado un alto grado de madurez, y la revolución industrial, que acompañaba la expansión de dicho sistema, estaba sólidamente asentada. En consecuencia, lo que había sido una de las más profundas preocupaciones de Saint-Simon, o sea, el peligro y el lastre que implicaba para el progreso

⁵⁷ Rex. *Problemas fundamentales de la teoría sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1971, pág. 95.

la presencia y la amenaza de los residuos monárquicos, no perturbará ya el sueño de Durkheim. Asimismo, si Comte manifestaba su fervor por el progreso (junto al orden), que tendría que ser la derivación lógica del hecho de que la sociedad llegara a la era positiva o científica, Durkheim verá la sociedad de su tiempo como una época en la que el ideal de progreso es una realidad. De esa manera, Durkheim no estará preocupado ni por lo pasado ni por lo futuro, sino por la sociedad presente.

Así, pues, la orientación de todos sus esfuerzos tenderá a establecer los fundamentos que explican las perturbaciones de la sociedad actual, a fin de poder tomar las medidas necesarias que contribuyan a controlarlas. O sea, la preocupación de este autor se sitúa de cara al mantenimiento y la reproducción del *orden*. Gouldner ha sintetizado muy bien esa trayectoria y el punto hacia donde conduce: "Comte había lanzado la consigna de «Orden y Progreso»; Durkheim, en contraste, se sintió obligado a insistir, menos todavía que aquél, en el «progreso», y llegó a aplicar sus energías casi exclusivamente al análisis del «orden». En suma, Durkheim comenzó a cambiar la orientación del comtismo hacia lo futuro durante su polémica contra ese «tiempo» futuro concebido por el marxismo y el socialismo. Inició, de este modo, la consolidación de la sociología como ciencia social del presente sincrónico, que llegó a su culminación en el funcionalismo contemporáneo."⁵⁸

El fenómeno que Marx había detectado y criticado en los economistas clásicos, se manifiesta también en la sociología durkheimiana. En efecto, Marx pone de relieve que los economistas clásicos tienden cada vez más a concebir el sistema productivo capitalista como fuera de la historia, es decir, como la forma de organización socioeconómica de toda sociedad; de ahí que las categorías de la economía

⁵⁸ Alvin Gouldner, *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973, pág. 116.

política manifiesten una evidente naturaleza *absoluta*, en las que está ausente toda expresión del carácter transitorio de las relaciones que implican. En suma, en la medida en que el sistema capitalista se consolida, se absolutiza la sociedad burguesa y se pierde la *mirada* histórica, estableciéndose el reino de la sincronía. La época de Durkheim, como se dijo, es el momento de una gran consolidación del sistema, y ello marca su sociología.

Por supuesto, la consecuencia lógica de una visión sincrónica, como la señalada, es la imposibilidad de desarrollar una teoría del cambio social. El mismo Parsons, quien ha sostenido en su obra más elaborada (*El sistema social*) la imposibilidad de desarrollar, en el estado actual del conocimiento, una teoría del cambio de los sistemas,⁵⁹ ha llamado la atención hacia "la clara ausencia" en el pensamiento de Durkheim "de una teoría definida del cambio social." Esto se debe a que "Durkheim consideraba el elemento social como un sistema de objetos eternos. Ahora bien, la esencia misma de tales objetos es la intemporalidad. De ahí que el concepto de progreso, de cambio, no tenga sentido en cuanto se aplique a ellos mismos."⁶⁰

La insistencia de Durkheim en la explicación causal y la referencia frecuente, en algunas de sus obras más im-

⁵⁹ Para una exposición más detallada de este tema, véase Héctor Díaz-Polanco, *Contribución a la Crítica del Funcionalismo*, en este mismo volumen.

⁶⁰ Talcott Parsons. *La estructura de la acción social*, tomo I Ediciones Guadarrama, Madrid, 1968 págs. 552-553. Parsons ha advertido también la relación de esta visión sincrónica con la preocupación de Durkheim por el *orden*: "Otra consideración importante es la de que Durkheim, desde pronto se ocupó fundamentalmente del problema del orden: Encontró el elemento decisivo del orden en los valores comunes, tal y como se manifiestan, sobre todo, en las normas institucionales. Pero la misma importancia del problema del orden en su pensamiento significaba que, cuando trataba de elementos de valor, se ocupaba fundamentalmente del elemento de *orden en ellos*. O sea, que se ocupaba de su aspecto de sistema estable, de sus propiedades intrínsecas como objetos eternos." *Idem*.

portantes, a sociedades precapitalistas, no debe llevar a engaño. Durkheim desarrolló una metodología para establecer la causalidad que se basa específicamente en las correlaciones entre variables juzgadas sincrónicamente. Lo que interesa a este autor es mostrar cómo existe una relación de "causalidad" entre ciertos fenómenos sociales, tomando como punto de partida las correlaciones que muestran "variaciones concomitantes"; así puede decir que un fenómeno social, como el suicidio, está relacionado con otras variables también sociales y determinado por ellas; y afirmar su tesis de que la explicación social se debe buscar en "el medio social interno". Pero tal relación de causalidad no se sitúa en el nivel de temporalidad que posibilitaría captar los mecanismos históricos que están provocando el cambio y la emergencia de los fenómenos sociales.

Además, la investigación que hace Durkheim de las sociedades precapitalistas (especialmente en su libro *Formas elementales de la vida religiosa*), no revelan un interés en el proceso histórico y en el cambio, sino una preocupación por aportar elementos que le dejen poner en práctica un procedimiento metodológico que para él era fundamental: "el método comparativo". Ahora bien, este método comparativo se expresa, en realidad, como en los teóricos posteriores del estructural-funcionalismo, en una contrastación de sistemas o de "estados del sistema", o sea, en una confrontación y ordenación de estados sociales estáticos. No se estudian los elementos y mecanismos *internos* del sistema que impulsan a dar el paso hacia otra forma de organización social, lo que haría posible captar un *proceso*; lejos de observar el proceso de transformación interna, se analizan respectivamente los sistemas en un punto *sincrónico*.

Por lo tanto, tampoco podría sostenerse el criterio de la *historicidad* de la teoría durkheimiana, basándose en la distinción que hace entre dos tipos de sociedades caracte-

rizadas respectivamente por la "solidaridad mecánica" y la "solidaridad orgánica". Tales categorías no podrían ser conceptualizadas justificadamente de *históricas*; antes al contrario, ellas pueden ser el mejor ejemplo del carácter ahistórico de las categorías durkheimianas. Gouldner, con mucha agudeza, ha puesto de resalto que evidentemente la categoría de solidaridad orgánica que Durkheim utiliza para caracterizar una de las formas de sociedad, alude a la moderna sociedad industrial capitalista, y que, "En verdad, tal distinción estaba destinada a ser, en cierto sentido, una defensa de su *estabilidad intrínseca*."⁶¹ Así, pues, esas categorías están destinadas a caracterizar "la sustancia" (como dice Parsons) de sistemas sociales considerados estáticamente, y no a precisar los mecanismos internos de un proceso que es la causa dialéctica del cambio social.⁶²

⁶¹ Gouldner, *op. cit.*, pág. 116.

⁶² "La dicotomía entre sociedades orgánicamente solidarias y sociedades mecánicamente solidarias es, en realidad, una distinción entre «ahora» y «antes». De esta manera, se sacaba en lo conceptual a la sociedad industrial moderna de su previa ubicación, en una serie multifásica de sociedades, para utilizarla como punto principal de referencia que daba su valor e interés a todo lo anterior. Se establecía al presente como una *isla fuera del tiempo*; el pasado ya no sería concebido como conteniendo sus propias graduaciones y desarrollos *temporales* significativos, sino tratado primariamente como un conveniente *contraste* con el presente, más que como preparación para él. El evolucionismo era reemplazado por los «estudios comparativos». *Idem*.

**Tiempo y realidad social en el
pensamiento clásico (Marx,
Durkheim y Weber)**

por
Marco A. Michel

I. ENUNCIADO DEL TEMA

La mayor parte de la práctica sociológica, en los años recientes, se ha dedicado casi exclusivamente al análisis de estructuras y de actitudes ligadas con el instante, siempre actual, como suspenso por encima del tiempo, o a las regularidades que no tienen edad, escabullendo así el problema de la dimensión temporal de la realidad social. No obstante, en la práctica de los fundadores de la sociología, una actitud teórica siempre presente es el interés por captar el escenario histórico en cuanto a su significado para la vida interior y la trayectoria exterior de la diversidad de los individuos, grupos e instituciones que constituyen la sociedad. ¿Cuál es la concepción del tiempo histórico en las teorías clásicas del pensamiento sociológico? En este trabajo intentaremos contestar a esta pregunta revisando los paradigmas clásicos que han tenido una decisiva influencia sobre la investigación y la interpretación sociológica contemporánea.

II. DURKHEIM Y EL TIEMPO EMPIRICO DE LA REALIDAD

Tomemos primeramente a Durkheim, puesto que de él deriva la concepción de una sociología no interesada en la perspectiva del tiempo y la historia; tesis francamente errónea que identifica el paradigma durkhemiano con las in-

interpretaciones y usos que de él han hecho la mayoría de los enfoques sociológicos de tradición estructural-funcionalista.¹

La teoría y la metodología durkheimianas resumen con claridad la tradición empiricista occidental que realiza un esfuerzo sistemático por construir una ciencia especializada de lo social —la manera de relacionarse los hombres entre sí—, al recoger sus dos principios epistemológicos básicos: a) la creencia en la regularidad de los hechos sociales; y b) la noción de que existe un proceso histórico por el que pasan las sociedades en periodos con un sentido admitido, de algún modo, como “progresista”.²

A partir de la aceptación de estos dos principios, Durkheim postula como objetivo último de la sociología el crear las proposiciones o leyes universales que hacen afirmaciones sobre determinados órdenes invariables. Para ello, la sociología debe de servirse del método comparativo, que es a ello lo que la experimentación a las ciencias naturales.

En *Las reglas del método sociológico*, Durkheim definió claramente, por primera vez, el significado de este método.³ Después de proclamar que la explicación sociológica “consiste enteramente en el establecimiento de relaciones causales”, observa que la única manera de demostrar que un fenómeno es la causa de otro, consiste en examinar los casos en que ambos fenómenos se encuentran simultáneamente presentes o ausentes y, así, asentar si uno depende del otro. Y ahí mismo advertía, criticando el uso del método por parte de las corrientes positivistas, que dada la complejidad de los datos sociológicos, es imprescindible

¹ Claudio Stern, “Notas sobre el concepto de ‘función’ y la sociología funcionalista”, *Revista Mexicana de Ciencia Política* (octubre-diciembre de 1970), pág. 41.

² Sergio Bagú, *Tiempo, realidad social y conocimiento*, Siglo XXI, México, 1970, pág. 21.

³ La edición que manejamos es de Pléyade, Buenos Aires, 1970.

con mucha frecuencia que no nos limitemos a establecer una simple relación estadística entre dos fenómenos, sino que tengamos en cuenta toda una intrincada relación causal que requiere ser interpretada.

Dicha interpretación puede ser hecha solamente a condición de que se ubiquen históricamente los fenómenos sociales observados. En efecto, al aplicar el método comparativo, el sociólogo no puede atenerse al examen de un sólo pueblo y, todavía menos, a una época determinada, sino que deberá comparar sociedades del mismo tipo y también de tipos diferentes, con el objeto de observar las variaciones que presenta la institución o práctica que se quiere conocer, todo lo que permitiría percibir las relaciones que unen a dos o más hechos sociales y establecer entre ellos una relación de causalidad.⁴ La historia desempeña, pues, un papel de primer orden en la explicación sociológica: "las cuestiones sociológicas se escalonan, por así decir, en los diferentes periodos de lo pasado, y es a condición de que se sitúen así, de relacionarlas con los diversos medios históricos en los que ha tomado nacimiento (sic), que es posible resolverlas."⁵

Como el propio Durkheim lo reconociera, el establecimiento de relaciones causales, sin embargo, no agota en modo alguno el saber de que somos capaces respecto de los hechos sociales; interesa también que podamos determinar las funciones cumplidas por ellos. Sólo que, para él, no basta explicar los fenómenos sociales por el papel que representan en un ordenamiento social particular (explicación funcional del tipo más común), sino que es necesario buscar la génesis y saber de qué manera se han constituido y complejizado los hechos sociales.

En suma, Durkheim pretende reconstruir el cuadro de

⁴ Conf. Emile Durkheim, "Sociología y ciencias sociales", *Sociología*, Ed. Assandri, Córdoba, Argentina, 1961, págs. 191-192.

⁵ *Idem*.

las regularidades sociales estudiadas utilizando dos tipos de explicación mutuamente interdependientes: a) una explicación de orden causal que se relaciona con el plano temporal-genético de los fenómenos; y b) una explicación funcional relacionada con el plano estructural o espacial, entendido éste como ordenamiento de lo social en un momento dado.⁶

En el trasfondo de las explicaciones sociológicas del tipo durkheimiano se encuentra la suposición de un modelo de evolución lineal de las sociedades, tal como fuera presentado por Spencer y Comte. De acuerdo con este principio de evolución: a) en el desarrollo de las formas de vida social ha existido un proceso de diversificación, mediante el cual muchas formas diferentes se han aumentado en un número mucho mayor que las formas originales; y b) ha existido también una tendencia general a desarrollarlas, que ha ocasionado el surgimiento de formas más complejas de estructura y organización, a partir de las formas más simples. El estudio de la serie de fases de un modelo de cambio social, basado en estos principios, por parte de Durkheim, se encuentra, más o menos acabado, en *La división social del trabajo*, donde identifica los periodos normales de desarrollo social, de acuerdo con la preponderancia de alguno de sus dos tipos de solidaridad, la mecánica y la orgánica.⁷

⁶ Así, por ejemplo, al analizar un fenómeno social, como el suicidio, Durkheim se propone una clasificación de éste, ordenando las causas que lo producen, para luego comprobarlas y matizarlas con la ayuda de los datos de que se dispone sobre sus efectos. Para descubrir las causas sociales de este fenómeno colectivo, relaciona los índices estadísticos de suicidios en los diferentes grupos sociales con las características de esos grupos, que se sitúan en diferentes épocas y espacios geográficos.

⁷ La edición que manejamos es de Shaphire, Buenos Aires, 1973. Algunas interpretaciones del cambio social en Durkheim y, en particular, en este trabajo se encuentran en Steven Lukes, *Emile Durkheim, His life and Work*, Harper and Row, New York, 1972. págs. 167-172; Dominick La Capra, *Emile Durkheim, Sociologist and Philosopher*, Cornell University Press, Ithaca, 1972, págs. 119-124.

Ahora bien, la proposición metodológica de que cualquier tipo de explicación sociológica requiera del investigador una atenta observación de la historia y la suposición de que las sociedades evolucionan de una manera lineal hacia la diferenciación y la complejización, merecen ser cuestionadas partiendo de la contestación a una pregunta fundamental: ¿cuál es el concepto de historia que implica tales afirmaciones?; o, más concretamente, y en términos de nuestra discusión: ¿qué es la realidad histórica, y cómo es posible conocerla? La contestación a esta pregunta nos facilitará precisar la concepción del tiempo histórico en el paradigma durkheimiano.

Para Durkheim, la respuesta sobre la naturaleza de la realidad histórica se contesta paralelamente a la del carácter del conocimiento de esa realidad. En efecto, de acuerdo con la concepción durkheimiana, compartida por el empiricismo, el objeto de conocimiento (la realidad social) actúa sobre el aparato perceptivo del sujeto cognoscente que es un agente pasivo, contemplativo y receptivo; el producto de este proceso (el conocimiento) es un reflejo o copia del objeto, reflejo cuya génesis está en relación con la acción mecánica del objeto sobre el sujeto.

De esta manera, el conocimiento histórico que logra el sociólogo usando las distintas técnicas de observación, viene a ser un reflejo fiel —exento de cualquier factor subjetivo— de los hechos pasados. Ello presupone, en primer lugar, que no existe interdependencia alguna entre el sujeto cognoscente, o sea el sociólogo, y el objeto de conocimiento, o sea la historia. Este supuesto solamente es posible si acepta que los hechos históricos no sólo se dan objetivamente, en el sentido ontológico, sino también en una forma acabada como estructura u ordenación definida del conjunto de hechos accesibles al conocimiento sociológico.

Presupone, además, que el sociólogo, como sujeto cog-

noscente, puede ser imparcial, no sólo en el sentido corriente, es decir, no sólo es capaz de superar diferentes emociones, fobias o predilecciones, al estudiar los acontecimientos históricos, sino también de sobrepasar todo condicionamiento social en su percepción de esos acontecimientos. Tal presuposición puede ser advertida en la primera regla metodológica que propone Durkheim. Tratar de los hechos sociales como cosas, explicaba éste en el prefacio a la segunda edición de *Las reglas...*; significa simplemente la admisión de una cierta actitud mental al emprender el estudio de tales hechos.⁸ Implica la aceptación de que los datos sociales son incógnitas; esto es, que nada sabemos de ellos con alguna certeza antes de la investigación misma. La cual exige que nos pongamos en guardia frente a nuestras propias prenociones, prejuicios y preconcepciones.⁹ En resumen, la regla nos compele tan sólo a que adoptemos una actitud de escepticismo maduro ante lo que creemos saber de los hechos sociales, atenedos meramente a nuestros propios sentimientos, pasiones y pensamientos prejuiciados, y, asimismo, que aceptemos, como cuestión de principio y como una hipótesis de trabajo, la proposición de que los fenómenos que estamos estudiando tienen propiedades que todavía no conocemos, que posiblemente no sospechamos, y que solamente una observación sistemática a través de los métodos científicos (el método histórico-comparativo) nos abrirá el camino para descubrirlas.

En este contexto, el tiempo social es, sencillamente, una dimensión particular de una determinada realidad que nosotros contemplamos. Este tiempo, interior a esa realidad, como podía serlo a un determinado organismo vivo, constituye uno de los aspectos fundamentales que aquella reviste, una de las propiedades que la caracterizan como ser

⁸ *Op. cit.*, págs. 13-14.

⁹ *Ibidem*, págs. 47 y ss.

particular. Al sociólogo, entonces, no le estorba en absoluto ese tiempo que contempla y que puede dividir mediante criterios que se desprenden de la realidad investigada.

Esta concepción de la historia y de su relación con el tiempo ha sido propagada en nuestros días, haciendo la distinción, de uso corriente en numerosos manuales de metodología, entre la sincronía y la diacronía.¹⁰ Lo sincrónico es el tiempo presente mismo, que puede ser recuperado como estructura por medio de la observación de fenómenos que tienen lugar en cualquier punto en el espacio; pero dentro de un intervalo de tiempo relativamente estrecho: aspectos de localización y de agrupación humana, organización del trabajo, relaciones económicas y sociales, que forman parte de los datos actuales, de un estado de hecho caracterizado por una "edad técnica". Lo diacrónico, entonces, sólo es el devenir de ese presente en la secuencia de una continuidad temporal donde los acontecimientos episódicos no son sino presencias contingentes sucesivas en el continuo del tiempo que puede ser rescatado por la observación de fenómenos que tienen lugar en cualquier punto de la historia; pero dentro de una región determinada del espacio, dentro de una estructura particular.

De acuerdo con esta perspectiva, es factible pensar en una ciencia sociológica que estudie relaciones, tanto en el espacio como en el tiempo. Curiosamente, hasta ahora, la práctica sociológica inspirada en el paradigma durkheimiano ha tendido a enfatizar una sola de estas dimensiones: el espacio, la estructura; y, por lo mismo, se ha dado preferencia a la aplicación de una perspectiva funcional para el entendimiento de la realidad social-perspectiva utilizada tan brillantemente por Durkheim en sus análisis de

¹⁰ Johan Galtung, *Teoría y métodos de la investigación social*, tomo I, Eudeba, Argentina, 1966, págs. 18-20.

las instituciones religiosas primitivas.¹¹ Con ello, la escuela funcionalista en la antropología y la sociología se ha venido alejando cada vez más del sector explicativo de la ciencia, que requiere necesariamente de la historia, y también de la posibilidad de convertir a la sociología en una ciencia diacrónica.

III. WEBER Y EL SUBJETIVISMO DEL TIEMPO

Para Weber, lo mismo que para Durkheim (quizás con mayor énfasis en aquél), la dimensión temporal, la historia, ocupa un lugar de primer orden para la disciplina sociológica. Sin embargo, a diferencia de Durkheim, rechaza el postulado de que la sociología sea una ciencia preocupada únicamente por las regularidades en la realidad social, y que, por tanto, su objetivo último sea la elaboración de leyes generalizantes que no conocen limitaciones en el espacio y en el tiempo, esto es un conocimiento nomotético; por el contrario, la sociología para Weber puede ser una ciencia que emplea indistintamente el método generalizante y el método individualizante, de conformidad con el objeto que trata de aprender; por consiguiente nos da un conocimiento nomotético a la vez que ideográfico.¹²

Además, en tanto que la realidad social es infinita, intensiva y extensivamente, es imposible llegar a conocer, no digamos su totalidad, ni siquiera la más pequeña parcela de la realidad en sus múltiples aspectos. Esta proposición epistemológica de corte weberiano, invalida evidentemente, cualquier pretensión de describir el desarrollo histórico de

¹¹ Nos referimos a su trabajo sobre *Les formes élémentaires de la vie religieuse* que apareció en 1912. Un magnífico resumen y comentario de este trabajo, véase en Raymond Aron, *Las etapas del pensamiento sociológico*, tomo II, Editorial Siglo Veinte, Buenos Aires, 1970, págs. 59-74.

¹² Julien Freund, *Sociología de Max Weber*, Península, Barcelona, 1967, págs. 81-82.

la sociedad global, en términos de leyes generales de cualquier tipo, punto en desacuerdo no sólo con el paradigma dukheimiano, sino también con el marxismo.

En este contexto, la atención de Max Weber estará orientada fundamentalmente al entendimiento de distintos acontecimientos y de entidades históricamente ubicadas (temporalmente situadas), concebidas en su individualidad únicamente concedida, y no en la búsqueda de generalizaciones universales acerca de clases o tipos estadísticos de unidades y acontecimientos. Esta perspectiva sociológica sería denominada por él con el nombre de "sociología comprensiva", diferenciándola así de otros tipos de perspectiva propios de esta ciencia.

Los rasgos metodológicos de este tipo de perspectiva encuentran su especificidad en la aceptación simultánea de la explicación causal y la interpretación histórica,¹⁸ como modelos de reconstrucción teórica de la realidad social. La primera se refiere al establecimiento de una conexión regular entre dos fenómenos; la segunda supone el estudio de las circunstancias *únicas* que han producido cierto acontecimiento o fenómeno. La metodología weberiana admite esta última.

Lo común a estos dos tipos de causalidad es que en la concepción weberiana se les juzga en términos de parcialidad y probabilidad; dada la infinitud de la realidad, y que únicamente podemos conocerla fragmentariamente, nunca dispondremos de todos los datos o posibilidades por las que discurren los acontecimientos sociales; por tanto, las relaciones sociales entre dos o más fenómenos incluso las de orden causal, sólo puede ser de este tipo: es *probable* que, si se dan tales o cuales condiciones, aparezca o se manifieste tal fenómeno. Esta restricción al procedimiento explicativo en sociología, ha sido explicado por algunos autores, como el abandono del modelo clásico de explica-

¹⁸ Raymond Aron, *op. cit.*, pág. 253.

ción causal y el pasaje a un esquema de explicación que ya no es causal sino, antes bien, *condicional*.¹⁴ La relación entre la causa y el efecto interpretada en el modelo tradicional como necesaria, es sustituida en éste por una relación de condicionamiento. En tal caso, si desde el punto de vista del modelo de explicación causal podía darse por explicado cierto fenómeno, y solamente si habían sido descubiertos en su totalidad los factores determinantes de su ocurrencia, en el ámbito del esquema explicativo condicional se da la posibilidad de diversos órdenes de explicación, con respecto a la diversidad de los puntos de vista que indican la dirección de las relaciones indagadas.

Así, Weber niega la suposición durkheimiana de que no hay interdependencia alguna entre el sujeto cognoscente y el objeto de conocimiento, proclamando, por el contrario, que existe entre ellos una relación activa. En efecto, en la selección de los campos de investigación que son, por lo regular, entidades históricamente ubicadas, influye de manera decisiva el punto de vista del sujeto y sus valoraciones que le dan significación cultural al objeto estudiado.

No obstante, lo mismo que Durkheim, proclama la probabilidad de llegar a la "objetividad" en el conocimiento sociológico, puesto que el proceso mismo de investigación no está influido por la selección subjetiva que se ha hecho primariamente. El aislamiento de la subjetividad puede hacerse mediante la construcción de conceptos generales de una validez probable, y que revisten un significado heurístico; tales conceptos, llamados tipos ideales ponen abstractamente de relieve los elementos esenciales de cierto fenómeno, o cierto grupo de fenómenos, reuniéndolos en un cuadro libre de contradicciones. Los tipos ideales que, por un lado, se diferencian de la realidad y no pueden ser

¹⁴ Pietro Rossi en la "Introducción" a una obra de metodología weberiana nos sugiere esta idea. *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973, págs. 24-25.

confundidas con ella y, por el otro, deben servir de instrumentos analíticos para la explicación de los fenómenos en su individualidad, son la garantía de la objetividad del conocimiento sociológico.¹⁵

En este orden de ideas, la dimensión temporal es una propiedad empírica de los objetos estudiados; aseveración que no difiere de lo expuesto por Durkheim. Es justamente esta propiedad de los objetos la que les da su especificidad, su singularidad. De esta forma, pareciera como si cada uno de los fenómenos que el investigador elige, de acuerdo con sus valores, tuviera un tiempo, una historia particular y única que puede ser captada por la sociología; por ello ésta se enfrenta con fenómenos de diversa temporalidad en cuanto a su duración: algunos persisten por siglos, mientras que otros son coyunturales o momentáneos y, así sucesivamente, los habría de duración media, corta, larga, etc.

Sin embargo, algo que le es característico a la concepción weberiana de la historia y del tiempo, es que el conocimiento de que se dispone del material historiográfico se modifica continuamente, puesto que los investigadores de las distintas épocas están siempre reinterpretando los hechos a partir de sus esquemas de valor, sujetos a una constante transformación. De esta manera, cada época escribe de nuevo la historia, de acuerdo con los puntos de vista más significativos y generalizados en el orden de la cultura y de las ideas. En suma, la interpretación de la historia implica siempre una proyección del pensamiento y de los intereses presentes sobre el pasado: he aquí el subjetivismo de semejante posición.¹⁶

¹⁵ Idem, En particular, el famoso artículo de Weber "La «objetividad» cognoscitiva de la ciencia social y de la política social", contenido en esta recopilación de ensayos.

¹⁶ Para una interpretación más acabada de la metodología histórica weberiana, puede verse otro de los ensayos contenidos en el trabajo anteriormente citado: "Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura."

Para ilustrar ambas observaciones, discutiremos brevemente la concepción weberiana del cambio social en que se refleja, por un lado, la existencia de diversos tiempos en la realidad social y, por el otro, la influencia que ejercen las preocupaciones del observador sobre la selección de los objetos por investigar.

Debemos empezar por señalar que, en la obra de Weber un modelo o teoría del cambio social nunca fue explícitamente formulada y, sin embargo, sus estudios nos dan pie para hacer ciertas inferencias. A nuestro modo de ver, en Weber encontramos, cuando menos, dos distintas aunque posiblemente interdependientes concepciones del cambio social: existe una teoría cíclica del desarrollo socio-político paralelamente a una teoría lineal del desarrollo de la cultura en los países capitalistas occidentales. Estas concepciones se refieren a distintos fenómenos que contienen un tiempo disímil.

En efecto, por una parte, Weber se aproxima a un punto de vista cíclico, donde el tiempo de los fenómenos aparece como algo discontinuo, cuando analiza las estructuras de dominación.¹⁷ Con arreglo a una interpretación de este apartado de la sociología política weberiana, que planteamos a nivel de proposición hipotética, cuando se agota la legitimidad de un cierto tipo de relaciones de dominación (tradicional o burocrática, o alguna de sus subvariantes), aparece un jefe carismático, que no pertenece al grupo dominante, y, sin embargo, resuelve el vacío de legitimidad. El jefe y sus seguidores toman el poder y construyen una

¹⁷ Este estudio se encuentra en la obra de madurez más importante, *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México 1969, 2 tomos. Una interpretación bastante sugerente de los tipos de dominación, se encuentra en los últimos capítulos del trabajo de Reinhard Bendix, *Max Weber*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970, (capítulo 9, 10, 11, 12, y 13). Una interpretación específica de este tema la realizo en otro trabajo, en donde se encuentran desarrolladas muchas de las presentes ideas: *Reflexiones en torno a la sociología de la dominación*, CES, El Colegio de México, septiembre de 1974, mecanografiado.

estructura de dominación nueva (la dominación carismática). La subsiguiente "rutinización del carisma" constituye la base de la formación de una estructura diferente de ésta, que coincide con la desaparición del jefe carismático o caudillo, tendiendo por ello a lo tradicional o lo legal-burocrático nuevamente. Este tipo de dominación, que se ha instaurado a partir de la "rutinización del carisma", se encontrará, más tarde o más temprano, ante la misma carencia de legitimidad, que será resuelta mediante una subversión carismática, una nueva rutinización, y así sucesivamente.¹⁸

Por otra parte, Weber se acercará al punto de vista del desarrollo lineal, y de un tiempo continuo y permanente, al considerar la cultura occidental en un proceso de "creciente racionalización". Este proceso de racionalización es observado por Weber en todos los órdenes de la vida social de Occidente.¹⁹

Aunque Weber no llegó a relacionar explícitamente, los dos campos de observación más importantes en su obra, es posible sostener sin deformar la perspectiva weberiana que los movimientos descritos por Weber respecto a la estructura socio-política van posibilitando, de alguna manera, la reorganización de los sistemas culturales gradualmente racionalizados. Más concretamente, en la medida en que los cuadros administrativos de la dominación siempre están aproximándose, en cierta forma, al modelo burocrático, la posición de los jefes o líderes políticos que se encuentran en la cúspide del sistema de dominación, serán cada vez más o menos carismáticos o tradicionales, lo mismo que los movimientos que encabezan para llenar los vacíos de legitimidad que se presentan cíclicamente.

¹⁸ Una interpretación similar es la de Reinhard Bendix, *op. cit.*, págs. 282-284.

¹⁹ A esta conclusión llega la mayoría de los autores que se han referido a Weber. Además de los ya citados, puede verse Georg Lukacs, *El asalto a la razón*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, págs. 489 y ss.

Esto puede proponerse sólo tendencialmente, pues es necesario advertir que la insitucionalización completa y estable de la dominación racional-legal es un caso límite, o, en términos de Weber, un tipo ideal.

Finalmente, si aceptáramos la posibilidad de combinar las dos perspectivas de cambio que se hallan en la obra de Weber de un modo implícito, habremos de aceptar también entonces, que la dimensión temporal inherente a fenómenos particulares de la realidad social se encuentran, de alguna manera, yuxtapuestos y que únicamente los cortes analíticos del bisturí del investigador pueden diferenciar y presentar separadamente las historias particulares de los fenómenos sociales y sus respectivos tiempos.

Creemos que estaría de más insistir en la dependencia que guardan los objetos históricos investigados preferentemente por Weber; a saber, la influencia de las ideas sobre el comportamiento y el fenómeno del poder en sus variantes, con respecto al ámbito social y cultural-ideológico en que desarrolla su actividad intelectual. Ello nos permitiría, sin embargo, validar definitivamente la proposición weberiana de las ciencias histórico-culturales como producto de los diversos intereses del sujeto cognoscente.

IV. EL TIEMPO CONSTRUIDO EN MARX

Marx hubiera rechazado las posiciones de los autores antes analizados, no porque desconociera la posibilidad de elaborar un conjunto de leyes generalizantes de lo social, como unidad relacional, evolutivas o de cualquier otra naturaleza, ni tampoco negando la posibilidad de encontrar en la realidad social distintos tiempos, que también en la teoría marxista se encuentran, sino por otras razones diferentes que a continuación veremos. Su rechazo proveniría de que el tiempo histórico a que desean hacer referencia, tanto Durkheim como Weber, es un tiempo que se su-

pone dado inmediatamente por la realidad empírica, ya sea que el investigador se convierta en sujeto contemplativo y pasivo, ya sea que realice un cierto tipo de actividad para seleccionar los objetos de estudio. Por el contrario, en Marx, el tiempo histórico es algo construido; esto es, que requiere un proceso de abstracción para captarlo en toda su realidad, tanto como lo es la totalidad pensada a que pertenece y que recupera la concreción real en que viene a ubicarse el tiempo.

Así, la discusión del tiempo histórico en Marx nos revierte necesariamente a la discusión sobre la totalidad concreta y sus distintos niveles.

Es sabido que uno de los conceptos básicos en la dialéctica marxista es el de totalidad. Esta categoría es, ante todo, la respuesta a una pregunta fundamental: ¿qué es la realidad social? Por ella se entiende la realidad social como un todo estructurado y dialéctico, en el cual puede ser comprendido racionalmente cualquier hecho, clases de hechos o conjunto de hechos. En este sentido, la totalización de la realidad no es un método que pretenda captar y conocer todos los aspectos de ella, sin excepción, y ofrecer un cuadro "generalizador" en su multiplicidad fenoménica y sus propiedades, sino que es una concepción de la realidad y una actitud gnoseológica para su conocimiento.²⁰

Según esta posición epistemológica, la realidad social es concebida como un todo que posee su propia estructura (y por tanto, no es algo caótico), que se desarrolla (y, por ende, no es algo inmutable y dado de una vez para siempre), que se va creando (y, en consecuencia, no es un todo perfectamente acabado y variable sólo en sus partes singulares o en la disposición de ellas).²¹ Luego, si concebimos

²⁰ Karel Kosik, *Dialéctica de lo concreto*, Editorial Grijalbo, México, 1967, págs. 54-56. Véase también Georg Lukacs, *Historia y conciencia de clase*, Editorial Grijalbo, México, 1969; particularmente el primer capítulo o ensayo: "¿Qué es marxismo ortodoxo."

²¹ *Idem.*

la realidad de esta manera, los principios metodológicos para su indagación científica serían los siguientes:

- a) cada fenómeno social estudiado por el científico social puede ser comprendido solamente en su referencia al todo estructurado;
- b) todos los fenómenos sociales son hechos históricos, en tanto se les examina como elementos de un determinado conjunto que no es algo petrificado e inmutable en el tiempo; y
- c) todos los fenómenos sociales aparecen como producto al mismo tiempo que como productores, como determinados y como determinantes; adquieren significado con respecto al todo; pero, a su vez, le confieren a éste algún sentido.

Esta concepción de la realidad y de los principios a que da lugar, si bien acepta los principios empiristas de la regularidad de los fenómenos sociales y la transformación de la realidad social en la historia, se cuida de identificar la totalidad como abstracción que pretende reconstruir la realidad en el pensamiento con la realidad empírica que ella trata de representar, y que siempre es algo más que una abstracción de sus principales determinaciones. Ese algo más lo representa lo fenoménico y lo mitificado, que también son fracciones de la realidad junto con los componentes esenciales y estructurados que no se presentan a la observación inmediata y contemplativa.

El todo estructurado de la teoría marxista es, por lo demás, un hecho que le diferencia del empirismo, un todo organizado cuyas partes integrantes, también denominadas niveles o instancias, difieren según su concreción y articulación al todo, relacionadas entre sí de un modo jerárquico, es decir, que algunas son más determinantes que otras e imprimen el orden específico de articulación del resto a la totalidad. En términos más concretos, "la realidad cons-

tituye un proceso de totalización que, no obstante, contiene internamente niveles diferenciados. Proceso que está formado de elementos de la realidad, pertenecientes algunos al plano del proceso productivo (económico), otros al de las instituciones (políticas) y, finalmente, otros más al de la conciencia (ideología); pero que, desde sus respectivas especificidades alimentan y convergen en este proceso de totalización."²²

De acuerdo con cierto tipo de interpretaciones, los niveles e instancias constitutivas de la totalidad (económicas, políticas e ideológicas), son autónomas, aunque dependientes del todo, que puede ser recuperado a través de ciertos conceptos referidos a distintos niveles de abstracción teórica, tales como los de modo de producción y formación social. Dicha autonomía tiene por consecuencia la posibilidad de crear teorías regionales de lo económico, lo político y lo ideológico.²³

De tal manera, es posible afirmar, además, que el tiempo histórico de la teoría marxista no es uno, sino que encontramos distintos tiempos según sea el nivel de la totalidad estudiada y el tipo de totalidad observada. Dichos tiempos también guardan cierta autonomía entre sí y dependen del tiempo del todo.²⁴

El problema de tales interpretaciones es el de enfatizar sobre manera las cristalizaciones de la acción humana, lo estructural, más que la propia actividad de los grupos sociales (clases, fracciones, capas, etc.), que puede situarse en los distintos órdenes de la vida social (la economía, la

²² Hugo Zémelman, *Hacia una estrategia regional de investigación (El concepto de espacio social)*, ponencia presentada en el Seminario de "Interrelaciones entre la dinámica demográfica y la estructura y desarrollo agrícola", México, D. F., 25 a 30 de noviembre de 1974, pág. 1.

²³ Se trata de todas aquellas interpretaciones inspiradas por el trabajo de Louis Althusser.

²⁴ Louis Althusser, *Para leer El capital*, Siglo XXI, México, 1973; particularmente, el capítulo IV sobre "los defectos de la economía clásica. Bosquejo del concepto de tiempo histórico."

política o la ideología). En otros términos, al excesivo énfasis en los ordenamientos de las relaciones sociales, estructurales, menguando la observación de las prácticas de clase. A este vicio teórico se le conoce como "estructuralismo" dentro de las corrientes marxistas de pensamiento social.

Bajo una perspectiva que permita reorientar los puntos de vista estructuralistas, podemos seguir pensando en el proceso de totalización marxista y sus dimensiones básicas que se entrecruzan y se yuxtaponen de distinto modo. En primer término, sabemos que los hechos observados aparecen siempre, y son comprendidos en relación con el todo. El establecimiento de esta interrelación de las partes con el todo nos lleva a encontrar en el camino la *dimensión estructural* de la totalidad, la matriz estructural (en el sentido de ordenamiento jerarquizado de partes) en que se hallan insertos todos los fenómenos de la realidad social que pretendemos estudiar. Es esta dimensión a la que se ha dado mayor fuerza expresiva por el "estructuralismo", quedándose en su reflexión.

Sin embargo, los fenómenos insertos en un todo estructurado tienen también una génesis histórica y una capacidad de autogeneración y de destrucción que deben ser tenidas en cuenta para lograr una imagen acabada de la totalidad marxista. Así aparecerían otras dos dimensiones del todo. Por un lado, la *dimensión genética-dinámica* de los fenómenos, valga decir, la historia en su continuo devenir. El enfatizar excesivamente esta otra dimensión nos podría conducir al historicismo, posición opuesta a la anterior y punto de su ataque. Por otro lado, tenemos la *dimensión dialéctica*, que significa creación y recreación del todo mediante el contacto que establece entre las dimensiones horizontal y vertical. Esta última dimensión representa, pues, la instancia mediadora entre las dos anteriores, y se expresa concretamente en las acciones y prác-

ticas de los diferentes grupos sociales que constituyen la sociedad.²⁵

Dada esta configuración de la totalidad, es preciso pensar en el concepto de tiempo histórico a partir de las prácticas de clase, para reconstruir de esta manera el tiempo de lo estructural y de lo aquí llamado histórico. Así, podemos decir que las contradicciones que se expresan entre las diferentes clases sociales por las condiciones de desfase de los elementos estructurales que ubican en ciertos estadios históricos, se tornan en múltiples determinaciones que se reflejan con desigualdad en los varios niveles en que se localizan las prácticas económicas, políticas e ideológicas, de las clases. De ahí los distintos tiempos.

Asimismo, tenemos, por ejemplo, que una clase puede ser desplazada de la estructura de poder político y, sin embargo, seguir desempeñando un papel importante en la estructura productiva; el tiempo de la práctica política fue más corto que el de la práctica económica de esta clase.

Siguiendo este orden de ejemplos, es posible distinguir, incluso en un mismo nivel o instancia, los desfases de tiempo de las distintas prácticas. Los proyectos históricos (político-ideológico) se elaboran y toman forma clara y precisa en distintos tiempos, según sea el grado de maduración y organicidad de la clase que los elabora. Para algunas clases, este proceso de maduración es más lento; pero puede acelerarse en determinadas coyunturas, mientras que, para otras, puede ser intensamente rápida. Incluso, la práctica política que cristaliza en un proyecto histórico determinado, puede ser detenido momentáneamente o volver a un estado anterior, de conformidad con las circunstancias en que se manifiesta la lucha de clases.

Queremos cerrar esta discusión con algunas consideraciones sobre la repercusión de un concepto de tiempo histórico

²⁵ A una conclusión semejante, aunque no bajo los mismos términos, llega Bagu, op .cit., cap. IV: "El tiempo de la realidad". Este apartado ha inspirado considerablemente mi trabajo.

de esta naturaleza en el establecimiento de periodos en la historia, por los cuales es posible diferenciar adecuadamente la realidad; esto es sistematizar la cronología de los fenómenos. No queremos para ello, tomar por objeto de discusión la periodización que en términos gruesos se viene haciendo de las distintas épocas de la sociedad global a partir del concepto de modo de producción, sino analizar los tipos de periodización a que llega Marx en un trabajo sobre política coyuntural; aludo a *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.²⁶

En este trabajo, podemos distinguir dos tipos de periodización fundamentales que están referidos a dos fenómenos con tiempos diferentes, como nos es dable observar a continuación. Ellos son: a) la periodización general, según las prácticas de las clases o fracciones que se manifiestan al nivel de toda la estructura de dominación; y b) la periodización concerniente al ritmo específico de los cambios ocurridos en el interior de los primeros periodos establecidos; y hace referencia concretamente a las coordenadas de la representación de las clases o fracciones por parte de los partidos políticos.

Con respecto al primer tipo de periodización, Marx nos dice: "Deben distinguirse tres periodos principales: el periodo de febrero; del 4 de mayo de 1848 al 28 de mayo de 1849, periodo de constitución de la República o Asamblea Nacional Constituyente; del 28 de mayo de 1849 al 2 de diciembre de 1851, periodo de la República Constitucional o de la Asamblea Nacional Legislativa."²⁷ Estos periodos, que se refieren a formas adoptadas por el Estado, al nivel de la configuración de la dominación, equivalen: 1) a derribar la dominación exclusiva de la aristocracia financiera y, por tanto, a buscar una reconstitución de la alianza de clases dominantes; 2) al dominio de una fracción de la

²⁶ La edición que manejamos es la de Ariel, Barcelona, 1968.

²⁷ *Ibid*, pág. 19.

burguesía: la fracción pequeño-burguesa republicana; y 3) al dominio de la gran burguesía y de la aristocracia financiera.

La segunda periodización aparece con nitidez, cuando Marx alude, por ejemplo, a la división en el interior del periodo de la República Constitucional. Este periodo se divide en tres subperiodos principales: del 29 de mayo al 13 de junio de 1849, derrota del partido pequeño-burgués o demócrata; del 13 de junio al 31 de mayo de 1850, dictadura parlamentaria del partido del orden; y 3) del 31 de mayo de 1850 al 2 de diciembre de 1851, lucha entre la burguesía parlamentaria y Bonaparte.

Finalmente, debe advertirse que al existir varias dimensiones del tiempo histórico, en concordancia con los fenómenos de que se trate, no es posible hablar de una concepción única del cambio social en Marx. Normalmente, se tiende a ignorar este aspecto, poniendo énfasis en la teoría general del cambio social que aparece de manera explícita en artículos políticos de Marx, como *El Manifiesto del Partido Comunista*.²⁸ A partir de su lectura, se argumenta que la teoría marxista es fundamentalmente una teoría del progreso, aunque éste no se dé linealmente, sino por medio de rupturas revolucionarias. Esta apreciación puede ser correcta; pero no agota las explicaciones que del cambio o los cambios sociales puede hacer la teoría marxista. Sería más correcto referirse a ella considerada como una teoría del desarrollo económico; una teoría de la evolución histórica a través de rupturas; un estudio de la evolución de las instituciones y otras formas de organización económica y política; un modelo en el cual todas las variables son funciones del tiempo; un análisis económico, político e ideológico por periodos, para destacar sólo los aspectos básicos.

²⁸ *Obras escogidas*, Tomo II, Editorial Progreso, Moscú.

**Contribución a la crítica
del funcionalismo**

Héctor Díaz-Polanco

INTRODUCCION

Sin duda se generaliza cada vez más entre los antropólogos y sociólogos, especialmente de las últimas generaciones, el rechazo de la teoría funcionalista.¹ Al funcionalismo se le considera un enfoque incapaz de dar información cabal sobre la naturaleza de los fenómenos estudiados, de los procesos históricos que los originan, de la dinámica interna que los mueve, etc. En ocasiones, se ajusta cuentas con el funcionalismo, señalando simplemente que constituye una de las más claras expresiones de la "ciencia burguesa", o que es un instrumento ideológico y práctico del imperialismo.

Desde luego, se puede comenzar aceptando como básicamente correctas estas apreciaciones sobre la teoría funcionalista; pero hay que convenir asimismo en que son francamente insuficientes. Tal insuficiencia crítica nos parecería inocua, si no fuera porque ella propicia, paradójicamente, la persistencia de la teoría funcionalista en el trabajo científico.

¹ Varios de los temas que se abordan en este trabajo fueron disutados a lo largo del seminario sobre "Teorías funcionalistas y sistémicas contemporáneas", que dirigió la Dra. Vivian Márquez durante el primer semestre de 1975, en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. El intercambio de ideas con Jorge Amador, Mónica C. Gambrill y Gloria Leff Zimmerman en torno a la teoría funcionalista, nos resultó muy útil. A todos ellos quiero manifestar mi sincero agradecimiento. Sin embargo, tanto los puntos de vista que aquí se expresan, como el tratamiento mismo del tema, son de la responsabilidad del autor, quien asume plenamente sus muchos riesgos.

En efecto, causaría sorpresa comprobar que un buen número de investigaciones más o menos recientes se han desarrollado bajo los auspicios de postulados fundamentales de la teoría funcional, mientras se supone o pretende al mismo tiempo un total alejamiento de ese enfoque o, incluso, mientras se sostienen explícitamente pretensiones teóricas radicalmente opuestas. Así, pues, puede pensarse que el rechazo puro y simple de la teoría funcionalista, sin acompañarlo de un análisis crítico, ha venido reforzando muy favorablemente la presencia de esa teoría, sencillamente porque con frecuencia se desconoce realmente lo que se rechaza.

Otra razón que puede apuntarse para explicar la enorme resistencia que muestra el funcionalismo a lo largo del tiempo, consiste en el gran poder de metamorfosis que ha desarrollado desde su conformación como tal.² Mientras que puede decirse que sus postulados más importantes han permanecido sin cambios sustanciales, en el curso de las últimas décadas el funcionalismo ha sabido introducir enmiendas, correcciones, elementos aparentemente novedosos, etc. En ocasiones, como se verá en su oportunidad, algunos teóricos funcionalistas han llegado a proponer novedades, dentro de la teoría, que rebasan sus posibilidades de asimilación: tales elementos nuevos, colocados dentro de la teoría, más bien tienen el efecto de anticuerpos. El hecho básico es que el funcionalismo no ha escatimado ningún expediente para intentar adaptarse a las nuevas condiciones, particularmente a las críticas renovadas. *Como el camaleón, el funcionalismo ha cambiado el color de su piel al ritmo de los estímulos críticos que vienen del exterior.* Es cierto que, pese a los cambios cromáticos, el camaleón sigue siendo el mismo; también el funcionalismo, pese a sus

² Queda fuera de los objetivos de este trabajo, analizar los importantes factores de orden histórico (económicos, políticos, etc.) que sin duda intervienen de manera fundamental en el sostenimiento y la vigencia del funcionalismo.

metamorfosis epidérmicas, sigue siendo el mismo. Pero tales metamorfosis son en buena parte responsables de su sobrevivencia como teoría y, lo que es más importante, de su todavía amplia influencia sobre los científicos sociales. Otras escuelas o enfoques han experimentado la efímera vida de los eventos de moda: recordemos tan sólo la meteórica existencia del *estructuralismo*, hoy en franca decadencia y retirada, ante los embates de la crítica. En cambio, hay que admitir que el *funcionalismo*, sin la estridencia de otras teorías, ha resistido mayores embates, y permanece aún como un cuerpo vivo y actuante en el medio científico.

Se puede todavía proponer otro factor explicativo de la persistencia del funcionamiento. Este se refiere también al tipo de crítica que ha recibido, especialmente por parte de los antropólogos. Como es sabido, el nacimiento de la teoría funcionalista se encuentra vinculado al nombre de un buen número de antropólogos (v.gr., Malinowski, Radcliffe-Brown, etc.), o de autores ya clásicos que en alguna medida hicieron aportaciones importantes a la teoría antropológica: baste mencionar a Durkheim. Con frecuencia, pues, la crítica del funcionalismo se expresa en un debate solamente frente a estos precursores o primeros teóricos. Pero desde aquellos primeros planteamientos ha corrido mucha agua por debajo del puente funcionalista. El funcionalismo actual, por así llamarlo, ha adquirido una mayor sofisticación, ha reforzado muchos ángulos que apenas aparecían esbozados en los pioneros, o ha puesto de lado ciertos planteamientos primitivos que hoy parecen, incluso a los mismos funcionalistas, extraordinariamente ingenuos. De esta manera, muchas de las críticas parecen, en un alto grado, ajenas a lo que hoy constituye este enfoque y, en todo caso, permiten que se mantengan en pie la estructura teórica que se combate. Aquí habría que repetir, como una crítica a los críticos, la objeción que dirige Gramsci a Bu-

jarín en el sentido de que éste, en su *Teoría del materialismo histórico, ensayo popular de sociología marxista*,³ muestra una tendencia a combatir a los teóricos más débiles y a las posiciones menos sólidas, con el aparente afán de obtener fáciles victorias verbales. Gramsci sostiene con razón que “en el frente ideológico la derrota de los secuaces menores tiene una repercusión insignificante; hay que luchar contra los más eminentes”, pues una teoría ha alcanzado realmente la madurez “cuando demuestra que sabe enfrentarse con los grandes campeones de las tendencias opuestas...”⁴ Ahora bien, es indudable que las más “eminentes” figuras de la teoría funcionalista contemporánea, los que la han llevado a un más alto grado de sofisticación, son en su gran mayoría sociólogos (Parsons, Gouldner, Lockwood, etc.); por eso, a lo largo de este trabajo, se hará con frecuencia referencia a sus escritos. De esta manera, al mismo tiempo se observará lo ya apuntado: las renovaciones o cambios de piel que han propiciado estos pensadores, en su afán por mantener la vigencia del funcionalismo.

No pretendemos, dentro de los límites del presente artículo, realizar una crítica exhaustiva de la teoría funcionalista. Nos limitaremos a mostrar el rostro del enfoque por lo que respecta a algunos temas que nos parecen centrales, en los que, por cierto, los teóricos funcionalistas han hecho fuertes esfuerzos de adaptación y enmiendas. También nos interesa aquí examinar el estado actual de algunas “metamorfosis” funcionales.

I. LA NOCION DEL SISTEMA TOTAL. HOLISMO FUNCIONALISTA Y HOLISMO DIALECTICO.

Por supuesto, considerar a la teoría funcionalista como

³ Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1977.

⁴ Antonio Gramsci, “Notas críticas sobre un intento de «Ensayo popular de sociología»”, en *La política y el estado moderno*, Ed. Península, Barcelona, 1971, págs. 22-23.

el enfoque que trata de entender la "función" de ciertos fenómenos o instituciones dentro de una sociedad determinada es, en el mejor de los casos, una simplificación. Es cierto que la noción de función es central en esta teoría; pero se trata sólo de uno de sus postulados fundamentales, al lado del cual hay que tener en cuenta otros que conforman la estructura completa de la teoría. Aunque no podemos en este trabajo estudiarlos en detalle, conviene mencionar los fundamentales, a saber, la noción de totalidad o de sistema total, de integración social, de interdependencia de las partes del sistema, de autoequilibrio del sistema (homeostasis) y de cambio social en determinadas condiciones. En esta sección, trataremos de una noción que es nuclear de la teoría funcionalista: la noción de sistema total o de totalidad sistémica.

No es difícil encontrar antecedentes de esta concepción de totalidad orgánica, pues está íntimamente relacionada con una clara inspiración organicista y, en concreto, biológica. En este sentido, recordemos los trabajos de Spencer. Con mayor claridad aún, la noción de *sistema social* se encuentra en el pensamiento de Montesquieu. Pero más cerca de nosotros esta noción de totalidad se haya vinculada particularmente al nombre de Bronislaw Malinowski, quien la aplicó magistralmente en su monografía ya clásica *Los argonautas del pacífico occidental*. En esa obra, el tema central que acapara la atención de Malinowski es el *Kula*, sistema de intercambio de las tribus de las Islas Trobriands, situadas al sureste de Nueva Guinea. Los objetos de intercambio de los nativos son collares y brazaletes; los primeros circulan en el sentido de las agujas del reloj, mientras los segundos siguen el trayecto inverso. Paralelamente, junto a este intercambio de objetos que no tienen un valor utilitario, o sea, que no satisfacen necesidades "materiales", se realizan transacciones propiamente comerciales entre los miembros de las tribus.

Pero lo que es importante destacar de esta obra, es el hecho de que el autor no se limitó a estudiar su objeto de interés (en este caso, el *kula*), sino que, a partir de este intercambio, observó también las relaciones que guardaba con la estructura económica, política, religiosa, social, etc., proporcionando de esta manera una maravillosa sensación de totalidad y de integración de las partes. En la medida en que Malinowski estaba interesado en comprender integralmente la institución de intercambio *kula*, se esforzó en estudiar todas sus conexiones con las demás instituciones o prácticas de la sociedad; o dicho de otra manera, la concepción que estaba en la base de *Los argonautas* era la de que no es posible entender un hecho social cualquiera si no se estudia en su propio contexto social y como parte de una totalidad mayor en la cual cobra sentido.

De paso, cabe llamar la atención sobre el carácter polémico de esta concepción, por lo menos frente al evolucionismo y el difusionismo, tal y como se practicaban en el momento en que Malinowski publica su libro (1922). Mientras el evolucionismo procura entender los hechos sociales según su proceso de desarrollo o de acuerdo con la influencia de las etapas previas sobre las posteriores, y el difusionismo toma el camino explicativo de "la influencia entre las culturas por contacto, infiltración o transmisión",⁶ el funcionalismo comienza a plantearse un modelo analítico que, sin acudir a la información de etapas anteriores, a datos históricos o a procesos de difusión cultural de rasgos aislados, intenta comprender el fenómeno social según la posición que ocupa en una totalidad determinada y de las funciones que realiza en ese conjunto complejo. Por lo menos, mientras el funcionalismo se mantuviera dentro del

⁶ Bronislaw Malinowski, *Los argonautas del Pacífico Occidental*, Península, Barcelona, 1973, pág. 503. Un análisis más detallado del evolucionismo se intenta en Héctor Díaz-Polanco, "Morgan y el evolucionismo", en *Nueva Antropología*, Año II, núm. 7, México, 1977.

campo de estudio de las sociedades "primitivas", de las cuales en muchos casos se desconocían antecedentes o no se disponía de información "histórica", la posición era ventajosa. Pero, al mismo tiempo, la estructura teórica se iba conformando de tal manera que sólo permitiría a la larga este tipo de análisis sincrónico, imposibilitándose teóricamente para realizar estudios *diacrónicos*, en los que la variable histórica es absolutamente estratégica.

De todas maneras, lo cierto es que la concepción de totalidad o concepción *holística* deviene central en la teoría funcionalista. Se entiende a la sociedad como un sistema integrado de partes. Las partes están interconectadas, son interdependientes, y no es posible entenderlas sino conforme a la medida en que entran en la composición de un conjunto mayor en el que cobran significado. Tal noción de la sociedad, como sistema total, integrado e interdependiente, se opone claramente a una concepción que, como la difusionista, se preocupa fundamentalmente por el destino y la naturaleza de rasgos culturales aislados.⁶

Ahora bien, este breve examen de la postulación de totalidad por el funcionalismo puede ser engañoso. Es necesario especificar aún más en qué consiste esa concepción de la totalidad, pues también el marxismo postula una concepción totalizadora, y nada se encuentra tan alejado de esta teoría como el funcionalismo. En efecto, hay que distinguir el "holismo" funcionalista del holismo marxista. Sintomáticamente, los funcionalistas han estado interesados

⁶ Así las cosas, es ciertamente legítimo preguntarse si el germen teórico central de la célebre obra de Marcel Mauss, *Essai sur le Don*, o sea, la noción de "hecho social total", no fue directamente suscitada por *Los argonautas* de Malinowski. Cf. Michel Panoff, *Malinowski y la antropología*, Nueva Colección Labor, Barcelona, 1974, pág. 36. Como es sabido, esta noción de "hecho social total" fue retomada posteriormente por antropólogos y sociólogos importantes (v. gr., G. Gurvitch). Véase Marcel Mauss, "Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas", en Marcel Mauss, *Sociología y Antropología*, Editorial Tecnos, Madrid, 1971.

en identificar ambas concepciones. Expresión de un intento semejante, la hay en el artículo de Pierre Van den Berthe, quien trata de llevar a cabo una "síntesis teórica" entre marxismo y funcionalismo, señalando que existen supuestamente varios puntos de convergencia entre ambas teorías. Una de esas "coincidencias" entre funcionalismo y marxismo se observa, según Van der Berthe, en que los dos son "holistas".

Gunder Frank le salió al frente de este intento de "síntesis", mostrando que existe una clara diferencia entre el uno y el otro holismo. En efecto:

- a) Mientras los funcionalistas se circunscriben a fijar su atención en una parte de la sociedad y a establecer que esa parte se halla funcionalmente relacionada con los demás elementos del conjunto social, al tiempo que eluden el análisis del conjunto, los marxistas tienen siempre, como mira principal, el entendimiento de ese conjunto y de sus transformaciones, como paso previo al entendimiento de las partes. Cuando los teóricos funcionalistas han intentado ese análisis global, se han alejado por completo de la realidad concreta, pasando a la pura abstracción; el caso más sobresaliente de este fenómeno es el de Parsons, uno de los más destacados teóricos contemporáneos del funcionalismo, cuyo análisis "holístico" en *El sistema social* se refiere a un sistema abstracto, totalmente fuera de la historia y, por ello mismo, con pretensiones de validez universal. Esto, por supuesto, es absolutamente lo contrario de un análisis marxista, en el que las categorías y conceptos teóricos son siempre relativos e históricos y jamás absolutos y ahistóricos.⁷

⁷ Carlos Marx, *Introducción a la crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Popular, México, 1970, 8, Cap. 3. También C. Marx, *Miseria de la filosofía*, Ediciones Signos, Buenos Aires, 1970, Cap. II, 2a. observación.

- b) Por lo tanto, mientras el funcionalismo utiliza la noción "holística" por el interés de explicar las partes que se han escogido como objeto de estudio, en el método dialéctico la concepción holística tiene como fin primordial explicar la totalidad, con lo que se accede a un entendimiento de las partes que la integran. De esa manera, el funcionalismo puede no plantearse la cuestión fundamental de la naturaleza de esa totalidad, de su génesis, desarrollo y, lo que es más importante, de las contradicciones que guarda en su seno y que pueden determinar su desaparición o transformación. La conformación y transformación del sistema no es básicamente un problema de investigación para el funcionalismo; el sistema se considera como algo dado. Se quiere conocer la función de un elemento en el sistema, pero no la naturaleza misma del sistema. En suma, hay una diferencia sustancial entre el funcionalismo y el marxismo, por lo que respecta a la pregunta que se hacen frente a la totalidad: en el mejor de los casos, el funcionalismo se pregunta de qué modo la totalidad permite explicar la parte, mientras que el marxismo centra sus preocupaciones por la totalidad misma: cómo surge, cómo evoluciona, etc.
- c) Una diferencia aún más radical se expresa en lo que se refiere al tipo de totalidad que consideran una y otra teoría, y a los criterios que utilizan para elegirla. Los funcionalistas pueden considerar como totalidad adecuada para su análisis desde una comunidad "folk", un club, una pandilla,⁸ hasta una familia; todo depende del objeto de estudio considerado y del interés personal del investigador. Esto conduce a los funcionalistas a

⁸ A este respecto, puede consultarse la obra clásica de Whyte que estudia la estructura y el liderazgo de una "palomilla" o grupo informal de "muchachos de esquina". William Foote Whyte, *La sociedad de las esquinas*, Editorial Diana, México, 1971.

realizar con frecuencia investigaciones paradójicas: estudios sin objeto de estudio, como diría Althusser. Por ejemplo, como totalidad, no se puede considerar a la familia un objeto de estudio, en la medida en que se encuentran fuera de ella la mayoría de los factores que pueden precisamente explicarla como institución social o elemento del sistema de parentesco. Para el marxismo, la totalidad adecuada, tanto empírica, como teóricamente, es la "unidad del sistema capitalista mundial."⁹ Como una ilustración de esta diferencia, recordemos los enfoques de las llamadas "sociedades campesinas"; los funcionalistas pueden llegar a considerar a la comunidad campesina como un sistema total, en tanto que los marxistas sólo pueden considerarla como un elemento de una totalidad mayor: una sociedad global en la que domina el modo de producción capitalista y que está inserta en un sistema capitalista a nivel mundial.

- d) Podemos agregar otra diferencia fundamental que no señala Frank en su artículo citado. Esta diferencia se refiere al carácter de las relaciones entre las partes del sistema total, o sea, a la noción de interdependencia de las partes que está íntimamente ligada con la noción del sistema total. Ciertamente, mientras que para los funcionalistas la totalidad se caracteriza por una interdependencia *equilibrada* de las partes, para los marxistas esa interdependencia es desigual, o sea, se postula que existen grados de interdependencia de las partes que integran el todo. Dicho en otras palabras, el peso de las diversas partes del sistema no es similar, sino diferencial. Este es un planteamiento metodológico fundamental en la teoría marxista: es el que le permite

⁹ Andre Gunder Frank, "Funcionalismo y dialéctica", en *América Latina: subdesarrollo o revolución*, Ed. Era, México, 1973.

decir que en ciertas sociedades la estructura dominante es la económica, y en otras pueden ser la política, la religiosa, etc., mientras afirma finalmente, como un instrumento analítico básico, la *determinación*, en última instancia, de la estructura económica en *toda* sociedad. Este criterio particular del marxismo sobre la totalidad es el que hace que le sea posible la elaboración de un estudio causal adecuado y entender la dinámica del sistema, estudio que el funcionalismo no está en condiciones de poder realizarlo. Es fácil comprender que la noción de interdependencia equilibrada (que es una negativa a aceptar la importancia especial de ciertos elementos de la totalidad), está en la base de las dificultades del funcionalismo para llevar a efecto un análisis del cambio o un análisis histórico, porque allí donde todo es igualmente importante es difícil señalar un elemento propulsor o una fuerza causal: el resultado es, de nuevo, un análisis *sin crónico*, en donde está ausente la dinámica del sistema (volveremos sobre este punto más adelante).

II. LA NOCION DEL SISTEMA. ANALISIS FUNCIONAL Y ANALISIS SISTEMICO

Además, es preciso advertir ahora que la teoría funcional entra en conflicto, por lo que se refiere a su noción central de sistema, no sólo con los postulados básicos del marxismo, sino también con los planteamientos y nuevos avances en este campo. Ello resulta especialmente claro cuando se compara la concepción de aquélla, por ejemplo, con el análisis sistémico o teoría de sistemas, fácilmente asociable con la cibernética, la teoría de la comunicación, las computadoras y otros desarrollos recientes.

A la elaboración de una perspectiva sociológica basada

en elementos fundamentales de la teoría de los sistemas —desarrollados en otros campos de la ciencia—, han dedicado recientemente sus esfuerzos algunos autores, entre los que destaca Walter Buckley. Este intento ha supuesto, por una parte, realizar una fuerte crítica a ciertos postulados del funcionalismo ortodoxo (especialmente los de Parsons), y, por otra parte, adaptar principios de la teoría moderna de los sistemas a las necesidades de análisis de los conjuntos y fenómenos sociales. Se trata, en pocas palabras, de sustituir los modelos *mecánicos* y *orgánicos* que han servido hasta ahora como claves para el estudio de los sistemas sociales, por un *modelo cibernético*.

Sin embargo, antes de entrar en materia, es necesario aclarar que muchas de las diferencias primordiales entre la noción de sistema que sostiene el funcionalismo y las que propone el análisis sistémico, son irrelevantes respecto a aciertos planteamientos, también recientes, de algunos funcionalistas (sociólogos en su mayoría), como Gouldner, Merton, Lockwood, etc. Esto se debe a lo que ya ha sido señalado al principio: el trabajo sistemático de adaptación que vienen ejercitando los funcionalistas, aún a costa de deformar la propia esencia de la teoría, en su afán de adecuarla a las nuevas circunstancias y, particularmente, de ponerla a salvo de las críticas más fuertes. De todos modos, las críticas del análisis sistémico son completamente relevantes frente al funcionalismo clásico, frente a sus planteamientos fundamentales sobre los sistemas, y desde luego, frente a los funcionalistas más ortodoxos, por llamarlos de alguna manera: antropólogos como Malinowski, Radcliffe-Brown o Meyer Fortes, y sociólogos como T. Parsons.

Posteriormente se estudiarán con más detalle algunas de las "innovaciones" introducidas por ciertos funcionalistas, que contribuyen a los cambios en el color de la piel del camaleón. Ahora sólo queremos enumerar algunos

de los puntos de discrepancia sustancial entre funcionalismo y análisis sistémico, a saber:

- a) Mientras el análisis sistémico concibe al sistema como abierto y realizando constantes intercambios con el ambiente, el análisis funcional lo conceptualiza como una organización que mantiene sus límites frente al medio. Por lo demás, en tanto que para el primero el ambiente es un factor esencial del sistema que asegura su viabilidad como tal, para el funcionalismo la intrusión del ambiente tiende a disolverlo y asimilarlo.

En efecto, Buckley define el sistema abierto (que es el que interesa básicamente al enfoque sistémico) como aquel que entra en intercambio con el ambiente, siendo ese intercambio "un factor esencial suyacente en la viabilidad del sistema, su capacidad reproductiva o continuidad, y su capacidad de transformación". A medida que se asciende en la escala de niveles, los sistemas son cada vez más abiertos, "en el sentido de que se comprometen en un intercambio más amplio con una mayor variedad de aspectos del ambiente". En los sistemas cerrados, en cambio, la intrusión del ambiente tiene como consecuencia una pérdida de organización "o un cambio en la dirección de la disolución del sistema".¹⁰

Esto es ciertamente lo que caracteriza al sistema que nos propone Parsons: un sistema que "mantiene sus límites". "Definir un sistema como sistema que mantiene sus límites —expresa Parsons— es un modo de decir que, *en relación con su medio ambiente*, es decir, con las fluctuaciones de los factores del medio ambiente, mantiene cierta constancia de su pauta, sea esta constancia estática o móvil. Estos elementos de constancia de la pauta deben constituir un punto de refe-

¹⁰ Walter Buckley, *La sociología y la teoría moderna de los sistemas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1970, págs. 83-84.

rencia fundamental para el análisis de los procesos en el sistema". Por lo que se refiere a la intrusión del medio ambiente y la violación de los límites del sistema, Parsons apunta: "Las constancias pueden cesar de existir por la disolución del sistema que mantiene sus límites distintivos y su asimilación al medio ambiente, o por transformación en otras pautas".¹¹

- b) En el análisis sistémico se concibe la tensión y la dinámica constantes en el sistema, como características permanentes del mismo, mientras los funcionalistas pueden concebir la tensión como un factor perturbador, ocasional o contingente, y la dinámica está ausente, excepto en la forma de diversos "estados" del sistema que se suceden unos a otros.

En el análisis sistémico, "lejos de percibir un principio de «inercia» que opera [...], de modo que la «tensión» se manifieste sólo ocasional o residualmente como factor «perturbador», se supone "cierto nivel de tensión como característico de dichos sistemas y vital para los mismos, aunque pueda aparecer como factor destructivo, en ciertas ocasiones, y constructivo en otras".¹² Por lo que respecta a la segunda cuestión, "mientras el concepto de «equilibrio» se limita a descripciones de estados constantes, el concepto cibernético se basa en la *dinámica* plena, que incluye el cambio de estado, como aspecto inherente y necesario de la operación de sistemas complejos". De un modo opuesto, Parsons nos habla de una descripción sistemática de los "estados de los sistemas".¹³

¹¹ Talcott Parsons, *El sistema social*, Revista de Occidente, Madrid, 1966, págs. 480-481.

¹² W. Buckley, *op. cit.*, pág. 85.

¹³ T. Parsons, *op. cit.*, pág. 482.

- c) Ambos enfoques reconocen que los sistemas están constituidos por variables o partes interrelacionadas.¹⁴ Pero, mientras los funcionalistas consideran que todas las variables tienen igual importancia y guardan igual reciprocidad en el sistema, los teóricos del análisis sistémico sostienen que las variables tienen diferente peso específico. Dice Buckley que “los modernos teóricos de los sistemas han reconocido, desde hace mucho, que el hecho de que un número de variables estén interrelacionadas de manera sistémica no significa necesariamente que cada una posea gravitación para producir estados característicos del sistema”; una variable puede ir “de la insignificancia a la primacía abrumadora” en el sistema¹⁵ Mario Bunge, por su parte, ha dicho que “exceptuando a los funcionalistas (matemáticos), nadie concibe a la sociedad como un amasijo de acciones recíprocas *de la misma jerarquía*. Generalmente se reconoce que las diversas funciones sociales descansan *en última instancia sobre el trabajo, la producción material, la economía*, del mismo modo que las funciones del organismo dependen *en última instancia* de la absorción de alimento, oxígeno y calor”.¹⁶
- d) Como corolario del punto anterior, al considerar todas las variables o partes como “interdependientes, en un sentido aparentemente equivalente”, el funcionalismo se imposibilita de establecer una relación de causalidad respecto a los fenómenos que se estudian en el sistema. Tal como se ha apuntado ya, por el mismo hecho, no puede estudiar la evolución del sistema (sólo puede inten-

¹⁴ Buckley sostiene que éste no es un postulado del funcionalismo, sino que lo esencial es su tendencia a explicar los fenómenos por sus consecuencias (*op. cit.*, págs. 109 y 119). Pero es un hecho que los funcionalistas han adoptado este principio como suyo propio.

¹⁵ W. Buckley, *op. cit.*, pág. 107.

¹⁶ Citado por Buckley, en *Ibidem*, pág. 118.

tar un análisis de carácter sincrónico). M. Fortes (antropólogo) ha dicho: "Donde las instituciones son interdependientes, no hay modo de establecer un orden de prioridad, excepto aplicando criterios que no pueden utilizarse en un estudio sincrónico; y el estudio sincrónico es el *sine qua non* de la investigación funcional".¹⁷ Si se acepta, pues, como una característica del funcionalismo la concepción de una interdependencia equivalente de las partes, la conclusión es que sólo puede hacer estudios de estados determinados, que le impiden investigar los procesos evolutivos, la dinámica interna de los sistemas en el curso del tiempo.

- e) Mientras en el funcionalismo (sobre todo, en los funcionalista más "radicales") encontramos principios de "necesidad", "propósito", etc., en el sentido teleológico (se volverá sobre el tema), en el análisis sistémico se rechazan esos principios, por lo menos para los sistemas sociales. MacIver reconoce el principio de la "necesidad" como válido para el nivel biológico, respondiendo a la pregunta acerca del "porqué de la función orgánica"; pero ese principio no es válido para el sistema social.¹⁸
- f) Relacionado con lo anterior, el principio de "causalidad", que es característico del funcionalismo, radica en el desplazamiento de la atención de los hechos presentes a los futuros, procurando "comprender o explicar un fenómeno actual con referencia a sus consecuencias para la continuidad, la persistencia, la estabilidad o la supervivencia del complejo del cual forma parte".¹⁹ Para el caso de muchos funcionalistas, en efecto, se puede comprobar que echan mano de este expediente. El análisis sistémico

¹⁷ Citado en *ibid.*, pág. 120.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 121.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 119.

emplea como método causal el llamado "circuito de re-alimentación" (que no se confunde con la interacción mutua). Además, frente a los axiomas causales tradicionales, el análisis de sistema introduce los conceptos de "equifinalidad" (condiciones iniciales diferentes conducen a efectos finales similares) y "multifinalidad" (condiciones iniciales similares conducen a efectos finales diferentes).²⁰

- g) En fin, el análisis sistémico se preocupa por "dilucidar las condiciones que contribuyen a la autorregulación, el desarrollo o la desintegración en lugar de suponer, sea cual fuere el sistema examinado, regulación automática o «mecanismos de control»".²¹ El análisis funcional, por lo contrario, con mucha frecuencia (esto es claro, sobre todo, en el caso de Parsons) *apriorísticamente* supone que el sistema tiene propensión automática o natural a autorregulación o a ejercer mecanismos de control; o sea, que ante cualquier perturbación o tensión, el sistema desarrolla una tendencia natural a restablecer el equilibrio (esto sin entrar a considerar los postulados claramente ideológicos que proclaman la "conveniencia" de conseguir y mantener el equilibrio del sistema).

Planteadas de esta manera, las proposiciones que se derivan de la teoría moderna de los sistemas, constituyen elementos de gran interés heurístico para una mejor comprensión de las estructuras y fenómenos sociales. En el plano de las tesis fundamentales del enfoque sistémico, este supone una superación de los planteamientos básicos del funcionalismo (parsoniano, por ejemplo) y la definición de un conjunto de posibles campos de coincidencias con la concepción marxista. Sin embargo, resulta también evidente que la adopción del modelo cibernético no garantiza por sí sola el despen-

²⁰ *Ibid.*, pág. 123.

²¹ *Ibid.*, pág. 124.

dimiento del enfoque funcionalista o estructural-funcional. El trabajo de Buckley es precisamente un ejemplo de ello, en tanto su obra refleja el dramático esfuerzo por liberarse de la camisa de fuerza funcionalista, mientras básicamente permanece dentro de este enfoque que desea superar. Sin embargo, la terminología y ciertos planteamientos demasiado conservadores sufren un cambio; pero todo indica que el enfoque funcionalista básicamente se mantiene en pie, aunque con algunos afeites.

Así, pues, los esfuerzos de Buckley pueden enmarcarse dentro de la corriente de pensamiento *neofuncionalista*, que viene operando una serie de modificaciones necesarias en el enfoque clásico. En este sentido, resulta cierto que “la teoría de Buckley no es más que una formalización diferente de enunciados tradicionales del funcionalismo, que trata de adaptar ciertos componentes de la ideología burguesa a las condiciones del capitalismo moderno de tendencia tecnocrática”. El uso que hace el autor de la teoría de los sistemas es en gran medida puramente metafórico; y el significado de las categorías clásicas funcionalistas no se encuentra modificado “por el hecho de que las utilice en enunciados derivados de la teoría de los sistemas”.²²

No obstante, como se dijo anteriormente, sería un gran error que de este intento fallido se derivara dogmáticamente la conclusión de que hay que rechazar por completo a la teoría de los sistemas. Esta concepción sistémica puede ser de gran utilidad para el análisis marxista.²³

²² Nicole Laurin-Frenette, *Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesa*, Siglo XXI, Madrid, 1976, págs. 350-351.

²³ En efecto, la crítica del intento de Buckley “no pretende poner en tela de juicio la teoría de los sistemas como tal, que ha prestado importantes servicios en otros sectores científicos. El uso que de la misma hace Buckley está profundamente defor-

III. EL MODELO ORGANICISTA EN EL ANALISIS FUNCIONAL

Es conveniente detenerse en un punto que ya asomó a lo largo de este trabajo. Nos referimos a la presencia de un modelo de naturaleza organicista en la base del enfoque funcionalista. La circunstancia de que esta teoría tome nociones aplicables a los organismos y las extrapole, aplicándolas a los sistemas o estructuras sociales, es precisamente una de las fuentes más abundantes de dificultades analíticas, las cuales están relacionadas con los problemas que afronta el funcionalismo para llevar a la práctica un principio de causalidad adecuado, con los obstáculos que encuentra para concebir el desequilibrio, el cambio o el proceso histórico.

En efecto, en el momento en que aparece en la teoría la noción de *función*, tal y como la elabora el funcionalismo, se filtra a través de ella simultáneamente un modelo *organicista*. El propio Radcliffe-Brown no puede dejar de notar este hecho: "El concepto de función aplicado a las sociedades humanas, se basa en una analogía entre vida social y vida orgánica".²⁴ Ahora bien, cuando se utiliza un modelo organicista para el estudio de las sociedades, se derivan, por lo menos, dos postulados fundamentales, que nos permiten observar con claridad la inconveniencia de tal procedimiento.

En primer lugar, aparece estrechamente ligado con el concepto de función, la noción de *necesidad*. La definición

mado por los postulados ideológicos del funcionalismo y esencialmente sirve para falsificar el sentido de ciertos aspectos importantes de la realidad contemporánea [...] Empero, nos parece deseable que prosiga la investigación iniciada por los sociólogos americanos con vistas a la utilización por la sociología de ciertos elementos de la teoría de los sistemas. Esta investigación presentará un incuestionable interés si se apoya en una concepción materialista y dialéctica de lo social". *Ibidem*, pág. 351.

²⁴ A. R. Radcliffe-Brown, *Estructura y función en la sociedad primitiva*, Ed. Peninsula, Barcelona, 1972, pág. 203.

que nos ofrece Durkheim de función, correctamente interpretada por Radcliffe-Brown, muestra claramente la pareja función-necesidad: "La función de una institución social es la correspondencia entre ésta y las necesidades [...] del organismo social".²⁵

Por lo demás, Radcliffe-Brown admite que "cualquier intento de aplicar este concepto de función en la ciencia social implica la suposición de que *hay* condiciones necesarias de existencia para las sociedades humanas, lo mismo que las hay para los organismos animales, y que pueden descubrirse mediante el tipo adecuado de investigación científica".²⁶

En el caso de Talcott Parsons, no se habla específicamente de necesidades, sino de *prerrequisitos funcionales*. De esta manera, se intenta rehuir las consecuencias negativas de la noción de necesidad. También Radcliffe Brown prevé el peligro y cree resolverlo sustituyendo el término "necesidad" por la fórmula "condiciones necesarias de existencia". Pero es obvio que, en ambos casos, la solución es simplemente terminológica, y que la noción de necesidad permanece intacta.

Parsons menciona dos prerrequisitos funcionales (necesidades del sistema) que, a su juicio, debe respetar todo complejo social que merezca el nombre de tal.

- a) Que "un sistema social no puede estar estructurado de manera que sea radicalmente incompatible con las condiciones de funcionamiento de sus actores individuales componentes, en cuanto organismos biológicos y en cuanto personalidades, o con la integración relativamente estable de un sistema cultural";
- b) Que tiene que haber una proporción suficiente de acto-

²⁵ A. R. Radcliffe-Brown, *Op. cit.*, pág. 203; Emile Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, La Pléyade, Buenos Aires 1972, pág. 147.

²⁶ *Ibid.*, pág. 203.

res "adecuadamente motivados para actuar de acuerdo con las exigencias de un sistema de roles" (positiva o negativamente) y, además, se tiene que evitar que las pautas culturales fallen y generen conflictos o desviaciones en grado incompatible con las condiciones mínimas de estabilidad u orden.

Más adelante se encuentran resonancias de Malinowski en Parsons, cuando afirma que "Los elementos de esta clase de prerequisites funcionales se puede decir que empiezan con los prerequisites biológicos de la vida individual, como la nutrición y la protección física".²⁷

La segunda cuestión que se halla unida al uso de un modelo organicista, en el análisis de los grupos humanos, es la relativa a la concepción de lo *patológico* (y, por supuesto, su contraparte, lo normal o el estado de salud). Esta preocupación por conceptualizar lo patológico se descubre en muchos funcionalistas, desde Durkheim, quien propone incluso las reglas para distinguir aquella condición del estado "normal".²⁸ De lo que se trata entonces es de que la aplicación de un modelo organicista implica el uso de nociones de estado de salud y de enfermedad de los sistemas sociales, lo que determina también dificultades muy graves para la teoría funcionalista.

²⁷ Talcott Parsons, *El sistema social*, Op. cit., págs. 46-47. Recuérdese que Malinowski vincula la función a las necesidades primarias biológicas: "La definición del «funcionalismo» queda establecida al ponerse de manifiesto que las instituciones al igual que las actividades parciales que las instituciones reagrupan en su seno, están vinculadas a las necesidades primarias, es decir, biológicas, o las necesidades derivadas, es decir, culturales. La función siempre expresa, pues, la satisfacción de una necesidad, desde el acto más simple, el de comer, hasta la celebración de un sacramento en que la ingestión de alimentos en comunidad se vincula a todo un sistema de creencias, determinado por la necesidad cultural de sentirse parte integrante del dios vivo". B. Malinowski, *Una teoría científica de la cultura*, Edhasa, Barcelona, 1970.

²⁸ Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, op. cit., Cap. III.

Veamos las dificultades que traen consigo esos dos supuestos organicistas. Por lo que respecta a la primera cuestión, esto es, el supuesto de una necesidad del sistema, es fácil deducir que ella conduce a implicaciones *teleológicas* muy fuertes, tanto en el sentido de que se utilizan las consecuencias para explicar el fenómeno, como de que se imputa una intención o propósito del sistema en el proceso explicativo. Se presume que el hecho de que se trata, permite satisfacer ciertas necesidades particulares en la estructura social (que, en general, se pueden reducir al prerequisite funcional de mantener en equilibrio al sistema, de hacer posible que las diversas partes del complejo social actúen armónicamente y sin conflictos muy perturbadores), y el cumplimiento de esa función es lo que *explica* su existencia. Así, en vez de esclarecer el fenómeno estudiado de conformidad con los hechos sociales antecedentes o empleando un modelo causal de retroalimentación, el funcionalismo lo hace de cara a los resultados consecuentes o los fines.²⁹

Esta tendencia a la explicación teleológica se puede rastrear en numerosos autores funcionalistas, como Malinowski, E.E. Evans-Pritchard y otros, cuando se avocan, por ejemplo al estudio de la magia, la hechicería, la brujería y otros fenómenos superestructurales. Esos autores

²⁹ Cabe llamar la atención aquí hacia el hecho de que en este punto los funcionalistas aparentemente se separan, por lo menos del Durkheim de *Las reglas*, quien había insistido allí en la necesidad de investigar la causa antes que la función: "Por lo tanto —dice Durkheim—, cuando se intenta explicar un fenómeno social, es necesario investigar separadamente la causa eficiente que la produce, y la función que cumple [...]. No sólo es necesario separar estos dos órdenes de problemas, sino que, en general conviene tratar el primero antes que el segundo. En efecto, este orden corresponde al de los hechos. Es necesario buscar la causa de un fenómeno antes de intentar la determinación de los efectos". Durkheim, *Ibidem*, págs. 131-132. Sin embargo, es posible constatar que Durkheim a menudo subsume la noción de función en la de causa, con lo que el análisis "causal" es, en realidad, *funcional*.

proponen explicaciones conforme a las funciones que ejercen estos hechos sociales para satisfacer necesidades de solidaridad social, integración, respeto a la autoridad, control de las desviaciones individuales de las normas establecidas, etc.³⁰

Este problema lo ha expresado críticamente C. Stern: "La sociedad o la cultura son vistos como organismos cuyo «propósito» es «sobrevivir» [...]. Correspondientemente, y de modo circular, las partes del sistema son vistas [...] a través de señalar las funciones que satisfacen con referencia a cualquier propósito del sistema, que como tal es postulado. En otras palabras, también son «explicadas» teleológicamente, tienen una «función», o satisfacen una «necesidad», o tienen un «propósito», y esto explica su existencia o perpetuación".³¹

Rex ha recordado también que la consideración de una necesidad, interpretada como factor imprescindible para la supervivencia del sistema, es el uso "más íntimamente vinculado al concepto de organismo, e implica un cierto paralelo con la biología, en la cual se justifica la referencia a lo intencional, porque se sabe que ciertos procesos corporales son esenciales para la supervivencia y ésta puede ser considerada como el propósito fundamental del organismo". Pero, agrega Rex, la analogía no toma en consideración diferencias importantes: "es evidente que, en los organismos biológicos, cada actividad particular tiene un efecto que conduce a la supervivencia [...] pero resulta poco claro hasta qué punto puede decirse que a los organismos sociales les ocurra lo mismo".³²

³⁰ Héctor Díaz-Polanco, "El pensamiento mágico", en *Revista Dominicana de Arqueología y Antropología*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Año II, Vol. II, núms. 2 y 3, págs. 176 a 179.

³¹ Claudio Stern, "Notas sobre el concepto de función y la sociología funcionalista", en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, México, octubre-diciembre de 1970, pág. 52.

³² John Rex, *Problemas fundamentales de la teoría sociológica*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1971, pág. 93.

Por lo que respecta a la segunda consecuencia del uso del modelo organicista (la concepción de lo patológico y el estado de salud), son también claras las inconveniencias a la hora de aplicarlo a las sociedades. El mismo Radcliffe-Brown, cuando señaló los puntos en que se rompe la "analogía" organicista, reconoció que es posible definir la enfermedad o la salud para los organismos animales, pero que es difícil hacerlo para las sociedades, pues éstas no mueren en el sentido que los organismos. Al fin y al cabo, la introducción de estas nociones también conduce el campo del análisis social a la *tautología*. Como no hay criterio objetivo para definir el estado de salud o de enfermedad de un organismo social, se define el uno en términos del otro, cayendo en el círculo vicioso.

Rex ha ejemplificado este último considerando lo que responden, por ejemplo, ciertos antropólogos cuando se les pregunta por qué consideran un sistema sano: "comparan el nuevo esquema social con el viejo, y afirman que éste es el organismo social sano. Pero como este patrón de la salud debe ser definido por contraste con los estados enfermos o inestables, resulta que se define la estabilidad en términos de la inestabilidad, y ésta en términos de aquella".³³

Así, pues, la aplicación de un modelo organicista al estudio de fenómenos sociales suscita graves problemas que dificultan seriamente la comprensión de las especificidades de los complejos sociales.

IV. CAMBIO Y ANALISIS HISTORICO EN EL FUNCIONALISMO

Examinaremos ahora uno de los temas más polémicos en el campo de la teoría social: la cuestión del cambio y de la dimensión histórica. Es también en este punto axial

³³ *Ibidem*, pág. 95.

en donde la teoría funcionalista es sometida a su más difícil prueba, habida cuenta de la importancia estratégica que hoy atribuyen casi unánimemente los científicos sociales a la dimensión histórica, en tanto es aceptada cada vez más como una variable esencial para el cabal conocimiento de los fenómenos sociales.

De ahí que, como veremos más adelante, muchos teóricos funcionalistas se preocupen por borrar el estigma antihistórico que va ligado con la teoría que defienden. Incluso, algunos funcionalistas han procurado recientemente la introducción de postulados de otras teorías, por el interés de convertir al funcionalismo en un enfoque capaz de dar a conocer los conflictos, los cambios, y de observar los sistemas a lo largo de un proceso histórico.

Para los fines de este trabajo, manejaremos liberalmente la noción de dimensión temporal, en términos de proceso histórico, subsumiendo en este proceso la noción fundamental de cambio social, en tanto éste último se produce y desarrolla en una esfera temporal o histórica determinada. Veamos qué tipo de respuestas ofrecen diversos autores funcionalistas a la problemática de la historia y el cambio en los sistemas sociales.

Es claro, en primer lugar, que Radcliffe-Brown no incluye la dimensión histórica como un elemento central de su instrumento explicativo, entendiendo la "explicación histórica" (por ejemplo, de una institución) como "referencia a una serie compleja de hechos que constituyen una cadena causal de la que esa institución es resultado".³⁴ Sin embargo, se debe aceptar que la falta de la dimensión temporal no quiere decir, por parte del antropólogo británico, un rechazo de la historia como instrumento explicativo; por lo menos, si quisiéramos atenernos a su propia declaración de principios. La "racionalización" radcliffe-browiana, pa-

³⁴ A. R. Radcliffe-Brown, *Estructura y función en la sociedad primitiva*, op. cit., pág. 11.

ra explicar la falta susodicha, es la siguiente: ella se debe *al objeto de estudio* al que se enfrenta como antropólogo: sociedades llamadas primitivas o iletradas, en las que "no existen los informes históricos".

La alternativa que, a juicio de Radcliffe-Brown, se plantea entonces, es la siguiente: a) recurrir a la conjetura y a la especulación para intentar un análisis genético (en tanto no se dispone de datos históricos adecuados), proponiendo explicaciones "seudohistóricas" o "seudocausales", como él mismo las llama, de la institución o fenómeno estudiados; b) intentar una explicación del fenómeno conforme a la función que cumple en el sistema social de que se trata. La primera opción sería un intento de explicación *histórica* (o "seudohistórica", como prefiere denominarla nuestro autor); la segunda abre el camino a una explicación de tipo *funcional*.

Un ejemplo particularmente claro de lo anterior, lo podemos encontrar en el estudio que hace Radcliffe-Brown de las *relaciones burlescas* en las sociedades primitivas.³⁵ Hasta que este autor hizo su ya célebre análisis sobre esa institución, el estudio de la misma se exploró en el campo de la "explicación seudohistórica: era una reliquia, en una sociedad patrilineal, de una antigua condición de derecho materno".³⁶ El antropólogo británico tomó otro camino: procuró explicar las relaciones burlescas esforzándose por entender su función en el sistema; así, propuso que las relaciones son "formas de organizar un sistema estable y definido de comportamiento social, en el cual los componentes asociativo y disociativo, como los he llamado, se mantienen y se combinan entre sí,"³⁷ o dicho en otras palabras que se trata de un sistema cuya función es permitir la disolución y el control de la probabilidad de que se pro-

³⁵ *Ibid.*, Cap. V.

³⁶ *Ibid.*, pág. 22.

³⁷ *Ibid.*, pág. 112.

duzcan ciertos conflictos sociales entre individuos que ocupan posiciones definidas en la estructura social.

De paso, llamemos la atención hacia el carácter *teleológico* de esta explicación, en tanto se pretende entender un fenómeno social según la *consecuencia* —conveniente para el sistema— de evitar el conflicto, y el *propósito* de lograr un "sistema estable y definido de comportamiento social".

Pero hay que destacar, sobre todo, lo siguiente: Pese a la justificación que ofrece el teórico funcionalista (denominación que, por cierto, se negaba a aceptar), para dejar de lado la dimensión histórica, nos parece que hay que buscar la causa de esa práctica analítica, exponiendo razones de más fondo, en razones de índole *teórica*. La disculpa de que no se tiene en cuenta lo histórico porque se carece de datos históricos, es demasiado fácil para ser siquiera aceptable y verosímil. Lo cierto es que los primeros teóricos funcionalistas (sobresaliendo Radcliffe-Brown, entre ellos) adoptaron una posición muy clara respecto a esta cuestión; para expresarlo llanamente: desde el principio se negaron a tomar en consideración, como una variable relevante y necesaria para el conocimiento científico de los fenómenos sociales, a la historia, y, más concretamente, se negaron de esa manera aun a reconocer que las sociedades "primitivas" tienen su historia propia. Esto es, la causa primaria del desprecio de lo histórico, a la hora de estudiar estas sociedades primitivas, no radica en que no se disponía de datos históricos (aunque ello permitió crear una *racionalización* o justificación muy cómoda), sino en la actitud teórica de negar en principio la existencia de una historia para estos complejos sociales. Esta posición de fondo, desde luego, no puede ser casual: Se encuentra íntimamente relacionada con las necesidades ideológicas del colonialismo (particularmente británico), cuyo proyecto de expansión y explotación era justificado, entre otras cosas, por

esta propalada idea de someter a sociedades que carecían hasta de una historia propia. Por lo demás, tener en cuenta los factores históricos significaba al mismo tiempo, en ese momento, hacer ostensible el mismo proceso de colonización al que servían los antropólogos funcionalistas de la época.

La naturaleza de esta posición ambivalente (reconocimiento verbal de la dimensión temporal, mientras no es tenida en cuenta en el proceso analítico), la demostración de que ella es de fondo teórico y no contingente y circunstancial (por ejemplo, simplemente debido a que no se dispone de "información"), se pone de manifiesto cuando observamos la posición del mismo autor frente al resultado específico, esencial y dinámico, del proceso temporal, o sea, el *cambio social*. Radcliffe-Brown comienza de nuevo haciendo una declaración de principios: sostiene explícitamente que el cambio debe ser tenido en cuenta, pues "a lo largo de un espacio de *tiempo* suficiente, la propia forma de vida social (que es lo que el investigador estudia)³⁸ sufre cierta modificación o cambio".³⁹ Una descripción sincrónica nos muestra una forma de vida social tal y como existe en un momento determinado, mientras un informe diacrónico nos pone al tanto de los "cambios durante un periodo de tiempo".

Sin embargo, a pesar de esta primera declaración, es posible concluir que el autor asigna muy poca o ninguna importancia a las transformaciones sustanciales que se producen en el seno de las estructuras sociales que estudia el científico social. En efecto, Radcliffe-Brown empieza por distinguir lo que llama la *estructura real* ("realidad concreta, existente realmente, que ha de ser directamente observada") de la *forma estructural* (que es lo que el investi-

³⁸ Radcliffe-Brown ha declarado: "Concibo la antropología social como el estudio teórico comparativo de formas de vida social entre los pueblos primitivos". *Ibid.*, pág. 12.

³⁹ *Idem.*

gador de campo describe). Después sostiene que los cambios ocurren en esa estructura real; pero la forma estructural muestra una continuidad a través del tiempo. De esa manera, el autor acepta el cambio en la estructura real, mientras resta importancia a ese proceso cuando se trata de construir su *modelo* de esa estructura, o sea, cuando presenta su análisis de la forma estructural. Este procedimiento se debe, insiste, a que "mientras la estructura real cambia de este modo, la forma estructural general puede permanecer relativamente constante durante un periodo de tiempo más largo o más corto".⁴⁰ Por consiguiente, no obstante las declaraciones en el sentido de la *realidad* del cambio y de su papel en los sistemas sociales, *teóricamente* el funcionalismo no incluye la historia y el cambio en su enfoque, puesto que en términos de los modelos que construye, en términos analíticos, el tiempo, el conflicto y el cambio están ausentes.

A lo sumo encontramos en Radcliffe-Brown lo que constituye, como se ha dicho, una constante en los *teóricos* funcionalistas más consecuentes: una comparación de *estados* del sistema social o de diversos momentos (formas estructurales) del sistema. Así se puede interpretar su insistencia en el carácter comparativo de la disciplina: la sociología comparativa de la que, según Radcliffe-Brown, la antropología social es una rama. Pero la pretensión de esa comparación de merecer el calificativo de "histórica", no puede ser aceptada, siempre que se entienda por análisis histórico aquél que trata de explicar el cambio del sistema a través del tiempo, en función de las contradicciones y los factores dinámicos *internos* que están provocando las transformaciones. La comparación de estados del sistema, es una comparación de momentos en equilibrio, constituye un análisis *teóricamente* estático, que no permite responder a las preguntas fundamentales: qué contradicciones o fac-

⁴⁰ *Ibidem*, págs. 219-220.

tores internos provocaron los cambios, a través de qué proceso evolucionó el sistema de un estado a otro, qué nuevas contradicciones guarda el nuevo sistema, en qué dirección marcha, etc.

Como ya se ha dicho anteriormente, quien expresa más claramente esta manera estática de concebir el "cambio" es precisamente Parsons, teórico funcionalista cuya extraordinaria influencia sobre sociólogos y antropólogos es bien conocida. Sabemos que Parsons concibe el análisis del cambio a través del estudio de los diversos "estados" de los sistemas. Propone, en efecto, "una descripción sistemática y precisa de los estados de los sistemas, de las variaciones en el estado del mismo sistema a través del tiempo y de las similitudes y diferencias entre diferentes sistemas".⁴¹ Aquí está totalmente descartado el principio de la contradicción y el desequilibrio internos permanentes, como fuente privilegiada del cambio social.

Pero otra manera funcionalista de concebir el cambio —que implica hasta cierto punto mayor sofisticación y sutileza para ocultar el carácter esencialmente estático—, consiste en visualizar al sistema como un conjunto en el que se introducen *elementos nuevos*. Por ejemplo, Parsons y Bales señalan que constantemente se introducen esos elementos en el sistema, a los que clasifican en tres rubros: a) nuevas informaciones mediante la percepción y la cognición de la situación; b) elementos nuevos en forma de juicios de valor y reacciones emocionales; y c) cambios en la situación misma en que opera el grupo y cada uno de sus miembros.⁴² Pero, como era de esperarse, con la introducción de esos elementos se produce una perturbación y, según Parsons y Bales, para que el sistema "recupere el equili-

⁴¹ T. Parsons, *El sistema social*, op. cit., pág. 482.

⁴² Este lenguaje abstruso, este galimatías, es típico de estos autores. Para una crítica precisa y mordaz de ese estilo, véase a C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971, Cap. II.

brio", es imprescindible que haya "un proceso de ajuste de esta perturbación, a la nueva situación".⁴³

La aparición del "ajuste" a la perturbación (reconquista del equilibrio a que tiende el sistema), nos revela inmediatamente la verdad: nos denuncia el verdadero modelo teórico de carácter estático que está detrás. De todos modos, no es necesario ningún esfuerzo para comprenderlo, pues los propios autores lo han confesado ya. Parsons y Bales advierten que "un proceso de interacción social en marcha puede describirse provechosamente comparándolo con un sistema hipotético en estado de equilibrio cambiante";⁴⁴ agregan más adelante que "A tal proceso de perturbación y ajuste se lo concibe como «oscilando» alrededor de un estado de equilibrio del sistema, un equilibrio cambiante" En consecuencia, los "prometedores" elementos nuevos que se introducen en el sistema, en la medida en que son ajustados y controlados, terminan por configurar simplemente cierta "oscilación" en el seno del conjunto en equilibrio, o por proyectar una curiosa suerte de imagen paradójica de *equilibrio cambiante*. En suma, todo desemboca en una concepción estática del sistema.

Hasta aquí podemos concluir provisionalmente que si bien los funcionalistas más destacados no niegan que *de hecho* existe una dimensión temporal; que los sistemas sociales se mueven a lo largo de un proceso histórico; y que en esos lapsos se producen determinados cambios, al momento de concebir las estructuras o los sistemas utilizan modelos hipotéticos que los visualizan como manteniendo una "forma" determinada o un "estado de equilibrio" (cambiante), con lo que se disuelve y desaparece realmente la dimensión temporal misma y todo rastro de lo histórico. En otras palabras, se admiten los cambios en

⁴³ T. Parsons y R. F. Bales, "Las dimensiones del espacio-acción", en T. Parsons y E. A. Shils, *Apuntes sobre la teoría de la acción*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1970, pág. 67.

⁴⁴ *Ibidem*, pág. 66.

la "estructura real" (Radcliffe-Brown), o se advierte que en los sistemas aparecen "elementos nuevos" (Parsons y Bales); pero esas transformaciones no reciben un tratamiento teórico adecuado, disolviéndose en la "forma" estructural o en el sistema en estado de "equilibrio cambiante": ambas imágenes estáticas de la realidad.

Ahora bien, en los últimos tiempos, los teóricos funcionalistas han hecho gran esfuerzo por disipar lo que constituye sin duda el más fuerte dolor de cabeza de la teoría, o sea, la ya examinada incapacidad para dar cuenta teórica del proceso histórico y del cambio social. Dentro de ese esfuerzo, encontramos desde simples declaraciones, en las que se niega que el funcionalismo no pueda explicar el cambio, hasta intentos efectivos de proporcionarle a la teoría los elementos necesarios para cumplir con esa tarea.

Robert K. Merton, por ejemplo, al rechazar la imputación de "conservador" que se hace al análisis funcional y al considerar que observado "críticamente, el análisis funcional es neutral (sic) en relación con los grandes sistemas ideológicos", sostiene que "aunque el análisis funcional se ha enfocado con frecuencia sobre la *estática* de la estructura social, y no sobre la *dinámica* del cambio social, esto no es inherente a ese sistema de análisis". Por lo tanto, concluye, "ni el cambio ni la fijeza por sí solos pueden ser objeto adecuado de estudio para el analista funcional".⁴⁵ Así, para este autor, el análisis funcional necesariamente *no* da la espalda a la dimensión temporal (por imperativo del propio método), aunque de hecho hagan esto muchos funcionalistas.

La misma posición sostiene K. Davis, quien afirma que

⁴⁵ Robert K. Merton, *Teoría y estructura sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, págs. 50 y sigs.

algunos de los mejores análisis sobre el cambio social son obra de investigadores considerados funcionalistas, y que tales análisis no se diferencian mucho de los de otros no considerados adeptos de esta teoría o que no llevan este sello. La crítica frecuente del funcionalismo, por su ineficacia para explicar el cambio, según Davis, se debe a que el funcionalismo surgió como una reacción contra el historicismo; pero esa reacción no significaba un rechazo del estudio del cambio social, sino de la omisión del análisis sociológico.⁴⁶

Apuntaremos desde luego algunas reflexiones sobre los planteamientos fundamentales que hacen estos dos autores:

- a) En primer lugar, por lo que se refiere a la acusación de "conservadurismo" que se hace al funcionalismo, nos parece que no es gratuita; por otra parte, sería difícil, hoy en día, sostener una neutralidad ideológica del funcionalismo, a la luz de los análisis críticos más recientes. El carácter conservador del funcionalismo se deriva —aun independientemente de la "intención" de la práctica que provoca— del énfasis completo que pone en el análisis del equilibrio del sistema, como contrapartida de su desinterés por los procesos dinámicos que conducen al cambio estructural; este análisis determina una práctica o una serie de *aplicaciones* concretas que no merecen otro calificativo que *conservadoras*, en tanto contribuyen sencillamente a la conservación del sistema establecido. De ahí su clara parcialidad con corrientes ideológicas muy específicas. Para ilustrarlo, bastaría recordar, por ejemplo, el papel estratégico que jugó el funcionalismo durante el proceso de colonización británico, como eficaz instrumento ideológico que no sólo permitió jus-

⁴⁶ Kingsley Davis, "The myth of functional analysis as special method in sociology and anthropology", en Demerut y Petersen, *System, change and conflict*, New York, The Free Press, 1967, pág. 394.

tificar su expansión sino además garantizar la eficacia de su aplicación e instauración⁴⁷

- b) Merton sostiene que el análisis estático no se deriva como algo inherente del enfoque funcionalista. Hay que dudararlo. A lo largo de este trabajo, se han mencionado varios factores, esenciales de la teoría, que están bloqueando la posibilidad de un análisis dinámico: por una parte, el supuesto de la interdependencia funcional equilibrada de las partes del sistema; por otra, la ausencia de un sistema hipotético que conciba el cambio a partir de las propias contradicciones y conflictos internos del sistema... Esas dificultades teóricas son las que explican por qué los funcionalistas, en su práctica científica, no se preocupan por el cambio; no se trata de un "descuido" o "falta de interés". En suma, el hecho de que el análisis funcional se haya concentrado "sobre la estática", no es obra de la casualidad o del capricho, sino de un imperativo teórico.
- c) Sobre el planteamiento de Davis, sólo queremos apuntar lo siguiente: si se reduce el funcionalismo como teoría a un grado de generalidad que le quita toda su especificidad como tal, es posible concluir que cualquier autor (incluso el propio Marx) es "funcionalista". En sentido general, por ejemplo, muchos enfoques (incluyendo algo tan alejado del funcionalismo como el marxismo) están interesados en comprender la "función" de determinada institución, práctica o grupo social. Pero cuando se simplifican de tal manera las cosas, toda discusión y análisis pierde sentido.

⁴⁷ Cf. Gerard Leclerc, *Antropología y colonialismo*, Alberto Corazón editor (Comunicación), Madrid, 1973 y Jack Stauder, "El funcionalismo como ideología colonialista", en *Nueva Antropología*, Año I, núm. 3, México, 1976.

Lo cierto es que el carácter estático de la teoría es tan propio de su naturaleza, que para intentar el análisis real del cambio, se ha requerido previamente la introducción de elementos nuevos tomados de otros enfoques y, además, la modificación de aquellos supuestos fundamentales que estaban bloqueando toda concepción dinámica. Porque, en resumidas cuentas, la clave para poder acceder a la explicación del cambio, radica en la adecuación de la teoría para reconocer los factores internos o *endógenos* que provocan las transformaciones de los sistemas; esto es, las *contradicciones internas*. Mientras no hayan las *contradicciones internas*, las tensiones, los conflictos (como elementos esenciales del sistema), que es lo que acontece con la teoría funcionalista, el cambio sólo puede concebirse como comparación de "estados" o, en el mejor de los casos, como consecuencia de "elementos nuevos", externos y contingentes, que afectan al sistema.

Así, pues, la metamorfosis más importante que ha sufrido el funcionalismo, en los últimos tiempos, se ha efectuado de cara a la introducción de la contradicción, la tensión o el conflicto. Uno de los intentos sin duda más audaces es el de David Lockwood. Vale la pena seguir con cierto detalle el esfuerzo de este autor en dar al funcionalismo ("general", como lo llama) una noción de "contradicción"

Lockwood comienza definiendo el cambio social como "un cambio en la estructura institucional de un sistema social; más particularmente, una transformación tal del orden institucional nuclear de una sociedad, que podemos hablar de un cambio en el tipo de sociedad".⁴⁸ Después hace el autor una distinción entre lo que llama el funcionalismo "general" y el funcionalismo "normativo". Lo que caracteriza al funcionalismo de tipo general es la eliminación de dos características que son lógicamente incluidas

⁴⁸ David Lockwood, "Social integration and system integration", en Demerut y Peterson, *op. cit.*, pág. 244.

en el enfoque del funcionalismo normativo: a) el papel enfático atribuido a los "elementos de valor compartido" en la integración de la acción social; y b) el infundado supuesto de que el estudio de la estabilidad social debe preceder al análisis del cambio social.

Otra subsecuente distinción relevante, se refiere a la "integración social" y a la "integración de sistema". La integración social enfoca su atención en las relaciones de orden y conflicto que existen entre los *actores*; la integración de sistema, en cambio, se preocupa por las relaciones de orden y conflicto que se produce entre las *partes* de un sistema social.⁴⁹

Un punto importante que es preciso destacar: Lockwood sostiene que el funcionalismo "general", en contraste con el funcionalismo "normativo", no se compromete *a priori* con el estudio de la estabilidad del sistema. Además, no puede analizarse el conflicto a partir de la integración social, aun allí donde aquél es endémico, sin incorporar en la teoría conceptos y proposiciones respecto a las propiedades dinámicas de los sistemas de valores (o ideologías) que son propios del enfoque del funcionalismo normativo. De lo que se trata, por lo tanto, es de poder analizar el conflicto social (que incorpora tensión) en términos de una integración del sistema y no de una integración social (que incluye los "valores compartidos" de los actores). Lockwood cree que la integración de sistema o integración sistémica es central en la concepción funcionalista "general"; esta integración sistémica nos remite a una contradicción o conflicto, no de tipo social o entre "actores", sino a una *contradicción estructural*.

La interrogación vital que se hace es ésta: "cuáles son los «elementos» componentes de un sistema social que conduce a «strain», tensión o contradicción". La respuesta del funcionalismo normativo no satisface a Lockwood, por lo

⁴⁹ *Ibidem*, pág. 245.

que se pregunta entonces si Marx no propone precisamente una formulación sociológica más general.

En la interpretación de Lockwood, Marx plantea que "la propensión al antagonismo de clases (aspecto de la integración social) es generalmente una función del carácter de las relaciones de producción (e.g., posibilidades de identificación y comunicación intra-clase)". El dinamismo de los antagonismos de clases está claramente relacionado con las contradicciones progresivamente crecientes del sistema económico. Así, el conflicto decisivo para la teoría marxista del cambio no es el "conflicto del poder" que surge de las relaciones del sistema productivo, sino el conflicto de *sistema* que surge de las contradicciones entre "instituciones de propiedad" y las "fuerzas de producción". Estamos, de esa manera, ante dos aspectos distintos de integración analíticamente separables y factualmente distinguibles.

Lo que intenta Lockwood es construir un paradigma *general*, a partir de esta contradicción *estructural* sugerida por Marx (considerando que la importancia de lo económico no es generalizable a todas las sociedades, como, según cree, plantea Marx), basado en un enfoque de integración de sistema que sea relevante a la teoría del conflicto. Este paradigma contendría los siguientes planteamientos:

1) Una fuente concebible de tensión y cambio posible en un sistema social es la que deriva de un "mal encaje" ("*lack of fit*") entre el orden institucional nuclear y la subestructura material.⁵⁰

2) La subestructura material puede favorecer al desarrollo de relaciones sociales que, si se establecen, podrían amenazar directamente el orden institucional existente.

3) El sistema se caracteriza por una forma típica de "strain", que resulta de la incompatibilidad del orden institucional y la base material.

⁵⁰ Se ha respetado la terminología de Lockwood, aunque resulta evidente que es inadecuada e imprecisa, desde el punto de vista de la teoría marxista.

4) La realización de las relaciones sociales latentes depende del éxito que tengan los grupos con intereses creados, en el sentido de controlar las tendencias disfuncionales y las exigencias particulares del sistema.

5) Si las exigencias intensifican la incompatibilidad funcional del sistema, y los mecanismos de control, sin intención, desarrollan más aún las relaciones sociales potenciales, se produce un círculo vicioso de desintegración social que conduce al cambio social. En cambio, si el control es efectivo, el cambio no se produce, pero no desaparece el punto focal de tensión.⁵¹

Lockwood aplica este esquema al entendimiento del concepto weberiano de "patrimonialismo" o al tipo de dominación patrimonial.

El autor concluye precisando los puntos siguientes:

"1) La propensión al cambio social que deriva de la incompatibilidad entre un orden institucional y base material ha sido ignorado por el funcionalismo normativo, debido a su concentración sobre los aspectos morales de la integración".⁵²

"2) Ha sido igualmente ignorado por los teóricos del conflicto, quienes, al concentrarse en la debilidad del enfoque del funcionalismo normativo sobre la integración social,

⁵¹ D. Lockwood, loc. cit., pág. 252.

⁵² Aunque Lockwood no precisa cuál es la fuente de la que toma la teoría de la contradicción estructural de Marx, parece claro que se refiere al texto ya célebre de este último en el "Prólogo" a la *Contribución a la crítica de la economía política*. Allí, en efecto, Marx expresa: "En una fase determinada de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas evolutivas de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una época de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna, más o menos, lenta o rápidamente, toda la colosal superestructura". *Ibidem*, pág. 12.

no han relacionado su interés en el cambio social con el problema de integración de sistema".⁵³

Cabe destacar, de paso, dos cuestiones con respecto al texto del *Prólogo*:

a) Marx no concibe el principio de la contradicción estructural como específico de una sociedad (la capitalista, por ejemplo), sino como una característica de toda sociedad antagónica. Por eso Marx agrega más adelante que "las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso de producción social", lo que nos indica que desde la disolución de la llamada "sociedad primitiva" esa contradicción estructural está presente. Así, el señalamiento de Lockwood en el sentido de que la importancia de lo económico no puede generalizarse a otras sociedades históricas donde la organización política suele ser más importante, carece de relevancia y expresa un malentendido de su parte. Marx no plantea una dominación de lo económico en todas las sociedades, sino *solamente* en la sociedad capitalista. Hay que distinguir entre la *dominación* de lo económico y la *determinación* de lo económico. Lo que Marx sostiene es que lo económico es siempre *determinante*, en el sentido de que a la postre cualquier proceso histórico se explicará por las contradicciones que se generan en la estructura económica. De manera que la contradicción estructural, tal como la plantea Marx, no es específica de una sociedad, sino que es generalizable a todo tipo de sociedad antagónica.

b) La otra cuestión que se debe destacar es la siguiente: Marx no dice, como se pretende a menudo (y en este sentido Lockwood hace una interpretación que puede considerarse adecuada: véanse los puntos 4 y 5 de su paradigma), que cuando esa contradicción adquiere una clara expresión se produzca *fatalmente* el cambio o la revolución. Marx habla de que *se abre una época* de revolución social. Que se

⁵³ Lockwood, *loc. cit.*, pág. 256.

produzca o no el cambio revolucionario, dependerá de otra contradicción: *la lucha de clases*. Así pues, no hay una relación automática o fatal entre contradicción estructural y cambio, porque ello depende de una condición intermedia: que los grupos sociales, en su lucha política contra las clases antagonicas, logren aprovechar la tensión o el conflicto para realizar un cambio concreto de la estructura social.

La novedad del trabajo de Lockwood es que al introducir la tesis de la contradicción estructural, abre las puertas a una concepción del *cambio endógeno*, si entendemos por esto último las transformaciones de los sistemas debidas a tensiones o contradicciones que son propias o forman parte esencial de la naturaleza misma de la sociedad. Así, el cambio se trata de entender a partir de tensiones o conflictos internos y estos son los que *pueden* dar lugar al cambio social.

Por lo pronto, es claro que el paradigma de Lockwood se aleja de los planteamientos "ortodoxos" del funcionalismo, particularmente de los Parsons. En este último no existe el principio de desequilibrio permanente. Más aún, Parsons plantea claramente la imposibilidad de proponer una teoría general del cambio, tal y como lo ha intentado Lockwood. Parsons dice que "*una teoría general de los procesos de cambio de los sistemas sociales no es posible en el presente estadio de la ciencia*. La razón de ello es muy simple: semejante teoría implicaría un conocimiento completo de las leyes del proceso del sistema, y ese conocimiento no lo tenemos. La teoría del cambio en la estructura de los sistemas sociales tiene que ser, en consecuencia, una teoría de subprocesos particulares de cambio *dentro* de esos sistemas, no de la totalidad de los procesos de cambio de los sistemas como tales sistemas".⁵⁴ O sea, Parsons no concibe, en el estado actual del conocimiento, la posibilidad de ana-

⁵⁴ T. Parsons, *El sistema social*, op. cit., pág. 484.

lizar los procesos de cambio *del sistema*, sino solamente ciertos subprocesos particulares de cambio *dentro* del sistema.

Asimismo, Parsons presupone una teoría de la estructura social en equilibrio y del proceso motivacional, como prerequisite para emprender el estudio del cambio, presupuestos que, como se ha visto, rechaza el "funcionalismo general" de Lockwood.⁵⁵ Finalmente, Lockwood se aleja del enfoque de Parsons por lo que se refiere a la concepción misma del sistema; este último, en efecto, plantea que el sistema *tiende al equilibrio*, de manera que se altera parcialmente y, también, los conflictos son dominados parcialmente o controlados en él. Ligando esto con su concepción de los subprocesos particulares de cambio, resulta que "un sistema social complejo, como un todo, ni está estabilizado ni cambiando, pero en diferentes partes y diferentes respectos se dan siempre ambas cosas".⁵⁶

Otros esfuerzos interesantes, parecidos al de Lockwood, están encaminados igualmente a limpiar el camino de la concepción del conflicto y la contradicción dentro del sistema, por el interés de posibilitar la comprensión del cambio endógeno. Pero lo mismo se ha hecho a costa de modificar o descartar postulados fundamentales de la teoría funcionalista clásica. Un ejemplo ilustrativo de esto, en primer lugar, lo encontramos en el trabajo de Alvin Gouldner, quien ha propuesto modificaciones de postulados básicos.

1) Gouldner acepta el supuesto de funcionalidad recíproca, pero agrega el principio de que existen *grados* de reciprocidad funcional. O sea, que no todas las variables tienen el mismo peso específico en el sistema. De ahí que hay que considerar la interdependencia de las partes como problemática, y no como dada. De esto se deduce que la presencia de interdependencia de un sistema social *no es*

⁵⁵ *Ibidem*, págs. 479- 480.

⁵⁶ *Ibidem*, pág. 500.

sinónimo de equilibrio: puede haber interdependencia con desequilibrio, debido precisamente al diferente grado de funcionalidad de las partes.⁵⁷

2) Otra manera de enfocar la interdependencia es observando la relación de las partes del sistema. Así, se puede concebir el principio de grado de *autonomía funcional* (alto o bajo). Si las partes son totalmente dependientes entre sí, se habla de bajo grado de autonomía; en la situación contraria, de alta autonomía funcional.⁵⁸

A partir de esos dos planteamientos, Gouldner está interesado también en la introducción del cambio endógeno en el interior de la teoría. Si bien se acepta que un sistema social guarda ciertas interdependencias, se afirma que el grado de funcionalidad de las variables puede ser diferente y que las partes pueden tener una mayor o menor autonomía respecto a las demás. Estas son fuentes de tensiones endógenas, pueden generar cambios. Gouldner expresa que las partes con algún grado de autonomía funcional pueden sufrir la tendencia del sistema a integrarlas, y aquéllas oponer resistencia; por lo tanto, puede haber algún grado de tensión entre la tendencia de las partes a mantener su grado de autonomía funcional y el esfuerzo del sistema a controlarlas. De esa manera, el sistema se concibe como modelado por un *conflicto*, que deriva de las tensiones entre presiones centrífugas y centrípetas.⁵⁹

Para no extendernos más, sólo recordaremos que también Merton concibe el conflicto que puede llegar a generar cambio, a partir de la "disociación entre las aspiraciones culturalmente prescritas y los caminos socialmente estructurados para llegar a dichas aspiraciones",⁶⁰ o sea, la contradicción entre las metas culturales y las normas institu-

⁵⁷ Alvin Gouldner, "Reciprocity and autonomy in functional theory", en Demerath y Petersen, *Op. cit.*, pág. 153.

⁵⁸ *Ibidem*, pág. 156.

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 160.

⁶⁰ R. K. Merton, *Teoría y estructura sociales*, *op. cit.*, pág. 143.

cionales para realizarlas. Por otra parte, Merton considera que el concepto clave que salva "el abismo entre la estática y la dinámica, en la teoría funcional, es el de tirantez, tensión, contradicción o discrepancia entre los elementos componentes de la estructura social y cultural. Estas tensiones pueden ser disfuncionales para el sistema social, en la forma en que entonces existen; también pueden ser conducentes a producir cambios en aquel sistema. En cualquier caso, ejercen presión para que haya cambio". Más adelante, Merton reitera que las tensiones "representan una fuente teóricamente estratégica de cambio".⁶¹

Cabe aquí hacer algunos comentarios finales sobre los intentos examinados. Desde luego, lo primero que puede objetarse a tales experimentos "innovadores" de los funcionalistas, es la hibridez que provocan en la teoría. En otras palabras, se puede calificar a esta práctica de inadecuada, en la medida en que se colocan nociones en el interior de una teoría, que entran en clara contradicción con la estructura fundamental de la misma, mientras se pretende que el enfoque se mantenga básicamente intacto. Por lo menos, habría que admitir que el espécimen teórico que resulta de tales modificaciones ya no es el mismo enfoque inicial. De otra manera, de continuar por este camino, en poco tiempo la denominada teoría funcionalista será completamente irreconocible. Quedaría entonces abierta la cuestión de decidir hasta qué punto ciertos "innovadores" se mantienen todavía dentro de la esfera teórica *funcionalista*. O, como se acostumbra a decir ahora —siguiendo el pensamiento bachelardiano—, habría que discutir si estos autores han logrado producir ya una "ruptura" con la teoría funcionalista original.

Sea de ello lo que fuere, estos cambios de piel de la teoría revelan claramente, por lo menos, un fenómeno: la bancarrota de un enfoque que es cada vez más incapaz de

⁶¹ *Ibidem*, pág. 132.

dar cuenta de la naturaleza de los sistemas sociales, de su dinámica y sus transformaciones. En la medida en que esto se hace más evidente, ha sido necesario recurrir a "modificaciones" de los supuestos y a tomar "prestado" hipótesis o tesis de otras teorías. Pero, paralelamente a esta revelación, tales cambios de piel entrañan también un peligro: que permitan sorprender a los incautos, atraídos por esa "dialectización" del funcionalismo. Una tal confusión puede ser ocasionada, no sólo por las innovaciones mismas, sino además por los intentos de "síntesis" (dialéctica-funcionalismo) que pueden hacerse a partir de ellas, como es el caso del trabajo ya mencionado de Van den Berghe.

Sin embargo, incluso un leve rasguño de la piel puede revelar que en el funcionalismo, aun con ciertos aditamentos, se encuentra cualquier cosa, menos algo que se asemeje a la teoría marxista. El hecho de que se introduzca la "contradicción estructural" en aquella teoría (como hizo Lockwood), o grados de interdependencia y autonomía funcional, no permite la comparación. Lo específico y la eficacia teórica del marxismo frente a la cuestión del cambio, en primera instancia, radica en colocar a las *clases* y a la *lucha de clases* en el centro del proceso histórico como la fuerza motriz fundamental. No basta con considerar las tensiones que se producen entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; este es sólo un marco en el cual se mueven las verdaderas protagonistas de la historia: las clases cuyas luchas dan lugar a transformaciones radicales de las estructuras sociales. No basta, tampoco, con quedarse tímidamente en señalar a los "grupos de intereses" como actores que se mueven en el marco de la contradicción estructural. Se requiere una clara conceptualización de las clases sociales, a la manera en que lo hace, por ejemplo, Lenin, precisando los criterios teóricos para definir las: a) lugar ocupado en el sistema de producción, b) relación con los medios de producción; c) papel en la organización

social del trabajo; d) modo y proporción de la percepción de la riqueza social; y e), muy especialmente, relación de explotación que se establece entre ellas.⁶² Y es precisamente todo esto lo que rehuye hacer el análisis funcional (principalmente reconocer la fuente fundamental de contradicción: *la explotación*).

En este sentido, a lo sumo, la teoría funcionalista propondrá una teoría de la "estratificación social", en cuyo seno las clases pierden su especificidad como tales, con la ventaja adicional de servir como instrumento ideológico para justificar la "desigualdad social", en términos de una "justa distribución desigual de los beneficios y privilegios sociales" que, según se sostiene, se corresponde con el desempeño de funciones consideradas importantes para el sistema, para ocupar las cuales sólo están preparados casualmente aquéllos que disfrutan de los privilegios.⁶³

Pero, aun en el caso de que el funcionalismo pudiera finalmente aceptar la teoría de las clases y la lucha de clases —lo que no es precisamente muy previsible—, este solo hecho no bastaría para identificarlo con la teoría marxista. Haría falta que se llevara el análisis hasta sus últimas consecuencias, como lo ha hecho el marxismo, para desembocar en el reconocimiento de su tesis fundamental: *la dictadura del proletariado*.⁶⁴

⁶² V. I. Lenin, "Una gran iniciativa", en *Obras Escogidas*, Vol. 3, Editorial Progreso, Moscú, 1961, pág. 228.

⁶³ Kingsley Davis y Wilbert E. Moore, "Algunos fundamentos de la estratificación", en Claudio Stern (Comp.), *La desigualdad social*, Tomo I, Sepsetentas, México, 1974.

⁶⁴ "Quien reconoce *solamente* la lucha de clases no es aún marxista; puede mantenerse todavía dentro del marco del pensamiento burgués y de la política burguesa. Circunscribir el marxismo a la teoría de la lucha de clases es limitar el marxismo, tergiversarlo, reducirlo a algo que la burguesía puede aceptar. Marxista sólo es el que *hace extensivo* el reconocimiento de la lucha de clase al reconocimiento de la dictadura del proletariado". V. I. Lenin, *El Estado y la revolución*, Editorial Progreso, Moscú, 1970, pág. 32.

Bibliografía general

- ALTHUSSER, Louis, *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1971.
- ARON, Raymond, *Las etapas del pensamiento sociológico*, tomo II, editorial Siglo Veinte, Buenos Aires, 1970. [*Les étapes de la pensée sociologique*, editorial Gallimard Paris, 1967].
- BACHELARD, Gaston, *Le rationalisme appliqué*, editorial PUF, París, 1949.
- BACHELARD, Gaston, *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI, editores, México, 1976.
- BAGU, Sergio, *Tiempo, realidad social y conocimiento*, Siglo XXI, México, 1970.
- BENDIX, Reinhard, *Max Weber*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970.
- BENEDICT, Ruth, *El hombre y la cultura*, Edhasa, Barcelona, 1971.
- BOURDIE, Pierre, *El oficio del sociólogo*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 1975.
- BUJARIN, Nicolai, *Teoría del materialismo histórico. Ensayo popular de sociología marxista*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1977.
- BUCKLEY, Walter, *La sociología y la teoría moderna de los sistemas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1970.
- DAL PRA, Mario, *La dialéctica en Marx*, editorial Martínez Roca, Barcelona, 1971.
- DAVIS, Kingsley, "The myth of functional analysis as special method in sociology and anthropology", en Deme-

- rat y Petersen, *System, change and conflict*, New York, The Free Press, 1967.
- DAVIS, Kingsley y MOORE, Wilbert E., "Algunos fundamentos de la estratificación", en Claudio Stern, Comp., *La desigualdad social*, SepSetentas, Tomo I, México, 1974.
- DIAZ-POLANCO, Héctor, "El pensamiento mágico", en *Revista dominicana de Arqueología y Antropología*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Año II, Vol. II, núm. 2 y 3, 1971.
- DIAZ-POLANCO, Héctor, *Teoría marxista de la economía campesina*, Juan Pablos editores, México, 1977.
- DIAZ-POLANCO, Héctor, "Morgan y el evolucionismo", en *Nueva Antropología*, Año II, núm. 7, México, 1977.
- DURKHEIM, Emile, "Sociología y ciencias sociales", *Sociología*, editorial Assandri, Córdoba, Argentina, 1961.
- DURKHEIM, Emile, *Las reglas del método sociológico*, La Pléyade, Buenos Aires, 1972. [*Les regles de la méthode sociologique*, Ed. PUF, París, 1967].
- DURKHEIM, Emile, *La división social del trabajo*, Shapire, Buenos Aires, 1973. [*De la división du travail social*, editorial PUF, París, 1967].
- DURKHEIM, Emile, *El suicidio*, Shapire editor, Buenos Aires, 1971. [*Le suicide*, Ed. PUF, París, 1973].
- ENGELS, Frederik, *Anti-Dühring*, ed. Sociales, París, 1969.
- ENGELS, Frederik, "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", en *Obras escogidas*, tomo II, Ed. Progreso, Moscú.
- FREUND, Julien, *Sociología de Max Weber*, Península, Barcelona 1967.
- GALTUNG, Johan, *Teoría y métodos de la investigación social*, tomo I, Eudeba, Argentina, 1966.
- GOULDNER, Alvin, *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1973.
- GOULDNER, Alvin, "Reciprocity and autonomy in func-

- tional theory", en Demerath y Petersen, *Op. cit.* 1967.
- GRAMSCI, Antonio, "Notas críticas sobre un intento de Ensayo popular de sociología", en *La política y el Estado moderno*, Ed. Península, Barcelona, 1971.
- GUNDER FRANK, Andre, "Funcionalismo y dialéctica", en *América Latina: subdesarrollo o revolución*, Ed. Era, México 1973.
- HEGEL, G. F., *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Juan Pablos editores, México, 1974.
- KOSIK, Karel, *Dialéctica de lo concreto*, editorial Grijalbo, México, 1967.
- LA CAPRA, Dominick, *Emile Durkheim, Sociologist and Philosopher*, Cornell University Press, Ithaca, 1972.
- LECLERC, Gerard, *Antropología y colonialismo*, Alberto Corazón editor (Comunicación), Madrid, 1973.
- LENIN, V. I., "Una gran iniciativa", en *Obras escogidas*, vol. 3, Editorial Progreso, Moscú, 1961.
- LENIN, V. I., *El Estado y la revolución*, Ed. Progreso, Moscú, 1970.
- LINTON, Ralph, *Cultura y personalidad*, F.C.E., México, 1971.
- LINTON, Ralph, *Estudio del hombre*, F.C.E., México, 1972.
- LOCKWOOD, David, "Social integration and system integration", en Demerath y Peterson, *Op. cit.*, 1967.
- LUKACS, Georg, *El asalto a la razón*, F.C.E., México, 1959.
- LUKACS, Georg, *Historia y conciencia de clase*, editorial Grijalbo, México, 1969.
- LUKES, Steven, *Emile Durkheim. His life and Work*, Harper and Row, New York, 1972.
- MALINOWSKI, Bronislaw, *Una teoría científica de la cultura*, Edhasa, Barcelona, 1970.
- MALINOWSKI, Bronislaw, *Los argonautas del pacífico occidental*, Península, Barcelona, 1971.
- MARCUSE, Herbert, *Razón y revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1971.

- MARINI, Mauro, "Razón y sinrazón de la sociología marxista" en revista *Síntesis*, núm. 7, México, 1974.
- MARX, Carlos, *Contribución a la crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Popular, México, 1970.
- MARX, Karl, *El Capital*, F.C.E., México, 1970.
- MARX, Karl, *Introducción a la crítica de la economía política*, F.C.E., México, 1970. [*Introduction generales a la crítica de la economie politique*, Gallimard, París, 1961].
- MARX, Karl, *Miseria de la filosofía*, Editorial Signos, Buenos Aires, 1970. ["Misere de la philosophie", en *Oevres de Karl Marx*, editorial Gallimard, París, 1961].
- MARX, Karl, "El dieciocho brumario de Luis Bonaparte", *Obras Escogidas*, tomo I, Moscú, 1971.
- MARX, Karl y ENGELS, Federico, *Obras escogidas*, tomo II, Ed. Progreso, Moscú.
- MAUUS, Marcel, *Sociología y Antropología*, Editorial Tecnos, Madrid, 1971.
- MEAD, Margaret, *Adolescencia y cultura en Samoa*, Paidós, Buenos Aires, 1973.
- MERTON, Robert K. *Teoría y estructura sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- MOORE, Stanley, *Crítica a la democracia capitalista*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 1972.
- MOUSELITZ, *Organización y burocracia*, Editorial Península, Barcelona, 1973.
- PANOFF, Michel, *Malinowski y la antropología*, Nueva Colección Labor, Barcelona, 1974.
- PARSONS, Talcott, *El sistema social*, Revista de Occidente, Madrid, 1966.
- PARSONS, Talcott, *La estructura de la acción social*, Editorial Guadarrama, Madrid, 1968.
- PARSONS, T. y BALES, R. F., "Las dimensiones del espacio-acción", en T. Parsons, R. F. Bales y E. A. Shils, *Apuntes sobre la teoría de la acción*, Amorrortu, Editores, Buenos Aires, 1970.

- RADCLIFFE-BROWN, A. R., *Estructura y función en las sociedades primitivas*, Editorial Península, Barcelona, 1971.
- REX, John, *Problemas fundamentales de la teoría sociológica*, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1971.
- ROSSI, Pietro, "Introducción", en *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973.
- STAUDER, Jack, "El funcionalismo como ideología colonialista", en *Nueva Antropología*, año I, núm. 3, México, 1976.
- STERN, Claudio, "Notas sobre el concepto de «función» y la sociología funcionalista", *Revista Mexicana de Ciencia Política*, México, octubre-diciembre de 1970.
- VAN DEN BERGHE, Pierre L., "Dialectic and functionalism: toward a synthesis", en N. J. Demerath y R. A. Petersen, *Op. cit.* 1967.
- WEBER, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona, 1969.
- WEBER, Max, *Economía y sociedad*, F.C.E., México, 1969, 2 tomos.
- WEBER, Max, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Editorial Península, Barcelona, 1971.
- WEBER, Max, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1973.
- WEBER, Max, *Historia económica general*, F.C.E., México, 1974.
- WHYTE, WILLIAM FOOTE, *La sociedad de las esquinas*, Editorial Diana, México, 1971.
- WRIGHT MILLS, C., *La imaginación sociológica*, F.C.E. México 1971.
- ZEMELMAN, Hugo, "Hacia una estrategia regional de investigación. (El concepto de espacio social)", ponencia presentada en el *Seminario de Interrelaciones entre la dinámica demográfica y la estructura y desarrollo agrícola*, 25 al 30 de noviembre de 1974.

Se terminó en junio de 1997 en Imprenta de Juan Pablos, S.A., Mexicali 39, México 06100, D.F. Se utilizaron en la composición tipos Excélsior de 8 y 10 puntos. La edición estuvo al cuidado de José del Val.

1 000 ejemplares



Los ensayos que se ofrecen al lector, proponen una revisión crítica y comparativa de algunos aspectos teórico-metodológicos de los tres clásicos del pensamiento sociológico que mayor influencia ejercieron, y continúan ejerciendo, en las ciencias sociales contemporáneas: Marx, Durkheim y Weber.

Se podría argumentar, como lo hace Alfred North Whitehead, que “una ciencia que duda en olvidar a sus fundadores está perdida”. Sin embargo, hay que considerar también la aguda y pertinente acotación de A. Gouldner, en el sentido de que “para olvidar algo, primero hay que conocerlo. Una ciencia ignorante de sus fundadores no sabe cuánto camino lleva recorrido ni en qué dirección; por lo que también estaría perdida”.

En el primer ensayo, Víctor Bravo analiza el problema de la construcción del objeto de estudio en Marx, Durkheim y Weber. En el segundo, Héctor Díaz-Polanco examina la cuestión relativa a la naturaleza de las categorías analíticas en los mismos autores. A continuación, Marco A. Michel aborda el tratamiento de las nociones de tiempo y realidad en los susodichos clásicos. Finalmente, en el cuarto ensayo H. Díaz-Polanco proporciona un panorama del proceso de reelaboración y reconstrucción del pensamiento burgués clásico, que nos conduce por el terreno de los esfuerzos más recientes de los sociólogos, encaminados a buscar la compatibilidad entre la teoría y las necesidades de reproducción del sistema capitalista.



9 789686 454598